



René Antonio Martínez Pineda

Bitácora
de la
peste
digital.

CalciFero

Ilustración de carátula:

Fernando Martínez ([@CalciFer.xp](#))

(Diseñador Gráfico, UES)

Este libro es el resultado de la compilación de los artículos sobre los efectos de la pandemia de COVID-19 publicados en Diario Co Latino

René Martínez Pineda ([@ReneMartinezPi1](#))

CONTENIDO

<i>PRÓLOGO</i>	4
<i>Con los pies por delante: pie de foto</i>	5
<i>La cuarentena</i>	11
<i>El contagio</i>	15
<i>La pobreza es el primer síntoma</i>	18
<i>Soy los libros que he leído</i>	22
<i>Los mil y un miércoles</i>	29
<i>Paciente cero: la sociología en los tiempos de las pandemias</i>	35
<i>El abrazo del zanate</i>	48
<i>Homo Perfectus</i>	51
<i>¿Pandemia de pensamiento reaccionario?: Análisis desde la exclusión social</i>	58
<i>El “morbus terram” del virus de la desigualdad social</i>	68
<i>La levedad de la epistemología del virus</i>	72
<i>Los eternos indocumentados metidos en cuarentena</i>	79
<i>El pozo sin fondo: de la gripe española a la gripe capital</i>	85
<i>El amor en los tiempos de la mascarilla</i>	92
<i>“Plaga Maris”</i>	102
<i>La sociedad como profecías “plaga post”</i>	105
<i>La conspiración de los no vacunados</i>	112

PRÓLOGO

Algunos libros no necesitan un prólogo, ya sea porque son muy malos y nadie de prestigio quiere redactarlo, o porque la temática es tan cotidiana que habla por sí sola a través de las personas que se toman como informantes claves (con o sin conocimiento de causa) y, entonces, ellas son las que prologan el libro, sin hacerlo, y sin más criterio de autoridad que ser las autoras materiales e intelectuales de dicha temática, de la cual yo soy, simplemente, su pregonero. Este es el caso de “Bitácora de la peste digital”, que es una compilación de los artículos que redacté, viendo el sufrimiento y miedo generalizado, para ser publicados en Co Latino durante el primer año de la pandemia, abordándola desde la perspectiva sociológica y, ante todo, desde la mirada de un ciudadano común y corriente que encontró, en la cuarentena más brutal de los últimos 100 años, la crítica epistemológica a conceptos sociológicos elementales tales como: familia, relaciones sociales, desigualdad social, oposición política, mutua dependencia con nuestros pares socioeconómicos, e imaginario colectivo como algo sui géneris, en tanto no es la simple suma de los imaginarios individuales.

Entonces, este es un prólogo sin prologuistas.

Con los pies por delante: pie de foto

El Salvador, año de la pandemia del coronavirus y de los políticos corruptos que legislan a imagen y semejanza de sus bolsillos y vicios venéreos; año en que ha sido raptada la Constitución para evitar que se encame con el pueblo, para evitar que sus artículos pétreos se infecten de conciencia social. La justicia social que se insinúa en lo público cuando está en manos del pueblo sigue siendo un artículo de lujo reservado para los pudientes históricos y para los sociólogos del aplauso que son comprados, al tres por uno, en los supermercados del hastío. Herodes anda suelto y cabalga junto a los cuatro jinetes del apocalipsis capitalista, aunque lo hace con la mascarilla de los derechos individualistas del liberalismo, o se disfraza de magistrado constitucional de la sala de cuidados intensivos en las que los molinos de viento cesan su marcha por falta de aire.

El trasfondo superior de la obra pictórica al óleo (porque eso parece ser desde cualquier lado que se le vea: una obra pictórica al óleo hirviendo, una obra trágica de pasión, agonía, dolor y muerte profetizada) es azul profundo, y la parte baja es de un gris que evoca desiertos insondables y calcinantes. Las siluetas y el paisaje se pueden ver con nitidez demencial; el sol es la luz del flash de la cámara que aleja los vestigios de opacidad con el perverso propósito de mostrarnos en todo su esplendor, y en un solo ademán tan sociológico como agónico, la cara del dolor cierto ante el adiós definitivo, lapidario, cotidiano y cruel de un ser amado. Es una foto entonces, una foto que parece obra pictórica o viceversa. No se mira indicio alguno de que en ese lugar que parece un paisaje de la luna –vigilado, en la parte superior de quien observa la foto, por tumbas viejas y adornos de papel roído que cumplen, fascinantes, la función de silencioso público de una obra de teatro- haya habido mantenimiento de las que dijimos son tumbas ni de las veredas que las comunican entre sí, lo cual explicaría ese ambiente de desierto lunar y nos llevaría a la conclusión, inequívoca, de que es un panteón de gente sumamente pobre que no ha sido visitado por el señor Thomas Alva Edison.

En la foto aparecen cuatro hombres cargando un ataúd; tres de ellos visten como astronautas, el otro sólo lleva puesta una mascarilla, razón por la cual no podemos

ver la expresión de sus rostros, pero deducimos que es mezcla densa del dolor con la impotencia y el miedo. El ataúd de pino rústico -esa es la madera mortuoria de los pobres- llevado en hombros por los cuatro hombres sin rostro ni nombre, parece que encierra a un enemigo sumamente peligroso y escurridizo –eso explica los trajes espaciales de quienes lo cargan- que va leyendo los cuentos de Edgard Allan Poe, esos que hablan de muertes negras y rojas y de frondosos árboles en los que son colgados los vecinos. Pero... no es un virus el que va dentro, es una de sus víctimas, es un adulto mayor, a juzgar por el tamaño de la caja y el color de la madera, material ese que apenas se puede distinguir porque todo el paquete va envuelto en un plástico opaco.

En la parte izquierda de la foto hay una tumba de piedras comunes que, según parece desde aquí, fue excavada a mano y tapada a la carrera, como con pánico. El hombre que está a la derecha de quien mira la foto lleva puesto un traje blanco de astronauta que lo cubre de pies a cabeza y una careta hecha con un envase plástico de Coca Cola dos litros; el que está justo detrás de negro y también lleva puesta una careta hechiza; el que está a la derecha del astronauta mortuorio sólo se protege con una mascarilla y por eso se deduce que es un familiar del muerto, pero eso no lo sabremos porque las fotos no hablan, sólo nos hacen señas. Las abandonadas y sinuosas veredas del panteón denuncian la carencia total de la más mínima atención de parte de la alcaldía, no obstante la jugosa cantidad de dinero sin escrutinio que han recibido en los últimos meses y del que nadie, ni siquiera el desconocido muerto que van cargando los astronautas, puede decir cuál rumbo tomó, y eso significa que estamos en un país pobre que los sociólogos funcionalistas, los perversos y perversitos, han convertido en algo folclórico de la nueva-vieja normalidad de la exclusión social.

La expresión seria y sombría de los hombres que cargan el ataúd es de culpa; sí, de culpa, de eso no cabe la menor duda, sobre todo si se mira la pose cabizbaja de sus siluetas que entierran la mirada en ningún punto de la vereda polvosa; de culpa por no haber ayudado a vencer la enfermedad; de culpa por haber buscado el hospital cuando ya era muy tarde, una hora antes hubiera hecho la diferencia, le dijo el doctor al familiar que va cargando. La actitud retrasada de las sombras de

los cuatro hombres hace deducir que tienen prisa por enterrar al muerto, que tienen miedo de que se despierte –sshhhh, eso ya lo dijimos- y se levante como Pedro Flores por su casa y empiece a contagiar a medio mundo, destinatarios y no destinatarios, a ese Pedro no le preocupa infectar todo lo que escupe o toca. El hombre sin traje espacial viste humildemente, con ropas viejas, colores decaídos, ojales rotos y cuellos curtidos, ropas que fueron compradas, a dólar la puñada, en el almacén del político millonario que reza por las noches, y ese es otro botón de muestra de que es pobre, porque sólo ellos compran esos atuendos cargados con el olor de las doscientas personas que los usaron antes, y eso de por sí es un insulto de la sociedad que se cree moderna porque tiene centros comerciales lujosos y, en la otra orilla, tiene un pueblo de ropa usada... pero volvamos a la obra pictórica que dijimos era otra cosa. Si el que mira la foto se pone lentes con la graduación adecuada verá que en el fondo de la parte superior apenas se ven seis niños descalzos y dos mujeres preñadas escondidos detrás de las tumbas; se alcanzan a ver en sus rostros las cicatrices de los llantos anteriores y las venas abiertas del desconsuelo consuetudinario propio de las personas a las que les duele el dolor. Pero los enterradores no se van a detener a contemplar ese dolor porque llevan en el pecho el suyo propio.

Una de esas mujeres embarazadas que apenas se logra ver, a la derecha de un hombre mayor que está acurrucado, le está dando de mamar a su niño (tiene uno tras otro sin respetar la dieta), como si quisiera mantenerlo entretenido con el pezón amoroso y evitar que se despierte y sea testigo de tanta calamidad. En el rostro de la mujer se percibe una mueca profunda y punzante, y las lágrimas, que siendo sinceros no se pueden ver -pero que son fáciles de deducir hasta por la mente más saqueada y retrógrada de un historiador amante de victimarios- bajan como ríos majestuosos por sus apacibles mejillas, pálidas y cadavéricas, y paran en seco en los surcos que se han fosilizado en su boca, reseca y blanquecina, que se frunce desconsolada, sísmica, infructuosa, gemidora; gemidos que no podemos escuchar desde aquí, pero eso no es necesario. El hombre mayor que está a su lado, acurrucado, quien de seguro es el abuelo del niño que está mamando, lleva puesta una camiseta -vieja, sin mangas, color blanco, con la cara del alcalde que

les prometió el cielo aquí en la tierra- y sus manos ásperas, grandes, callosas e inertes nos confiesan, sin conocernos, que se dedica a una labor manual muy mal pagada, un día jardinería y otro pepenando en el basurero que tiene justo a la par de donde vive; debe tener unos ingresos miserables, pues de no ser así de seguro viviría en otro lugar. Manos ásperas y callosas y sucias que denuncian a los cuatro vientos que el alcalde les mintió en nombre de la democracia, la Constitución de 1824 que sigue vigente y la señal de la santa cruz. Tiene los ojos clavados en la fosa donde van a enterrar al desdichado, mudos, fijos, como si intentase tapar la negrura que se oculta dentro de la fosa y que el único color sea el azul del cielo; como si intentara decodificar, con la artritis de su analfabetismo, el misterio de tanto castigo que persigue a los pobres; pero no está intentando tapar la fosa, sólo quiere ser parte del protocolo del último adiós de los entierros, ese que se deja en las ajenas manos de dios, porque las de los dolientes se rinden al estertor del llanto que no resucita a nadie. Dientes en pleno tamborileo, quijada de pandereta religiosa en medio de la vigilia funeraria, mirada con vidrio molido que es común cuando las deudas son insobornables y nos muerden el alma, sin compasión ni tregua; dolor intraducible a palabras o a números de documentos de identidad.

Detrás de la mujer embarazada, un hombre más joven, sin camisa, sucio por todos lados, acaricia con ternura y miedo la cabecita del niño que está mamando y se ve que procura no interrumpirlo. Da la impresión de que le calentara la cabecita para ahuyentar los colmillos del frío de la muerte, el frío de la tormenta que barrió con sus casas, el frío de la muerte –otra vez- que se cuele entre las goteras inmensas de las casas más pobres, que tienen unos doscientos años de ser provisionales. El joven, al igual que los otros observadores, tiene enterrada en sus mejillas una mueca de profunda y temerosa tristeza, eso indican las coordenadas de sus labios inquietos y el gesto tierno en la cabecita del niño. Atrás del joven se ve otro hombre mucho mayor que él; es ese anciano que lleva puesta una anchísima camisa –rompida y morada; morada y sucia; sucia y barata- y que está sujetándolo de los hombros, no sabemos si quiere detenerlo para que no cometa una locura o si sólo está apoyándose en él porque a esa edad es una tarea difícil mantenerse en pie. La expresión del rostro del viejo es de horror kafkiano al imaginar el cuerpo

llevado al grado de grotesco por los gusanos; es de temor mundano y a la vez teologal, como si acabase de ser lanzado al sexto círculo del infierno de Dante. Su rostro enjuto, desfallecido, arrugado, carcomido por el llanto de muchos años o por el sol del desierto calcinante de los pepenadores, nos cuenta que no sabe lo que son tres tiempos de comida en un solo día, lo cual lo condena, sin saberlo él, a no ser un dichoso destinatario designado del sistema privado de salud que quiere imponer la derecha nacionalista que se cuadra en los portillos del lujo. Se nota que es un enfermo asintomático de la pandemia, porque un virus no es más fuerte que la pobreza y de ella si presenta todos los síntomas.

En un plano intermedio de la foto –ya no decimos que es una obra pictórica- se ve otro hombre, joven y pobre, según la decodificación que hemos hecho de las cicatrices de su pantalón verde, se limita a mirar hacia el cielo, como intentando eludir el entierro y el rostro de dolor tremendísimo del familiar que carga el ataúd. Su cara hacia el cielo que recién dejaba de llorar es, sin duda, de vergüenza. En el último plano de la foto, casi inadvertido, u oculto a propósito en las siluetas de los otros, está una mujer -cuya edad y origen umbilical es imposible intuir desde esta distancia- con las dos manos alzadas hacia el cielo. La posición de sus manos, abiertas sobre la cabeza en un ángulo de 45 grados, nos hace presumir que están esperando que, desde arriba, dios les ponga las esposas de una vez por todas; sí, las esposas, porque no hay ni ha habido jamás posibilidad alguna de que caiga el tan ansiado y prometido maná.

Esta foto que estamos viendo no pretende -como podría creer más de algún iluso o algún historiador sin memoria- tenernos al tanto de las noticias pandémicas, sino que su intención de aparecer en la primera plana del diario de hoy con los muertos de mañana es que sepamos que hay otros que están más jodidos que nosotros y ello debe hacernos felices, conformes, nacionalistas, y devotos de San Toribio Romo, patrono de los emigrantes.

En otra foto que no ven ustedes, retocada por las contribuciones mensuales al periódico y al periodista, aparece un rostro inerte y una boca menesterosa que, según el texto a pie de foto, repite de memoria una letanía de mentiras barrocas referentes al no pago de los salarios de los empleados de la alcaldía. Su mirada

no es de vergüenza, ni de dolor, ni de impotencia, ni de pudor; es sólo una mirada vacía y burocrática que busca hacer contacto con el lado del cerebro donde se urden las mentiras políticas cuando la desesperación impera; mirada que parece, o finge, estar saludando a un auditorio inexistente. Detrás de esta foto unos hilos irrompibles, aunque invisibles, parecen decidir la profundidad de los ademanes; parecen decidir dónde deben ir las tildes y las comas y los engañosos etcéteras del discurso burocrático del alcalde; porque es eso lo que está haciendo el hombre ensacado de esta foto: actuando un discurso con la ayuda de esos hilos, para perfeccionar la coreografía; y, por si las dudas, con ayuda de audífonos diminutos para no olvidarse del guion que siempre inicia con el clásico: Dios te salve patria sagrada, en tu seno hemos nacido y amado... y así lo memorizan incluso los millones que no tienen patria porque carecen de patrimonio, como el niño que está mamando o el joven sin traje espacial que carga el cadáver de un ser querido que nunca supimos quién era. Lo único que sabemos del cuerpo es que es el número 28,427 y que va con los pies por delante... y el dolor por detrás.

2020

La cuarentena

18 de marzo. Infectados: 1

País diminuto que eres infinito en el imaginario y en los ojos de las tres divinas personas que amo hasta lo indecible; país azul, saqueado y asesinado por los Caín sin memoria que se disfrazan de políticos sin caducidad para robarnos, sin descanso, el dinero y la historia y la gloria. Vecindario íntimo donde el chambre es tan fraternal como un beso en la mejilla dado en medio de la peste inquisidora; pequeña colonia de calles empedradas que nos abriga fuerte, sólo porque sí, bajo la luz de faroles cuya luz proviene de luciérnagas coloniales; canchita de tierra sin porterías oficiales donde todos se conocen y todos son los mejores jugadores del mundo... ¡¡Gooooool del Mágico González!!!; cantoncito protegido por cercos de flor de izote con huevo para que el hambre no sea una pandemia incurable y para ser inmune a todo virus; nación pobre y misteriosa como tumba sin inquilino; geografía indómita de mujer única que conjura con sus ojos todos los contagios, no importa si vienen de China, de Italia, de Washington... o de la pobreza más fea; sangre nueva sobre sangre vieja hasta el punto fatídico en que no se puede distinguir una de otra; país lejano y cercano al mismo tiempo (como la moral es) porque el temor es un mercenario bubónico y pulmonar.

País diminuto en coordenadas pedestres e inmenso en solidaridades divinas que se embellece con la exponencial imaginación de los niños y los locos de corazón; terruño lleno de pasiones buenas y nutritivas como sopa de gallina que en los momentos de crisis quieren ser pervertidas para darle otra oportunidad al verdugo de siempre; país violín porque ha demostrado que, cuando sufrimos una epidemia fulminante de ceguera, se toma el poder con la izquierda y se ejecuta con la derecha como el mejor de los Stradivarius; país temeroso de las funestas bolsas negras que retumban en las fosas comunes y en el silencio atroz de los hospitales abandonados. País estremecido de norte a sur por un enemigo tan invisible y letal como la corrupción legal; puño y letra de los poetas necios en la utopía; país

amenazado por los ochenta y cuatro jinetes del apocalipsis que cabalgan en burros castrados y tienen inmunidad parlamentaria; calabozo y praderas que invitan a cortar flores para embrujar la nostalgia; país indefenso y hermoso, ya sabrás cómo armarte hasta los dientes, pedazo por pedazo, pueblo por pueblo, alma por alma, miedo por miedo, esperanza por esperanza. Cárcel y praderas que seducen a los soberbios volcanes con el guiño de una vacuna milagrosa fabricada con lágrimas maternas que nos enseñan que el miedo y el valor son estados del corazón que impiden que gane el olvido.

País diminuto e inmenso como la rigurosa escuela de la calle que nos enseña a través de ancianos imbatibles y, para ser honestos, también nos enseña -por medio de maestros con cataratas en los ojos- que las palabras libertad y muerte son una cacofonía endemoniada, sobre todo en un país donde los políticos visten trajes que los hacen invisibles. Patria y tumba son, en los momentos de olvido, un pleonasma descomunal o una paradoja espacial porque la patria sigue respirando bien en las canchas, las maquilas y los albergues de la cuarentena que hierven de historias heroicas y húmedas como las de Boccaccio.

País profético en las misas y demagógico en los curules, lugares estos en los que la historia demuestra que sus inquilinos no saben ni mierda de la vida colectiva. Si Roque viviera ya habría escrito “pobrecito diputado que soy yo” creyendo que libertad, panteón, infección, son palabras agudas irrelevantes cuando se juntan en la calle; y que muerte no es una palabra grave o llana en los hospitales y en el imaginario. En estos días de la cuarentena y de la peste bubónica que, con sólo sonreír, transmiten muchos políticos, nos estamos olvidando de usar el acento prosódico en la familia y en la vida.

En las tierras ajenas a la cuarentena quieren que olvidemos que la culpa del encierro martirial será nuestra si acatamos los llamados y piropos de los perversos que quieren ver al país como una gigantesca fosa común, como un improvisado hospital de campaña o como el experimento político-electoral de un país-riesgo. Después de que nos engañen van a venir con eso de recuperar la patria verbal

idealizada por ellos como un arca abierta, pero abierta sólo para ellos; como un territorio de pastoreo de sus vacas y burros hechos a su imagen y semejanza; como una terraza hermosa en la que beberán su cafecito vespertino -con un chorrito de Jack Daniels Honey, claro está- leyendo el estado de sus cuentas de ahorro. ¡Ah!, país cuarentena que abre nuestra alma al resplandor del cielo y del suelo, en estos días uno no hace lo que quiere y debe aprender a querer lo que hace, aunque duela la nostalgia en las manos vacías.

En estos días de una cuarentena tremenda que debería ser voluntaria, muchos no podremos peinarnos como si fuera domingo; no podremos ayudarle con los casos de factoro a nuestro hijo; no disfrutaremos el placer orgásmico de meter un gol de chilena, pero qué importa si todo eso lo harán quienes queden de pie para poner en pie al país. Mejor juguemos a los policías y ladrones, (los ladrones son los que se están pedorreando en un salón azul); juguemos al ladrón librado con un voto que un borrachito dio por miedo a perder el cargo; juguemos al escondite con el virus, pero que cuente hasta diez millones antes de abrir los ojos en la celda en cuya pared sur dice: “aquí estuvo Tony, pero sólo un ratito”; juguemos peregrina con los lugares infectados; o juguemos a hacer sombras en la pared para que nuestros hijos sepan que los más viejos no hemos olvidado cuando la dictadura nos torturó los riñones y nos asesinó el hígado por jugar a una cuarentena furiosa disfrazada de clandestinidad revolucionaria. ¿Y entonces? Entonces veremos sus ojos almendrados llenándose de rabia y luz por los duros golpes que recibimos para que no los recibieran ellos; y entonces dibujarán sonrisas al saber que sus padres no delataron a nadie o que usaron las puteadas como una forma hermosa de evadir las respuestas.

País pequeño en olvidos e inmenso en recuerdos dulcitos, cuando la cuarentena sea una hazaña que hay que contar, las calles y el color de los ojos y las caritas de los niños serán las que pongan las tildes; las cicatrices serán las correcciones ortográficas que los ricos de espíritu y de huevos pondrán en las esquinas, en los cafés tristes por falta de clientes y en las paradas de buses, porque sabremos que una cosa es morirse de fiebre y otra cosa es morirse de estupidez constitucional.

En estos días de la cuarentena estamos obligados a hacer y a responder todas las preguntas, pero no para que quienes preguntan conozcan, sino para que quien responda recuerde. En esta cuarentena tan larga para unos y tan corta para otros, sufrimos todos o no sufre nadie, porque es mejor sufrir que desertar, ya que el desertor o el traidor no abandona a su gente, sino que abandona su alma.

El contagio

25 de marzo. Infectados: 13

Bajo el azote de esta cuarentena tan feroz e íntima -como la que, bajo la alarma de los fusiles y las capuchas negras, nos impuso la dictadura militar a quienes estábamos infectados con el aritmético virus de la conciencia- la pregunta que recorre con mascarilla los patéticos pasillos de la soledad en medio del tumulto es: ¿Cuál será el mañana del hoy que nos aflige más allá de lo indecible y de lo perdonable? ¿Existirá todavía el ignoto y tibio amanecer de pasión carnal y amor solidario abriéndose paso entre las fobias y las fiebres y los hospitales de hoy? ¿llegará la esperanza de que todo saldrá bien como el pájaro que tiritaba de frío y nostalgia en el árbol que jamás abandonó a pesar del contagio? ¿llegará de nuevo la cordura como un rayo moribundo de luz y tronidos? ¿la memoria nos cubrirá como densa nube sin agua contaminada para caer en los techos y lavar nuestros pecados y enfermedades? ¿o llegará como leve milonga sin voz de dolor?

Cuando el hastío de la rutina muerde, sin piedad, me pregunto si los dos millones de palabras que he publicado -sin sacarle punta al lápiz ni una vez-, junto a los mil millones de palabras que he dicho sin tomar aire, a razón de treinta y cinco palabras por minuto van a ser capaces de navegar con leve éxito sobre las aguas turbulentas del alma pos-encierro hasta atracar en el viejo muelle de la alegría nueva de estar juntos sin estar a la par uno del otro. ¿O las malditas pasarán de largo sobre el monorriel del horizonte sin siquiera mirarme con ojos de esdrújula aun sabiendo que yo las paré sin necesidad de vientre ni hipérboles?

Las manos del migrante o del exiliado que aprendieron a acariciar, en silencio y a solas -porque siempre tuvieron la esperanza de que toda la ausencia podía terminar al día siguiente- hoy son una táctica de quien cuenta los días de su personal diluvio en un hospital con médicos mercenarios. Pero si el encierro resulta ser cultural y socialmente peor que la peste monárquica, me pregunto si mañana las manos de nosotros podrán recordar la rutina venérea y la mística elemental de la caricia. Las preguntas se acumulan en la incertidumbre de la

certeza elemental. ¿Los infectólogos, los demagogos, los alarmistas, los sensatos, los policías y los políticos repartirán orgasmos diluvianos en los mercados y nos enviarán al correo electrónico del tiempo el llanto que no hemos podido derramar por falta de huevos o salvoconductos? ¿todos ellos en un concubinato absurdo y mediático vendrán hasta la puerta de mi casa, como espectro chocarrero, a buscar mi inenarrable amor por el pueblo para luego salir a librarlo de todo mal... amén?

Los dolores de coyuntura, las heridas históricas y las heridas carnales que supuse estaban libres de toda infección ¿empezarán a palpar y a supurar de nuevo como panal sin sus abejas? Las heridas mías y las de los otros que nos ocultamos en nuestras individuales cavernas ¿podrán hacer memoria de todas y cada una de las gotas de su sangre? ¿se van a suturar a sí mismas para restringir la movilidad en las venas abiertas del dolor y la angustia popular? En este mar tenebroso de las dudas ciertas y de los temores inciertos e importados una verdad me pide un salvoconducto para transitar sin problemas por los tumultuosos albergues de mi mente: el efímero destino de mi presente tiene mucho que ver con mi pasado, ese pasado que, en la auditoría final, es todavía indiscutible y viene a ser el pasado de mi destino, y es mejor eso a que sea el destino de mi pasado. Si los recuerdos navegan en los olvidos, yo espero que uno de esos recuerdos sea reconocer la importancia de estar todos juntos sin temor el uno del otro, sin usar el impropio distanciamiento social porque, si lo observan bien, se darán cuenta de que es una coartada capitalista para impedir que nazca la conciencia.

En este encierro que es tan feroz en las latitudes tropicales y que camina con pies de plomo, aprendamos a sobrevivir juntos; no nos quedemos inmóviles en los muros de la cuarentena ni en las piernas de una cuarentona; no nos quedemos a la orilla del camino viendo como los otros mueren de fiebre o miedo; no metamos en cuidados intensivos las hazañas de sobrevivencia de nuestros antepasados y antefuturos, palabra nueva, esta última, que nace en una crisis biomédica que se puede convertir en una crisis sociocultural; no amemos a las otras, a los otros y a los otritos con temor a contagiarnos de más amor viral; salvémonos ahora y siempre, pero hagámoslo juntos y al unísono para que los flujos íntimos sean una

hermosa metáfora de la vida; no nos salvemos en soledad aunque por el momento estemos obligados a estar solos; salvémonos sin perder la calma, pero rompamos la calma de la injusticia social que fue puesta en evidencia por un virus; no nos reservemos lo que el dinero puede comprar en el pánico; no dejemos que los párpados cumplan su función originaria de pesado juicio cuando estamos tratando de hallar tierra firme para evadir el naufragio de los cuerpos-sentimientos; no nos quedemos sin labios húmedos para no hacer de los besos una especie en peligro de extinción.

En este encierro que nos ladra todo el día como si fuera una boleta de empeño, no olvidemos que sólo está permitido dormir si estamos dispuestos a soñar con el destino de nuestro presente; no nos imaginemos a nosotros mismos como seres sin sangre ni piel; juzguemos nuestra historia sin tiempo, pero hagámoslo con el tiempo suficiente. Pero si la cuarentena termina ganando el juego por falta de jugadores o porque el encierro es un demagogo perfecto; pero si a pesar de todo y con el pesar de todos termino quedándome inmóvil, mudo, sordo y ciego frente a la sombra del encierro; si no puedo evadir el paso por los cuidados intensivos del destino; si amo con miedo y a lo lejos; si me salvo porque no le ayudé a salvarse a los otros; si pierdo la calma y dejo que la injusticia siga su camino en calma; si dejo que los párpados y sus pesados prejuicios valgan más que los ojos y sus juicios; si las manos olvidan la rutina de las caricias y los labios olvidan la mística de los besos; si duermo durante todo el encierro y no tengo ningún sueño sobre el destino; si mis heridas olvidan el nombre de cada una de las gotas de su sangre; si le quito tiempo al tiempo y me siento a la orilla del camino a ver pasar el entierro del otro; si dejo que el distanciamiento social sea el nuevo-viejo tipo de relaciones sociales después de la encerrona... entonces no merezco estar a la par de quienes amo porque no estaré contagiado de amor.

La pobreza es el primer síntoma

1 de abril. Infectados: 41

La buena noticia es que la humanidad ha vivido peores años, y la peste bubónica (Black Death) puede dar fiel testimonio usando como datos infieles los 25 millones de personas que mató en Europa en unos seis años (1347-1353). Los efectos de esa peste influyeron de forma fulminante en el desarrollo político, social, cultural y económico de la humanidad, sobretodo porque dejaron claro que el ser humano está aquí para quedarse, no importa si cuenta sus pasos usando las huellas de las pandemias que provoca.

De la peste negra a la gripe H1N1 –por poner un ejemplo al azar- encontramos mil avances médicos y diez avances sociales. En 2011, un grupo de expertos concluyó que ningún gobierno está preparado para salir ileso de una pandemia porque ninguno busca, deliberadamente, la asesoría de las ciencias sociales. Detrás de esa conclusión está la premisa de que las pandemias no sólo son un problema propio de epidemiólogos, virólogos, infectólogos y militares, sino que también le competen a la sociología, economía, psicología, política, antropología, trabajo social, periodismo y ética, si es que –desde la prevención social- se quiere dar una respuesta integral y menos dolorosa a las crisis.

No está claro si hoy que estamos en las fauces de la pandemia del coronavirus (nombre coloquial con el que la llamamos en las calles de todos los países del mundo) los distintos gobiernos están buscando la asesoría de las ciencias sociales para que lo biomédico funcione mejor. Aunque parece que no está sucediendo eso, la sociología, en especial, debe asumir que está siendo considerada y aportar soluciones para hoy y para mañana. Lo primero que puede hacer la sociología es señalar que el primer síntoma del coronavirus es la pobreza y, a partir de él, poner en la luz la vida social y señalar las grietas del sistema económico que, bajo la forma de tristes injusticias o de alegres apatías, signan de forma dolorosa la cotidianidad.

Una de esas grietas es la precariedad social del trabajo de salud pública, lo cual incita a que la función del cuidado personal sea realizado por un grupo de seres invisibles que, al igual que los sociólogos y enfermeras, tienen salarios muchísimo menores que el de los políticos. Otra grieta es la lapidaria desigualdad social y las notorias diferencias de clase (en lo económico y, a partir de ello, en lo social, lo educativo, lo cultural) que generan efectos absolutamente disímiles en el pueblo que, como si todas las personas que lo componen fueran iguales, acata las medidas necesarias para enfrentar la pandemia: cierre de escuelas, cuarentena, teletrabajo, e-learning, por mencionar algunas. Pero, una escuela pública no está equipada como un colegio caro para cumplir su labor “a distancia”, y eso ahondará la desigualdad en el mediano plazo; quedarse en casa teniendo un salario seguro no es lo mismo que quedarse en ella cuando se vive de la calle.

En el señalamiento de esas grietas, la sociología (que bien podría crear la línea epistemológica de “sociología de las pandemias”) debe ir dando cuenta de otros aspectos que están sufriendo el impacto de la crisis y que podrían llegar a abrir otras grietas igual de profundas. Debemos prestar atención –pongo por caso- a la cultura de los gestos íntimos y saludos cotidianos porque pueden ser vetados para siempre y, si es así, la solidaridad social irá a parar al museo nacional del país “sálvese quien pueda”.

En todo caso –con las ciencias sociales dentro o fuera de las medidas que se toman en los meses de pandemia- es innegable que el primer síntoma es la pobreza, y eso explica por qué, a unos cuantos días de cuarentena, grupos de personas salgan a las calles con la intención (manipulada, muchas veces, por los políticos perversos que quieren recuperar militantes) de saquear supermercados y mercados para saciar el hambre, amparadas en el fiero anonimato que brinda el comportamiento colectivo. No cabe duda de que vivimos en la sociedad de lo frágil y de la ilusión, ya que las redes sociales nos generan la ilusión de que podemos acceder a toda la información posible y, al mismo tiempo, son utilizadas para manipularnos con noticias falsas o tendenciosas. Casi lo mismo podríamos decir de las estadísticas que, por un lado, pueden mostrarnos la magnitud real de una

pandemia y, por otro, puede usar o descontextualizar los números para provocar la agonía que impulsa al suicidio o nutre a los corruptos.

Podría seguir señalando otros aspectos para justificar la presencia de las ciencias sociales en la lucha contra las pandemias y en las transformaciones sociales y culturales que provocan en el aparato productivo, formal e informal; en las relaciones sociales, cotidianas y carnales como las del eterno Boccaccio; en la perspectiva de quiénes somos “nosotros” y quiénes son “los otros”, “los malos”, “los feos”, “los infectados”, “los sin entierro”; en la cultura política que puede llegar a ser democrática o ser de súbdito extremo, tal como ahora lo es; en los tipos de control social severísimo que, aprovechando los cuidados y descuidos que generan las pandemias, llegan al uso de drones para monitorear la movilidad territorial y de medidores de temperatura que -de paso y por pura casualidad- escanean la cara y la identidad. Lo que queda en evidencia, más allá de cualquier postura, es que las pandemias siempre son hechos sociales tan totalitarios como totales, debido a que ponen en grave peligro la totalidad de las esferas, predios y pasillos del mundo sociocultural.

A manera de corolario sociológico podemos afirmar que las pandemias (que dejan como rastro de falsa inmunidad una enorme cantidad de estudios culturales, políticos y epidemiológicos) ponen en juego –aquí y ahora- un problema vital de la sociología que la historia debió plantear al revés: cómo sobrevivir juntos para luego vivir juntos. Para saber eso, primero debemos saber cuál es la diferencia y cuál la coincidencia entre nosotros y los otros en una sociedad signada por una desigualdad social escandalosa (tangibile y simbólica) que siempre anda en busca de nuevos hijos putativos, siendo hoy el distanciamiento social el más promovido de ellos.

Si bien no se puede negar que el distanciamiento social promovido con criterios culturales (junto a las cuarentenas obligatorias y disciplinadas) es una medida atinada para frenar una pandemia cuyo peligro está en el nivel de contagio más que en el de mortalidad, también no se puede negar que dicho distanciamiento

social puede llegar a privatizarnos los vínculos que nos unen como seres humanos con cuerpo-sentimientos y dejarnos una epidemia de soledad que, también, tendrá como principal síntoma la pobreza, porque el pueblo no cuenta con “el factor” que lo haga inmune a ella. Por el momento no podemos contradecir y mucho menos evitar recurrir al distanciamiento inventándonos nuevas fronteras, nuevos trámites migratorios, nuevas territorialidades, nuevas formas de fornicar culturalmente, pero las ciencias sociales están obligadas a gritar que debemos estar atentos a los peligros que conllevan si se mantiene después de la crisis.

Soy los libros que he leído

I

8 de abril. Infectados: 103

Al final de todas las cuentas de la vida, lícitas e ilícitas, lo que termina siendo lo esencial es lo que somos por dentro, no lo que tenemos puesto; al final de todas las cuentas cabales soy los libros que he leído, ni más ni menos. Y es que, como si fuéramos un *principito*, nuestra esencia está en el ser-saber y no en el tener-quitarse, ya que cuando estamos en cuidados intensivos somos lo que no se puede medir con dinero. Sí, yo soy los libros que he leído. Ni más ni menos. En los días en que descubrimos *las venas abiertas de América Latina* nos damos cuenta de que la vida obra de formas misteriosas y, quizá por eso, en estos densos lapsos sin tiempo de la cuarentena puedo escribir los versos más tristes cada noche, escribir que el cielo es una cárcel sin rejas porque todos los ojos apuntan hacia él en un intento desesperado por hacer desaparecer *la hojarasca* de la peste que nos persigue día y noche para hacernos entender, a la fuerza, que el Medioevo ha vuelto al planeta; para hacernos comprender que vivimos y sufrimos *la mala hora* de la sociedad del consumo que nos consume.

Por la noche, la peste es una realidad tangible y temible que pasa sobre nuestro techo, y el viento le hace a mi casa su cadavérica ronda de impotentes sollozos y alaridos vocingleros que no encuentran eco cercano en las *cumbres borrascosas* del vecindario; y la calma se quiebra y quiebra como un cristal mi grito de auxilio desesperado que clama por volver a mi *mundo feliz* sin encierros, y en la planicie azul de un horizonte sin límites, aterrado veo morir los agudos crepúsculos de los pechos dolorosos que perdieron la posibilidad de los santos óleos.

Esta perpetua encerrona que nos dará la oportunidad de sobrevivir separados (cada quien en *la caverna* que tiene por refugio), para que mañana podamos vivir juntos, es tan peligrosa como el virus monárquico que nos acecha porque, si no nos abrazamos cuando la tormenta pase, puede desencadenar una epidemia de odiosa soledad. A toda hora, la rutina de la ruptura de todas las rutinas toma la

palabra para que la memoria dicte sus nostalgias a mis seres más amados, a quienes les confieso que *me alquilo para soñar* con un país en el que ellos regalen sueños de justicia social. Entre cuatro paredes y mil hastíos irrelevantes recuerdo de nuevo cómo era la flor en el último invierno del jardín del vecino. Era la caricia roja y los suspiros como potros desbocados recorriendo los renglones torcidos de *la historia de dos ciudades* que no tienen calendarios ni saben del confort de los muebles estilo Luis XVI en las salas de emergencia. En su mirada se veía el incendio de la plegaria que vence a cualquier enemigo y enamora hasta al que ha perdido el corazón en la última caminata por *el laberinto de la soledad*. Las hojas secas de mis días caen en el río caudaloso de las almas de los míos y de lo mío, y entonces el distanciamiento social pierde sus colmillos y cierra sus *ojos de perro azul*.

El dolor ajeno ya no es tal cuando el silencio se apodera de la noche que, sigilosa, adelanta sus pasos por temor al toque de queda impuesto por el vigía sin ojos que cuida *las uvas de la ira* que nos obligan a huir de nosotros mismos; el sufrimiento es el mejor designio y fantasma de la democracia que disfrutaban quienes mueren de hambre o mueren de fiebre, esa insalvable y triste paradoja que conquista mi conciencia como una enredadera firme y en calma que camina detrás de las huellas del *fantasma de la ópera* que no pierde las *grandes esperanzas* del amor correspondido con sexo. Estos son los días más peligrosos que he vivido en casi seis décadas, mucho más peligrosos que los largos y cruentos días de la dictadura militar porque, en esta ocasión, repudiamos a los vecinos a quienes vemos como *los miserables* dentro de la miseria, sin saber que lo miserable es el capital que nos empuja a la pobreza multiforme, ese territorio que no tiene primavera ni fiestas patronales.

Es la cuarentena o son los cuarenta años de ilusiones desilusionadas (que, firmes como una piedra, empezamos a contar desde la primera ofensiva general) los que me tienen borracho de eucalipto milagroso y de besos dados de contrabando para no violar la orden del distanciamiento social *mientras agonizo*; el calor agobiante es un presagio de la fiebre que nos tiende una emboscada en las esquinas

sospechosas y en las maquilas insaciables; *la tregua* es el nombre del barco con el que remonto el mar tenebroso del individualismo y la perversión política que, por costumbre, insisten en que tuerza el rumbo hacia la muerte del diminuto día de los pobres que juegan a *la rayuela* con el contagio adictivo porque no tienen nada mejor que hacer en los mesones.

En estas circunstancias en que el calendario es un artículo obsoleto, los días son la oración que repetimos hasta que se produce el milagro de encontrar el tesoro de *la isla del tesoro*. Pero antes de que eso suceda, todo es igual de pálido y todo sigue atado a la locura que me da el valor para cruzar el agrio sabor de la pandemia; que me da la cordura necesaria para disfrazarme de *Don Quijote de la Mancha* y luchar contra los molinos de viento en los que se pulveriza el virus con los sonidos amargos de los virus venideros. El mío ha sido un largo recorrido de libros que me han preparado para vencer la soledad que acompaña al pétreo distanciamiento social que, de puntillas, me conduce a la bruma espesa de *la desolación* sin patria. Esta cuarentena es un recordatorio de la cárcel clandestina que tuve que sufrir para ponerle fin a *la fiesta del chivo* en América Latina; esta cuarentena es un golpe en la frente para que se sacuda el árbol de las prioridades de la historia del *crimen y castigo* y vuelva a usar el jabón de cuche que limpia las ideas.

La noche y el día son iguales cuando el reloj se detiene en la mano ajena que, sin inmutarse, escribe la *crónica de una muerte anunciada* en los pasillos de las salas de cuidados intensivos olorosas a Brylcreem y Old Spice; en estas horas en las que la incertidumbre me oprime la garganta como si no capitaneara mi particular *Odisea*, me refugio en *el olor de la guayaba* que mi mujer tiene en medio de las piernas; busco la herejía audaz del *evangelio según Jesucristo* en el valor de los que, descalzos y sin armadura, luchan contra el contagio que nos susurra al oído la sarcástica versión de *la divina comedia*; procuro recostarme en los hombros de la luna por salud mental; tiro mis redes a los labios oceánicos de la patria de la infiel y hermosa *Ana Karenina* para pescar los besos del perdón colectivo; hago

señales de humo para sentirme útil como el faro del fin del mundo que juega al *lazarillo de Tormes*.

II

15 de abril. Infectados: 164

En el encierro en nuestros brazos de náufrago hemos perdido de vista y de tacto el crepúsculo colectivo compartiendo con los amigos, en libertad total, unas pupusas y una taza de café de maíz que nos recuerda que fuimos capaces de montar *el otoño del patriarca*. Claustro. Cárcel. Caverna. Cuarentena. Corona de espinas. Ya no se ven por las calles los labios unidos en secreto mientras la noche ladra sobre el mundo para denunciar *el origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. El temor es tan feroz que ya no sé *por quién doblan las campanas* y el único consuelo que me queda es ver por la ventana el bautizo del sur en los cerros lejanos que no oyen los lamentos del *amor en tiempos del cólera* renaciendo en un nuevo virus. Para espantar el agobio de la crisis a veces juego a que los ojos de mis hijos son como un pedazo de luna que se enciende entre mis manos que son víctimas de *la metamorfosis*.

Y, de repente, el tiempo pierde pertinencia y la juventud es un recuerdo que me llega con el corazón apretado por esa nostalgia dulce que sólo conocen quienes han estado del otro lado de la vida, que han estado en el lado oscuro de la sociedad, ese lado dominado por los demonios de *la metamorfosis*, otra vez. Se cierra el libro que leo en la aurora de los exilios y las cuarentenas que siempre son un *crimen y castigo*, y como una hoja herida cae a mis pies la mascarilla que me convierte en un nuevo *Pedro Páramo*, porque vivo en una ciudad en la que yo soy la aparición, yo el espectro que deambula derribando las estatuas que honran la corrupción y los genocidios que se hacen en nombre *del Capital*.

Soy los libros que he leído para desenredar las aguas errantes de las fiebres que se ensañan con quienes mueren de hambre o desilusión todos los días y que, en

los breves intermedios, sueñan con ser *el Conde de Montecristo* que se venga de sus enemigos sin perder la elegancia. Las calenturas carrasposas hacen figuras barrocas en la niebla de los hospitales que se niegan a atender a un tal *Otelo*. Después de que salga de este *ensayo sobre la ceguera*, todos sabrán que sufrí al revés el pacto de *Dorian Grey*. Al quinceavo día de estos soliloquios en masa, las estrellas son cruces negras de un barco a la deriva cuyo capitán ignora que el amor es el único puerto sin restricciones migratorias porque en él *la vida es sueño*. A veces amanezco sin haber anochecido porque me estoy convirtiendo en una *balsa de piedra*, y mi alma es un *Robinson Crusoe* que intenta reproducir una mejor versión del país que se nos va entre los dedos. El mar de las dudas se truena los dedos mientras memoriza *todos los nombres* de los muertos. Todos. La cuarentena es *la montaña mágica* donde refrendamos el amor a quienes amamos con la misma locura suicida de *Romeo y Julieta* cuyas familias se odian porque viven sus respectivas pobreza en barrios diferentes.

El titubeo que provoca la certidumbre de un contagio tan masivo y maleable como los *cuentos de barro*, hace que todos parezcamos seres abandonados en nuestros propios brazos como si fuéramos los fantasmas de los muelles en el alba que se rinde a los pies del *mercader de Venecia*. Aun sin morir físicamente, para muchos será la hora de partir definitivamente de esta sociedad que tiene como signo la lluvia de frías corolas sobre los corazones sin utopías sociales ni pezones al aire libre. alguna de estas largas tardes, o alguna de estas anchas noches en las que vuelvo al cuerpo desnudo y calcinante de *Doña Perfecta*, descubriré, como si de súbito recordara un *poema de amor*, que las guerras, las pandemias y *el ruido y la furia* de la corrupción dejan a su paso la misma cloaca de escombros, y eso me obligará a buscar el camino hacia la cueva de náufragos en la que, para resolver la maldición de los cielos, se refugiaron *los hermanos Karamazov*.

A estas alturas del calendario no sé si ser los libros que he leído es una bendición o una maldición inexorable. Dentro de algunos años estaremos contando esta hazaña de haber luchado contra un enemigo del que diremos que por el hecho de ser tan pequeño era tan gigantesco como *Moby Dick*; del que diremos que era un

enemigo sarcástico porque, siendo tan primitivo como los deseos y delirios de *Edipo rey*, nos hizo ver que de nada sirven los adelantos tecnológicos que construyen teléfonos inteligentes y naves espaciales que llegan hasta el planeta Marte sin echar gasolina en el camino *de la tierra a la luna*. Y entonces nuestros hijos sabrán que el amor del pueblo es extraordinario porque nace y se refrenda de circunstancias extraordinarias; y entonces, cerrando los ojos de tristeza y alegría, les diremos a los niños que, precisamente, sus abuelos lucharon para que un amor como el de los habitantes más humildes y solidarios (amor sublime entre compañeros de combate y amor carnal entre jadeos de *Decameron*) llegara a ser en El Salvador el amor más común y corriente, casi el único amor posible donde era imposible vivir saliendo ileso.

Ser un narrador de las cuarentenas y exilios y ser un pregonero de las injusticias cometidas por *la ciudad y los perros* sólo ha sido posible por los libros que he leído y por los que, voluntariamente, nunca quise leer. Por alguna razón que no quiero decodificar en este encierro que es un *viaje al centro de la tierra*, me dan risa los poemas absurdos de los pobrecitos poetas de aterradoras colas de caballo y gestos plagiados; me dan risa los intelectuales flatulentos que saben todo de todo y son similares y conexos de las cucarachas; me dan risa los analistas asalariados que son capaces de hablar sin decir nada y que, como *el general en su laberinto*, se ven patéticamente hermosos cuando suspiran de impotencia porque la metafísica del *negro que hizo esperar a los ángeles* no les tapa la avaricia ni les sirve para conquistar, erección en mano, la piel desnuda de las jóvenes que miran pasar frente a sus ojos.

Aunque en este momento no es lo más importante ni lo más interesante hablar de esos tipos de *Celestina*, como si fuera un *Sherlock Holmes* cotidiano me pregunto: ¿Qué han hecho de nuestra poesía de panela y de chaparro destilado en la clandestinidad de la cultura? ¿Qué, del lamento vocinglero del desempleado y de los gallos purísimos que viven *cien años de soledad*? ¿Qué, de la desnudez solitaria de la *Madame Bovary* que se baña en la abstracta tempestad? ¿De qué lado del país están o de cuál mano se alimentan quienes decidieron *matar un*

ruiseñor? Es mejor no decir nada cuando la angustia es un rumor colectivo. No decir nada porque, por instinto o por conciencia, muchos estamos parados hoy en el lugar exacto de la cuarentena que lucha por alargar sus brazos: estamos en el lugar en que la memoria nos obliga a implantar el grito de esperanza *en busca del tiempo perdido*.

Los mil y un miércoles

I

22 de abril. Infectados: 250

Los miércoles son especiales para mí desde el 30 de julio de 1975, a las cinco de la tarde en punto, porque desde ese entonces tan lejano empecé a deambular por la vida cortando los pétalos de la margarita de una utopía social tan escurridiza como el escarabajo de oro, la que, no obstante serlo, quiero creer que era y sigue siendo un anhelo colectivo e íntimo como el de beber una taza de café con un pedazo de cemita alta recién horneada en las manos del pueblo, ese pueblo que se persigna doce veces antes de salir a la calle a enfrentar una muerte probable que siempre es mejor opción que una muerte segura. Cuarenta y cinco años después, este debería ser para mí un miércoles especial y vocinglero y compartido porque (como muestra de una inconsulta y pírrica capacidad literaria o, mejor aún, como prueba de la necia disciplina que se requiere cuando somos combatientes de la justicia social que hará del país un lugar soberbio y bien peinado y mejor perfumado) estoy publicando el artículo número mil, lo que no habría sido posible sin la ayuda incondicional de mi amigo Francisco Valencia y de las mil personas que compartieron conmigo los relatos fascinantes de sus vidas.

Pero ¡oye tú, insumiso escribiente, las cosas no son tan fáciles cuando el tiempo es un simple péndulo! En las últimas semanas, un leve y diminuto virus me ha hecho ver, con los gerundios sofocados en el puño izquierdo, que mi país no existe como idea unificadora y feliz y titánica en la mente de los políticos, de los funcionarios y de los intelectuales que, sin ponerse de acuerdo, cosifican la vida y, con un gesto de cíclope sifilítico, convierten en número legislativo a las personas; que sólo es un mal retrato que me hicieron cuando estaba distraído contando las historias de la abuela que era capaz de vencer toda enfermedad y todo mal con sólo pasar sobre mi frente unas misteriosas hojas de ruda machacadas con alcohol alcanforado; que sólo es una palabra raramente bonita o un himno fascinantemente falso que, de niño, le creí al enemigo purulento que meció mi

cuna para espantarme los sueños con tétricos escuadrones de la muerte que, como la energía, no se destruyen, sólo se transforman.

En este largo, sinuoso y cruento recorrido por las palabras y por las denuncias gritadas desde el tejado sin ser un violinista, mil veces quise creer (justificando con el alma en carne viva la falta de avances significativos de eso que otrora llamé revolución social) que, simplemente, el país era muy tierno y que, por eso, no daba la talla suficiente como para tener al mismo tiempo un Norte y un Sur claramente delimitados por el cielo del Este... pero a esta hora de la noche sé que no existes más allá de mis delirios de Orfeo y, para terminar de joder, también sé que vives los días más peligrosos de tu historia porque no se oye a las madres clamar por tu amor y protección, y eso es igual a que nadie te necesite. Siendo así de lapidario, debo pensar y debo aceptar, con cristiana y futbolística resignación, que a lo mejor me inventé un lindo país para no morir de hastío y en lugar de estar en cuarentena domiciliar debería estar en cuarentena perpetua en el manicomio, porque todo el mundo sabe que sólo dios y los locos y las celestinas pueden inventar cosas de ese tamaño y calor. Entonces, por ser el país que me inventé entre poemas levemente odiosos, hoy me pagas inventándome tú a mí, después de mil intentos, de modo que soy un invento del invento, o sea algo así como Hamlet hablándole a Hamlet o Macondo soñando a García Márquez.

Las crisis y las hazañas nos enseñan, a los países y a las personas, a cerrar los ojos para vernos por dentro. En estos días en que se junta la crisis del país con la hazaña de mi disciplina de tinterillo o de indigente de las palabras, puedo decir que veo enormes grietas en la oscuridad tempestuosa del país; profundas y largas grietas, cada una con sus fechas cabalísticas barridas por su propia sombra de unicornio azul, porque hasta el sol de mediodía se come los pasos de los transeúntes que tapan su miedo con mascarillas piratas que tienen más agujeros que puntadas... y sin embargo protegen hasta de las malas miradas y del aliento fétido de los diputados. A toda hora cruje el dolor de pueblo en el frío glacial que le agita un pañuelo blanco al viento que no sabe cómo entrar en tu territorio para

hacerle la prueba del puro al amor colectivo del pueblo y así averiguar, de una buena vez, quién le está siendo infiel.

En el delirio de los hermanos que por falta de patrimonio huyeron de ti, patria, eres como el mar de la distancia sin fin donde los abatidos pueden soñar que son el mejor piropo para los pezones impasibles que se vacían en las champas como si fueran el maná cotidiano que resucita a cualquiera; eres el alfabeto instintivo de los que no saben leer ni su nombre; eres el horizonte difuminado que los muros engullen sin dar las gracias o pedir permiso; los pericos, las piscuchas y el jadeo de la iguana mitológica que huye de la educación a distancia son la primavera de tu perenne invierno; la vida en el vecindario de la pobreza es una pirámide en ruinas que sólo puede ser restaurada -y mantenida hermosamente en pie sin necesidad de cuarentenas- por la insurrección del fuego más agudo de la dignidad como infalible pronóstico del clima; de la dignidad como imborrable huella de la tortuga que, sin dar paso atrás, va arando el desierto que impide conocer el oasis del corazón con barriga llena.

Desde mucho antes de emprender esta tortura alegre de los mil y un miércoles que se comen la hostia de la utopía social con cada palabra, amé esos cantones y caseríos y pueblos dispares que parecen haber sido sacados de la boca de los cuentos de hadas del barro; pequeños y dulces caseríos y cantones escondidos en los pies de los barrancos sin protección civil; nidos bulliciosos en la salina borrachera del hambre que va sin camisa; pueblos como prófugos temblando de frío entre la tupida bruma llena de luciérnagas silenciosas y furtivas; enormes pueblos que se creen ciudades colosales enfrentando al copioso y largo temporal del desempleo instalado por los políticos de siempre; traicionado país de vigías ciegos y pregoneros mudos que escriben desesperados poemas de amor bajo la luz de un candil con la lengua destrozada por la nostalgia del que está condenado a recordarlo todo como una larga canción desesperada; maquilas que tienden emboscadas letales entre las postreras palpitaciones de los manglares y los ríos y las milpas anémicas con un largo cuchillo que tiene sed de cuellos delgados y bocas pintadas con achiote.

II

29 de abril. Infectados: 395

Y en el irreparable recuento del olvido de la soledad y la soledad del olvido que se afila los colmillos en el encierro obligatorio, recuerdo los nombres propios que le dan un rostro humano a los poblados que se recuestan en la territorialidad de la querencia que no reconoce fronteras. San Salvador como una golosa cascada de gente que cuenta los días en los puntos suspensivos de la fiebre; Mejicanos que suspira platos típicos para darnos fuerzas; las calles de Buenos Aires que tiritan de frío y me niegan las hojas para acomodar mis abrazos en quienes amo hasta lo indecible de miércoles a miércoles; Ataco aromática como un gran puerto limpio y amable; los centros comerciales de Los Ángeles con los ojos sucios por la triste depravación del consumismo desigual que un diminuto virus pone en evidencia; la Habana ebria de conjuros rojos siempre esperando al barco pirata del genocidio neocolonialista para hundirlo con mojitos; la San Benito naufragando en el imperio de las remesas que no tienen quién las envíe; Buenos Aires y su deliciosamente amargo mate que nos inunda de fe en los pasillos de los teatros de la Avenida Corrientes; la Torre Futura bostezando de hastío entre los bancos fétidos, los restaurantes caros y los vigilantes privados; la Bella Nápoles hermosamente paciente esperando, bajo las naguas de las ventas callejeras, que alguien la abra de nuevo para que las tazas de café con malagueñas sean la imbatible excusa para juntarnos otra vez a hilvanar historias fantásticas; Santa Ana como la mujer más hermosa bañada con la esencia adictiva que brota del cafetal moribundo; San Ignacio y su escalera al cielo; La Palma y sus pétalos que no temen dejarse ver por el indigente; Montevideo y Ciudad Delgado como cómplices girasoles de la cercanía peligrosa; los puertos de La Libertad, el Cuco y Acajutla en unas lentas playas patrias pintándose la boca en el espejo crónico e infinito que surcan las ballenas que con sus toneles van tejiendo, cual torpedos, incontables esquirlas de espuma.

Abril agoniza y la ternura está en cuidados intensivos porque ha sufrido una trombosis profunda de hambre y desempleo y no se tiene a la mano una vacuna de abrazos o un tratamiento eficaz contra el tiempo perdido. En estos días ha sido difícil no morir de lejos en la soledad atroz de las plazas públicas atiborradas de palomas famélicas que, con doloridos gorjeos, preguntan por nosotros todos los miércoles. Para limpiar la ceniza de la pérdida de las rutinas, cada tarde escribo un cuento amarillo con palabras grises y bonitas que no entiendo; no tengo el valor ni el salvoconducto que me permita salir a bailar a la calle, aunque haya quedado desinfectada con la primera lluvia del año y quizá por eso me invade, sin justificación política o venérea, el recuerdo del primer placer solitario que tuve cuando iniciaba la pubertad frente a la puerta ajena. Desde el primer día en que todos nos fuimos del espejo del otro, la humedad de la música es una razón para no volverse loco y para no suicidarse.

Cuando salgamos de la cuarentena recordaremos el gozo mañanero y tangible de los amigos y del segundo círculo de la familia; la bandera patria será una sonrisa sin derecho a ser puesta a media asta; la concreta solidaridad será repartida en el fuego de los pobres que no están bancarizados ni tienen Twitter; el puño izquierdo que hace cien años levanté para luchar contra la injusticia, tendrá su nueva casa en los estudiantes que no quieren ser excluidos por no poseer tecnología y será un golpe unánime en el clamor de piedra donde se refugia la ilusión del utopista. A pesar del calor agobiante hace frío sin los otros que hacen de la enculturación una linda estrategia de sobrevivencia. Si el inventado virus logra en mi cuerpo lo que no logró la dictadura militar, seguramente dirán, con las intenciones de quienes consuelan a los dolientes, que no supe escribir suficientes cuentos heroicos a pesar de que lloré a los cien mil muertos necesarios. Esta noche de nuevo llueve la nostalgia de sentirse un trabajador honrado y cumplidor el día de pago. Nunca, como hoy, el mes de abril ha tenido los ojos puestos en las fiestas de navidad que desde la distancia lucen grises y despobladas.

Los pasados días de leyenda en que los jóvenes se amaban sin reloj y sin hacer preguntas vuelven a la memoria para que la ciudad en que subsisto tenga cara de

juguete nuevo dejado junto al nacimiento; por la noche se ve un espectro llevando hasta su casa a la novia y, sin temor alguno, se quitan la mascarilla para darse un beso tan profundo como el olor del aserrín de los circos en quiebra. Las lágrimas del miedo al contagio son espejos tristes en los que se refleja la cara de los niños de la luna; los besos dados con los labios de la añoranza salen en busca de las almohadas rotas para alumbrar los sueños de los cenizales perdidos en la hojalata de mil y un miércoles; en silencio, policías y soldados con balas de barro se cuentan los chismes del día para no sentir el cansancio que se prende de las pupilas del nixtamalero.

Pero uno de estos miércoles encontraré las figuras de papel de china que los niños hacen en sus casas como mueca del severo crepúsculo de las pizarras, y el horizonte será un incendio lejano provocado por las hojas del árbol de fuego que de verdad estará en llamas. En el largo recuento de las esquinas sin sospechosos, los ebrios consuetudinarios -como monumentos de papel periódico inmunes a todos los virus- beben a escondidas el penúltimo trago de alcohol gel. En tan solo un mes y medio, al país se le metió la terca idea de crecer unos centímetros para alcanzar los libros de historia que están en lo más alto de las viejas repisas de la biblioteca nacional mientras imita los patéticos y horribles tics de las personas mayores. Ya después del encierro la ciudad recobraré su entrañable locura y en sus aceras los transeúntes se morderán la lengua para no caer en la tentación de abrazar al de enfrente, y se morderán la lengua para no dejar que sus almas de niño salgan a jugar con el amor de los otros.

Después de tantos años y de tantísimos encierros –como cuarentenas o como exilios- he llegado a comprender que los miércoles son mucho más que miércoles; son horas que se amasan día a día con el amor por el pueblo; son proyectar junto a mí las sombras de quienes amo para inventar una sola sombra. A pesar de estar hechos de palabras, no necesitan palabras... ¡qué más da, si al final no soy lo que escribo, sino lo que ustedes decodifican con el libre albedrío de sus delirios!

Paciente cero: la sociología en los tiempos de las pandemias

I

6 de mayo. Infectados: 695

Cuarentena. Compromiso. Cadáver. Colapso. Capital. Cero. Constitución. Coraje. Compromiso, de nuevo, como jalón de orejas a la sociología. El relato del brote que rápidamente se convirtió en pandemia es, a estas alturas de la agonía respiratoria en la unidad de cuidados intensivos de la miseria, una novela trágica que leeremos una y otra vez; una enfermiza novela sobre la enfermedad y sobre la desigualdad social que profundizan, con imperial conocimiento de causa, algunos patéticos académicos que, por tener alma neoliberal y concentración de ansiedad anticipatoria en el hígado, son cómplices gratuitos de la exclusión social de los grupos económicos más pobres (esos que sufren la cuarentena con la espada del desempleo o del hambre en el cuello) y de aquellos muchos que no tienen acceso a la tecnología -y sus fascinantes redes sociales- para continuar las clases o el trabajo; redes sociales que, paradójicamente, acercan a las personas, alejándolas.

Entonces, esa novela trágica trata de un virus y trata de la pandemia de fascismo que develó desde los primeros días de su cuarto rebrote. La pandemia del coronavirus, como se le conoce coloquialmente a este bicho que no está ni vivo ni muerto, se deriva de la patética enfermedad por coronavirus, iniciada en 2019 (llamada coloquialmente COVID-19) y la causa el “virus coronavirus 2, del Síndrome Respiratorio Agudo Grave (SARS-CoV-2) (SARS-CoV-2)”.

De entrada, ese laberinto de palabras y cacofonías es una señal de que no se sabe qué pasa o, peor aún, que se sabe lo que pasa, pero no se quiere divulgar. Se identificó por primera vez en diciembre de 2019, en Wuhan, capital de la provincia de Hubei, en la infinita República Popular China, al reportarse casos de personas enfermas con un tipo de neumonía desconocida. Las afectadas tenían vínculos estrechos con los trabajadores del famoso Mercado Mayorista de Mariscos de Wuhan. La Organización Mundial de la Salud (OMS) la reconoció

como pandemia global el 11 de marzo de 2020, sin embargo, esta organización carece de autoridad planetaria.

Hasta el 3 de mayo (el Día de la Cruz en los pueblos latinoamericanos, razón simbólica por la que escogí esa fecha) se ha informado de más de 3.5 millones de casos de la enfermedad en unos 212 países (los cinco países con mayor número de infectados son: Estados Unidos, España, Italia, Reino Unido y Alemania), con más de 247,000 muertes (los cinco países con mayor cantidad de fallecidos son: Estados Unidos, Italia, Reino Unido, España y Francia), y más de un millón de casos de personas recuperadas (los cinco países con mayor número de personas recuperadas son: Estados Unidos, Alemania, España, Italia e Irán). Sólo el 0.05% de la población del planeta se ha contagiado (según las pruebas realizadas) y ese risible porcentaje es suficiente para paralizar a todo el planeta, lo cual demuestra la precaria inversión en salud pública que realiza el capitalismo. Por tal razón, el paciente cero es la pobreza globalizada.

En New York y San Salvador –pasando por lugares irreales como Sri Lanka- se cuelgan panfletos que indican cuáles son las formas de transmisión y protección, y entonces descubrimos que el virus ha empujado a la humanidad al siglo XIV porque el temible bicho le teme a las máscaras (herederas de las que combatieron a la peste negra); la ha empujado al tiempo de los fenicios porque, como lección de historia, descubrimos que el temible bicho le teme al jabón y, con la misma severidad, quiere empujar a la sociología a los años en que fue autora intelectual de la desigualdad social. Conmocionada por la velocidad del contagio, la OMS ha declarado el brote como “un suceso nunca antes visto en su impacto económico” y le suplica –porque eso hace: suplicar- a los gobiernos de todos los colores y a los organismos de ayuda médica que no le quiten el ojo de encima.

Y la gente no le quita el ojo de encima al virus y atestigua el crecimiento –por temor a contagiarse- de la hostilidad contra quienes enfrentan la pandemia en los hospitales y albergues; y la gente no le quita el ojo de encima a las ciudades rebasadas por la muerte y ve pilas de cadáveres en los parqueos de los hospitales

o en los camiones refrigerados prestados a los restaurantes de comida chatarra. Y a pesar de las imágenes dantescas –o por la necesidad del pan diario, ya que la mayoría vive del sector informal- miles de personas desafían la cuarentena con actitudes que pueden ser violentas, por el hartazgo de un encierro necesario; agónicas, por el hambre que muerde en la mesa; o políticamente cínicas, porque han sido enviadas a las calles -como carne de cañón- a cumplir una inicua función de desestabilización política. En todo caso, y en todos los casos, el desafío a la cuarentena hace casi imposible rastrear los nexos epidemiológicos disparando el número de infectados.

Desde que se supo del contagio del personal médico, los medios de comunicación –invocando el amarillismo que lo amamanta- se saturaron de pavorosas siluetas de doctores y enfermeras con trajes protectores sacados de las novelas de ciencia y ficción; y, un poco después, de imágenes de personas “contenidas en albergues” tratando de romper los cordones de seguridad para huir de dichos lugares en los que la cuarentena se parece demasiado a la cárcel, no importa que sea por el bien común. Twitter y Facebook están plagados de noticias falsas; insultos; visiones apocalípticas como las de la peste negra en la que, de la mano de la iglesia, prevaleció el “sálvese quien pueda”; rumores y, como oscura táctica política, acusaciones por el mal manejo de una crisis completamente social. En 2020, el “sálvese quien pueda” es gritado por los ricos; por los que tienen acceso a internet y, por tanto, pueden continuar sus clases como si nada pasara, y hacerlo con la venia de algunos académicos de las ciencias sociales de extrema derecha y por los políticos corruptos que ven una posibilidad de estar frente a las arcas abiertas de la ayuda internacional.

Para suerte de la sociología crítica, en los tiempos de las pandemias como esta encontramos a muchos científicos sociales que trabajan –o exigen ser incluidos en situaciones que le darían legitimidad y pertinencia a su formación- en el campo de las medidas de salud preventivas que faciliten la labor médica, debido a que, más que nunca, es fundamental la opinión social en la decisión médica. Por supuesto que, ignorando las enseñanzas de pandemias anteriores, todavía hay oposición a

pesar de que hay mucho que decir de los fallos en las medidas de bioseguridad, debido a que éstas tienen una implicación negativa en los sectores populares en el marco de débiles infraestructuras sanitarias que tergiversan la resistencia a dichas medidas.

A medida que el contagio se acelera la sociología de las pandemias deja en claro –para ser tomado en cuenta en futuras pandemias- que las medidas tradicionales de contención tendrán un éxito mayor y serán menos traumáticas en las ciudades donde la gente, abrazando su cultura, tome sus propias medidas de protección, y para eso es necesario formarlas.

II

13 de mayo. Infectados: 1112

En los tiempos de una pandemia en los que las medidas tomadas contradicen la cotidianidad de la inmensa mayoría de la población (medidas que en las ocasiones más inicuas son usadas o recusadas para obtener réditos políticos) los sociólogos, antropólogos, trabajadoras sociales, psicólogos, educadores, artistas, defensores de los derechos humanos, periodistas, poetas y trabajadoras del sexo, desde la particularidad de sus etnografías, deben fortalecer la esperanza de acceder, como opción acertada, a los recursos comunitarios que le den mayor efectividad y amigabilidad a las medidas sanitarias, razón por la cual deben formar parte de los equipos de contención y prevención social. Como en casi todos los casos de emergencia provocados por nuevas pandemias –o por viejas enfermedades con nombres diferentes o que fueron provistas de contagios controlados por las súper transnacionales- la urgencia de una acción inmediata para frenar el coronavirus frecuentemente impugna el requisito de una metodología de investigación lenta y apacible que es propia del mundo académico burocratizado en el que la realidad se detiene en un libro.

Si para la sociología de las pandemias –habidas y por haber- el paciente cero es la pobreza, las grandes preguntas son ¿cómo usar la etnografía y la epistemología de la cotidianidad que reivindican la existencia del cuerpo-sentimientos para que contribuyan a las prácticas de contención social con los recursos culturales en lugar de hacerlo contra dichos recursos? ¿Qué hace o debería hacer un sociólogo socialmente comprometido cuando está en medio de las necesidades de salud pública inmediatas durante un brote pandémico que se convierte en un hecho social total? ¿cuál es el papel del sociólogo frente a las decisiones políticas que se toman para enfrentar una pandemia y frente a las irracionales posturas partidarias que muchas veces surgen como recurso desesperado de un argumento electoral en bancarrota?

No cabe duda de que el papel de los científicos sociales, en general, debe asumir una forma institucional porque es un papel estratégico y es el complemento de lo biomédico para estudiar, intervenir y enfrentar con criterio multidisciplinario (con la prevención social basada y sostenida en las identidades socioculturales) el brote de pandemias como la del COVID-19 que deterioran con intensidad y amplitud la llamada soberanía nacional y cuestionan, públicamente, los difusos límites de las democracias liberales que en épocas “normales” se disfrazan de sociales o de populares. Cuando se identificó el brote del coronavirus en China, muchos sociólogos y antropólogos (pensando en la experiencia del Ébola, en Guinea) nos quedamos esperando ser convocados a formar parte (activa y ad-honorem) de las instancias de intervención social y de contención cultural, pero ese llamado nunca se hizo. El aporte principal hubiera estado centrado en la elaboración de un diagnóstico sociodemográfico (la densidad y concentración poblacional es decisiva en el ritmo de contagio) y en la posterior formulación de un protocolo cultural y sociológico del manejo integral –en tiempo e ímpetu- de la cuarentena y el distanciamiento social, a partir de una minuciosa descripción etnográfica de la cotidianidad de las relaciones sociales y del escandaloso estado de la desigualdad social que se ve profundizada por acciones de exclusión social deliberadas que pretenden que sean los pobres –y sólo ellos- los que paguen los platos ratos por el virus, y que lo paguen con desempleo; con la reprobación del año académico en

las instituciones educativas que premian al estudiante que tiene todos los recursos tecnológicos y una conectividad tan buena como segura; y con cadáveres, claro está. Contar con un protocolo cultural y sociológico de las cuarentenas permitirá ver y reconocer, por ejemplo, los hábitos de descanso del pueblo en los sectores de alta concentración poblacional: los estrechos pasajes de la comunidad que besa pies descalzos; las preferencias alimentarias soportables en el tiempo familiar de la tortilla con sal; la mirada sociológica sobre el uso de los espacios públicos disponibles como extensión de su pronta idea de libertad y las prácticas domésticas esenciales como cocinar haciendo aparecer ingredientes que no existen; como rezar con la misma fuerza y convicción con la que toca el cielo y, cuando el miedo se desborda, rezarle hasta las piedras; como charlar sobre cosas intrascendentes que se convierten en fundamentales; como reír las lágrimas propias y ajenas para no perder la costumbre ancestral que se niega a emigrar; como almacenar comida en bolsas plásticas, cajas de cartón y hasta en el corazón para que los hijos no aguanten hambre mañana; celebrar y recordar en soledad, o muy cerca de ella, para reafirmar los rituales de una cultura nacida del contacto físico. Con lo anterior se aclararían cuáles podrían ser las situaciones concretas y simbólicas de proximidad en medio del distanciamiento social que, seguramente, tendrían más posibilidades de éxito para frenar la transmisión del virus.

Ese trabajo etnográfico desde la perspectiva de la epistemología de la cotidianidad será, de ser requerido en el futuro, muy intenso y amplio, pero su comprensión de los mecanismos y laberintos de prevención social primaria seguirá siendo, a lo sumo, preliminar. Es de aclarar que a pesar de que la comprensión en función de la prevención social tenga un carácter preliminar -y que tendrá que navegar en el mar furioso de las noticias falsas o tergiversadas- seguirá siendo la mejor apuesta porque complementará lo biomédico parándose en los hombros de la cultura y conociendo mejor al que esta sociología identifica como el paciente cero. Significa entonces que las pandemias, así como las guerras, abren nuevos campos a la investigación social y cultural, las unas en los días de brotes y rebrotes, las otras en los meses de las escaladas e invasiones en las que le sonreímos al enemigo para que no nos mate. En ambos casos son –o deberían ser- las ciencias sociales

las que ofrezcan argumentos científicos para evitar la ruleta rusa de la información falsa o espuria que incluye, como desesperado mecanismo de defensa individual o como ataque político que perjudique la coyuntura, la propagación de múltiples rumores, tales como que la pandemia no es real; o que es una conspiración de las grandes potencias económicas que terminará de la noche a la mañana; o que es una guerra bacteriológica. Aunque ninguna de esas informaciones (o afirmaciones, más bien) es absurda, el problema práctico es que genera hartazgo o confusión en la población, y eso la lleva a tomar decisiones erradas o apresuradas que se traducen en un mayor número de contagiados o en gastos inútiles.

III

20 de mayo. Infectados: 1640

La sociología de las pandemias al reconocer que el paciente cero es la pobreza acepta, implícitamente, que una cosa son las decisiones erradas (por ignorancia o perversidad) y otra, muy distinta, las decisiones culturales incorrectas que están exentas de malicia. Pensando en eventos análogos en el futuro, el mayor reto epistemológico será establecer por qué unos grupos con similares condiciones económicas y educativas reciben con aplausos al personal de salud y acatan las cuarentenas, y otros, en cambio, atacan o discriminan a dicho personal y hacen todo lo posible por violar el confinamiento social, sólo porque sí. Lo anterior va a demandar organizar debates profundos con las comunidades para mejorar la colaboración en coyunturas pandémicas (en las que deben modificar hasta sus ritos funerarios, amatorios y culinarios, lo que tiene secuelas culturales fuertes, aunque intangibles) que permitan resolver, sin salir tan heridos, los problemas de salud pública.

En ese sentido, la muerte (en la forma en que se concibe y en la que se le hace culto) es un problema de estudio al que le puede aportar la sociología de las pandemias porque está vinculado a la duración de las cuarentenas, en cuya intimidad se sufren con resignación los mecanismos para que sean soportables

hasta el final del plazo y, en ese sentido, la valoración de la muerte podrá ser menos traumática en el corto plazo. Y es que, en el imaginario colectivo de muchas comunidades, la muerte es un viaje de la vida y, para realizar este viaje dentro de la comarca de la cultura, las personas necesitan ir equipadas con todos los recursos de su ser social, tales como las ropas de domingo que deben ser lavadas y planchadas antes de cerrar el ataúd, o los objetos que las mantendrán atadas a los vivos que dejan atrás.

Ese tipo de información nos lleva a comprender que cambiar cualquier práctica cultural no es, simplemente, una cuestión de hábitos higiénicos (muchos de los cuales dependen de los recursos económicos), sino también una alteración fulminante de las relaciones sociales ligadas al parentesco. Desmontar el contacto con los muertos o con los rituales religiosos tiene el mismo impacto que cortar los lazos con los vecinos y amigos, en tanto implica una separación forzosa y forzada con el presente y con el pasado, y eso incide en la disciplina manifiesta en las medidas sanitarias tomadas. Ciertamente, la atención etnográfica, así como la fiel comprensión epistemológica, en la reorganización temporal de las dinámicas culturales y sociales tiene una enorme pertinencia epidemiológica, por lo que son factores críticos que no hay que obviar en el contexto de los brotes, pues, sólo así, los rumores y el uso político de las crisis serán minimizados en función de construir relaciones comunitarias de confianza que “saquen lo mejor de la gente” y deslegitimen las narrativas simples que deambulan en todas las pandemias.

La sociología de las pandemias parte, en lo político-práctico, de un fuerte llamado al compromiso social de los científicos sociales en el sentido de hacerlos sentir como profesionales que “quieren estar ahí, en medio del epicentro del contagio evadiendo los colmillos del virus” y escuchando a las personas para ser su voz y, de ese modo, dar su aporte junto al personal médico. No cabe duda de que para contener la pandemia del coronavirus se debe contener primero la epidemia de miedo y readecuar las acciones en un tiempo-espacio en el que todo el mundo está asustado porque no se sabe exactamente qué hacer, y todo se reduce a la acción del ensayo y error. Esa podría considerarse como una frase común de los

sociólogos, pero en realidad implica ver las poblaciones –sobre todo la de escasos recursos económicos- no como un obstáculo para detener la propagación, sino como nuestro único recurso válido y aleccionador.

Nadie puede negar que -salvo algunas alentadoras excepciones que tienen en común la inversión social histórica- los gobiernos nacionales sólo se han dedicado a gestionar la crisis pandémica contando el número de muertos y, como era de esperarse, los resultados varían de un país a otro, en cantidad y calidad. En ese marco, los “expertos”, que buscan dos minutos de fama, disfrazan su ignorancia o perversidad con gráficos y estadísticas carentes de identidad cultural y obviando que la dinámica social no es un número que se pueda meter o sacar a voluntad de una ecuación, razón por la cual siempre se debe hacer prevalecer la vida para que el margen de error sea mínimo. Claro que –como se dedujo de la crisis del Ébola- no podemos dejar de confiar en la ciencia, pero la ciencia debe confiar en que nuestro comportamiento confirme las estadísticas y proyecciones. Pero la realidad demuestra que en tiempos de emergencia mundial los números que dan autoridad o generan confianza pueden estar viciados -voluntariamente o no, eso es lo de menos- debido a que muy pocas veces se conoce el número exacto de infectados (debido a la falta de pruebas) que nos indique dónde colocar cordones sanitarios; ni se conoce el número exacto de muertos específicos debido a la omisión o al sub-registro de casos.

Las preguntas incómodas que la sociología de las pandemias puede formular a estas alturas son: ¿A qué clase social pertenece la mayoría de los infectados y muertos en América Latina? ¿Quiénes son los que están cayendo en un nivel de pobreza mucho mayor como resultado de la pandemia, con cuarentena o sin ella? ¿Quiénes se enriquecen a más no poder, partiendo del hecho de que el dinero perdido por unos es ganado por otros? Pandemias, lluvias tropicales, terremotos e inundaciones previas ya nos habían advertido de la escandalosa desigualdad social que reina en nuestra sociedad, y nos habían mostrado que el mapa de las zonas de riesgo era casi del mismo tamaño que el mapa del país y, además, nos habían gritado que las condiciones de vida de la mayoría son indignantes y poco

recomendables para que las cuarentenas sean menos frustrantes. Sin embargo, ningún gobierno anterior se preocupó por ir resolviendo esa situación y dejarla como una herencia de trabajo ineludible a reanudar por el siguiente gobierno sin distinción de ideologías, lo que nos dice que el neoliberalismo impuso sus feas condiciones.

Viendo el panorama de las tensiones políticas, se puede afirmar que actuamos en la luz y la oscuridad al mismo tiempo, y que el Estado de Derecho o la democracia misma son un chiste de mal gusto contando por políticos que quieren refrenar su cargo en las próximas elecciones, con la ilusión de que si hay más muertos ninguno de esos serán ellos o sus familiares. Esta coyuntura debería ser –leyendo las páginas utopistas de la sociología- el mejor momento para el consenso y, sin embargo, no ha sido así a pesar de lo catastrófico que implica. Esta situación no es exclusiva del país, basta revisar los casos trágicos de Brasil y Estados Unidos donde la gestión de la pandemia se ha convertido en la gestión de la crisis política y en la feroz gestión de no cerrar el mercado.

IV

27 de mayo. Infectados: 2194

En esta y en todas las pandemias (como la gripe española o el cólera sin tiempo para el amor) la gente se cansa de luchar contra lo intangible y llega a la fase de la ansiedad en la que se pregunta ¿cuánto durará la emergencia y cuánto durará la puta cuarentena? Salir de esa fase de rodillas y entrar en la de la reconstrucción y recuperación social del tiempo es, más allá de las fosas comunes y los rebrotes, una etapa estratégica en lo económico, lo social y lo cultural. En el caso del coronavirus está claro que lo que llamo “post dies plaga” será, de hecho y por los hechos, el punto de partida de la fase de la pandemia en versiones entrecortadas con cuarentenas cortas. Esa fase de ensayo y error ni siquiera terminará con la ansiada distribución global de la vacuna que todo el mundo espera, ya que, si el

modelo económico actual de producción-consumo que le dan coherencia continúa sin cambios significativos, (el modelo civilizatorio hegemónico), una tras otra, vendrán más pandemias que presumo serán cada vez más letales en lo económico y cultural.

De la aflicción popular surge la pregunta ¿entonces viviremos en un estado de emergencia intermitente o permanente? ¿salvaguardar la vida y la comida en condiciones de trabajo suspendidas será, en el corto plazo, incompatible con la llamada democracia o Estado de Derecho? ¿seguiremos a merced de la política corrupta que aprovecha el dolor, el miedo e incertidumbre colectiva para garantizar intereses particulares? En el tétrico marco de ensayo y error que nos ha metido esta pandemia vemos acciones firmes de algunos países (sobre todo en Asia) que han logrado buenos resultados confiando en la disciplina de los ciudadanos, lo cual depende del perfil cultural que se ha formado por décadas. Seguramente ese consistente perfil cultural de prevención social en el paciente cero explica por qué en Occidente se tiene que recurrir a imponer multas o incluso amenazar con la cárcel a las personas para se protejan y protejan a sus hacinadas comunidades. La sociología de las pandemias pone en la mesa de análisis la validez de los actuales sistemas educativos basados en la escatológica falacia del individualismo puro, el de la competencia impura y el que resulta ser, al final, un ingenuo espíritu emprendedor (que no es más que sobrevivencia efímera) que no educa para la solidaridad social y la cooperación de tal forma que los bienes comunes y la riqueza producida por la sociedad constituyan nuestro destino común.

Desde la lógica política propia de las coyunturas de emergencia sanitaria, decir que durante la pandemia las acciones de los Estados se ejercen en la sombra o sin ir dando explicaciones inmediatas significa que se desconocen todos los efectos de las acciones, lo cual evidencia, además, una ignorancia lapidaria sobre lo que implica tomar decisiones políticas que se miden con muertes y enfermos. Evidentemente, ese tipo de cuestionamientos que no se realizan en el momento político más oportuno debe llevar a los ciudadanos a tomar decisiones en función

tanto de prevenir socialmente las pandemias, como de elegir los liderazgos que valoran más la vida.

Y es que, enfrentando la perversión de las oposiciones políticas obtusas, muchos de los países que decidieron imponer de inmediato el confinamiento lo hicieron en general por una cuestión de principios revolucionarios que las izquierdas del siglo XX comprendían muy bien: la defensa de la vida, y por una cuestión práctica que no permite discusión: evitar el colapso del sistema público de salud. Sólo en la fase del “post dies plaga”, después de los debates de crítica y autocrítica que como sociedad tengamos, sabremos si ese criterio prevalecerá en futuros eventos similares. La cuestión ética que subyace es saber si la vida prevalece siempre sobre la economía o sólo durante las pandemias. Durante la pandemia, el Estado ha sido revivido por quienes han tratado de aniquilarlo o minimizarlo para dejarle las manos sueltas al mercado y ha mostrado, además, que tiene un buen margen de maniobra –al menos en coyunturas de crisis- que le permite tener una notable autonomía en relación con un flamante mercado capitalista que fue erosionado escandalosamente en cuestión de semanas; autonomía que incluso le permitió cierta irreverencia con los intereses económicos de las élites más ricas que, de la noche a la mañana, empezaron a enamorarse de la importancia del Estado en la regulación social. Sin ser profeta se puede afirmar que ese enamoramiento fue efímero e interesado, pues en medio de las medidas de confinamiento hallaron la fórmula para darle vida a lo que podría llegar a ser un capitalismo digital que no sólo deteriorará las prestaciones sociales con el “teletrabajo”, sino que también encerrará despiadadamente a nuestros niños y jóvenes en las doradas jaulas de la educación virtual que forma trabajadores, no ciudadanos críticos con sentimientos nacidos de la relación social con los otros que es la base de la solidaridad.

Sin embargo, hay que comprender que en países como el nuestro, que dependen del sector informal y de las empresas pequeñas, el confinamiento que protege del virus encierra lo que llamo “paradoja de la pobreza” que lleva a que en un momento determinado –más temprano que tarde, casi siempre- se sopesen morir a manos del virus o morir a manos del desempleo, razón por la cual la duración de

las cuarentenas debe ser limitada o levantada en el paso previo al no retorno. Para los países que recurrieron pronto a las cuarentenas generales que tuvieron buenos resultados en la contención del contagio masivo, lo que dio tiempo para prepararse mejor, la política de regreso a las calles debe comenzar con la flexibilización del confinamiento social. Durante el confinamiento a través de las cuarentenas y restricción de la movilidad, si el número de contagiados aumenta es culpa de la invisibilidad del virus, y si ese número se mantiene bajo el crédito es de los gobiernos. Así funciona lo sanitario cuando se junta con lo político en contextos en los que la disciplina o las reservas ciudadanas son frágiles, y eso sólo se puede revertir con la prevención social.

Es claro que en el país (al igual que en España, Portugal, Honduras y Guatemala) la oposición política e ideológica ha sido bastante perversa, harto mercantilista o, en el mejor de los casos, muy inoportuna, y el impacto en la cultura política dependerá de la explotación o manipulación coyuntural (de los resultados y datos negativos que se puedan tener) que haga la ultraderecha que en ningún momento dejó de luchar por sacarle provecho político-electoral al virus. Las señales que se ven son preocupantes desde la perspectiva de la sociología de las pandemias, porque pueden llevar a la conclusión ciudadana de que el consenso entre los órganos del Estado siempre estará depredado por una guerra de posiciones en la que los muertos o desempleados los pone el pueblo, situación que se sabrá hasta cuando estemos en la fase del “post dies plaga”.

El abrazo del zanate

3 de junio. Infectados: 2781

Empezó a escribir la novela sobre el último molino de viento unos dos meses antes. La deja de lado por trabajos urgentes o por pérdida de la inspiración, pero volvió a retomar el hilo del escrito cuando regresaba del mercado; se interesaba lentamente por la trama que estaba en ascuas, por el retrato de los pocos personajes que iba afinando letra a letra. Esa noche, después de readecuar el programa de la materia que impartía y discutir con sus hijos sobre el rastro positivo y negativo que deja la tierra cuando completa una órbita elíptica alrededor del sol, volvió a la novela en la tenue tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque Libertad. Sentado en su silla de trabajo, de espaldas a las ventanas francesas y al largo confinamiento social que estrechaba los espacios hasta hacer un nudo con las imágenes, sólo escuchaba el ruido líquido de Amanda que barría y trapeaba profunda y severamente todo lo que encontraba a su paso, incluida su tenue concentración. Para volver a lo suyo y ser inmune a la parafernalia de la copiosa mujer de la limpieza permitió que su mano derecha jugara una y otra vez con las sensaciones del día y se dispuso a escribir unas cinco páginas. Al menos esa era su meta.

Su memoria volvía sin esfuerzo a los nombres, los lugares y las imágenes de los protagonistas; la ilusión creativa y el ansia de terminar la novela tomó posesión de su ser, casi de inmediato. Sintió el placer casi pérfido, casi dulcito, de irse soltando palabra a palabra de la cotidianidad de la rutina que lo masacraba sin piedad ni tregua; sentir en ello que el armario de su memoria llena de olvidos reposaba cómodamente al compás de las aspas del molino de viento que describía; que los cigarrillos seguían intactos y al alcance de la boca para darle el toque exquisito a las imágenes en soledad que dejaron en soledad las calles; que más allá de las ventanas comían y reían los pulcros zanates bajo el gris atardecer de las bancas del solitario parque. Esdrújula a llana, gerundio a metáfora, pasado a futuro, punto a coma, absorbido por el sórdido dilema de las víctimas en el papel de héroes

inmunes a la muerte y sus similares y conexos; dejándose abrazar y besar por las vívidas imágenes que se reunían en el parque sin poner un pie en él, y tenían color y movimiento propios confundiendo, hasta la necedad, el pasado con el futuro y el presente, fue testigo o torturador del último encuentro en la cárcel clandestina que estaba a unos mil novecientos treinta y dos pasos del parque Libertad. Eso sí es cinismo o ironía.

Parapetada en el movimiento cada vez más lento del molino de viento del que se prendía la vida, la mujer de su novela se deslizaba en silencio y descalza hasta el cuarto de torturas, perversa, golosa, traicionera; sentado estaba el torturado, el reo sin un protocolo judicial que aliviara sus dificultades respiratorias, magullados los labios por el culatazo que pretendió borrar su silencio. Pero los golpes no eran ni serían efectivos. Por eso la mujer trató de limpiar la sangre de los labios con un beso apasionado que condujera hasta la metamorfosis del traidor de los mártires, pero él rechazaba los besos, no estaba ahí sentado, a mil novecientos cuarenta y cuatro pasos del parque Libertad, para darle de comer a los zanates ni para repetir los rituales de la desfloración de la honradez escondido en un laberinto de hojas secas que no sirven de nada para llegar al centro y luego descubrir la salida. La escuadra 9 milímetros cambiaba su frío oscuro por el calor de la sien izquierda que gemía como animal emboscado por su depredador más temido... debajo de la sien, a mil ochocientos treinta y tres pasos del parque Libertad donde comían los zanates, latía acurrucada la libertad que sí cuenta, la libertad colectiva, la libertad de respirar sin temor ni dolor. Entre la mujer y el hombre sentado huyendo de los besos como nueva forma de tortura, el que escribía hizo correr un diálogo que como serpiente se arrastró por lo menos dos páginas, y sintió que el desenlace vertical que andaba buscando casi estaba concluido. Estaba tan sólo a mil novecientos setenta y nueve pasos del parque Libertad y no lo había visto. Los besos que limpiaban la sangre de los labios para extraerle información, fueron auxiliados por las manos que, por ser una mujer entrenada por la CIA, estaban seguras de que romperían el silencio. Pero los besos y caricias carnales lejos de disuadirlo dibujaban aciagamente la silueta de otro cuerpo del que era necesario protegerse como si se estuviera en medio de la hojarasca de un virus altamente

contagioso. Esa silueta extraña, que voló del parque como asustada por un ruido inesperado, era la de un zanate abrazándolo como si le diera un beso en la mejilla. Todo seguía igual; la leyenda de lo que diría en el caso de ser capturado –como era el caso- no se había olvidado: coartadas del trabajo en el que lo conocían por su nombre legal; lugares visitados por azar puro, pero dejando indiscutible evidencia de ello; sus largas visitas al parque para darles arroz y migajas de pan a los zanates y palomas que estaban dispuestas a testificar a su favor: sí, señor policía, lo conocemos y él no se mete en nada; posibles errores en la vida de la protagonista estaban siendo resueltos a tan sólo mil novecientos noventa y dos pasos del parque Libertad.

Amanda estaba como loca, estaba como poseída por el demonio de la lluvia; se esmeraba cada vez más en dejarlo todo absolutamente barrido y trapeado. A partir de esa página; a partir de esa situación que estaba a tan sólo dos mil diecinueve pasos del parque Libertad; a partir de ese raro movimiento de las cosas y las imágenes que se visten con el hipérbaton del domingo para ir a la santa misa de los nuevos creyentes de la utopía social; a partir del abrazo del zanate (que es nauseabundo o exquisito, eso depende de las intenciones del ave y de si el último molino de viento aún sigue con vida y dando vida) cada personaje tenía su papel escrupulosamente asignado en función del escrúpulo de los otros protagonistas. Repasar cada línea escrita a pesar del necio y glacial ruido de Amanda; volver a revisar cada diálogo para garantizar que es una serpiente con cabeza; hacer un conteo despiadado de lo que no se ha dicho; estar seguro de que sólo se tomará un respiro en la novela -que ya casi se escribe sola- si es interrumpido por una mano conocida y tibia que acaricie su mejilla y por unos besos que cubran sus labios ensangrentados y ahuyenten el sucio abrazo del zanate que persiste en el inframundo de lo ajeno. Ya casi amanecía y Amanda seguía en lo suyo.

Homo Perfectus

I

10 de junio. Infectados: 3373

El sarcasmo es el biógrafo de los siglos desde que el hombre creyó que estaba muy por encima de todo lo existente, incluido el tiempo y el espacio, así como el infalible antídoto que se recetó cuando tuvo conciencia de la muerte. El siglo en el que el hombre se burló de la realidad afirmando que había construido la sociedad del conocimiento, dijo que puede poner los dos pies en Marte gracias a naves espaciales privadas y anunció, desde un laboratorio de genética al estilo del mundo feliz de Huxley, la conquista total de la inmortalidad sin enfermedades, debilidades o malformaciones (para quien pueda pagarla al contado, claro está) nos azotó como huracán furioso una pandemia que nos empujó hasta la época medieval, exactamente a los mortales años cuando la peste negra, burlándose de las máscaras y conjuros desesperados, aniquilaba los países del viejo mundo y, sin pudor, dejaba una larga fila de cuerpos abandonados en las calles para festín de las ratas.

El siglo XXI, que iba a poner en el trono de lo imposible al ser humano (mediante la cuarta revolución industrial, la revolución-diosa de las revoluciones previas) y a partir de ello se ufanaría de que con él se acaba la evolución humana porque no hay nada más perfecto en ninguna dimensión de la física teórica, el “homo perfectus”, inició su segunda década barriendo las calles, las fábricas, los centros comerciales y los aeropuertos de todos los países del mundo, o sea a los del primero, segundo, tercero y cuarto mundo, mandándolos a todos al otro mundo. En el Coliseo Romano lo único que deambula en soledad son los gritos de muerte del virus y el bramido de los gladiadores victoriosos hace siglos; el Walt Disney World “donde los sueños se convierten en realidad” es un panteón de lujo reclamado como propio por los animales que hablan; la Riviera Francesa y las islas exóticas se han quedado en purgatorio silencio como haciendo un mea culpa por el perdón de sus pecadores; la ciudad de Paris -como la de San Salvador- se

ha quedado vacía, muerta de miedo, el mismo tipo de miedo que obliga al confinamiento hasta en la imposible de confinar ciudad de Nueva York (la grandiosa y bulliciosa ciudad que es la capital del mundo capitalista) que se duele de ver a su calle en Times Square vacía como nunca en su historia, ni siquiera en el inicio de su historia.

Desde esa todavía considerada como la capital del mundo, hasta la ciudad más pobre y anónima del planeta, un virus que no está ni vivo ni está muerto (independientemente de si es un virus creado o no) ha logrado doblegar la infinita soberbia del ser humano justo en los días en que los intelectuales virtuales más brillantes y los científicos más prolíficos pregonaban que –emulando la hazaña de Neil Armstrong, apellido más sospechoso que casual- el ser humano (el ser-capital, se entiende) había dado el paso definitorio en la evolución del Universo - que no de la Humanidad- del que ahora se considera como un salvaje “homo sapiens” hasta el hombre del futuro en pleno presente, el que llamo “homo perfectus”. ¿Qué ha sucedido en estos cinco o seis meses? Siempre hemos dicho que lo que nos separa de los animales es el trabajo que sólo es posible porque surge del pensamiento simbólico (como máxima expresión de la racionalidad e inteligencia) y que ese pensamiento es el que, como conciencia de sí mismo, nos lleva a la búsqueda de más conocimiento para dominar a los otros y a lo otro; nos forja el ansia de progreso en beneficio de unos pocos, y cuando más disfrutaba el ser humano de su delirium tremens viene la naturaleza a recordarnos que somos tan indefensos, vulnerables, frágiles y pendejos como cualquier otro ser, como cuando apenas entrábamos a la Edad de Piedra, lo cual encaja bien con el sarcasmo porque nos hemos quedado paralizados como una piedra.

Pensar que algunos pensaban (o querían creer) que se había llegado a ser el “homo perfectus” no es descabellado, pero si la ciencia se analiza al margen de las necesidades más básicas de la humanidad, que fue lo que hizo el famoso historiador e intelectual israelí Yuval Harari quien acuñó, hace algunos años, el término “homo deus” (el hombre dios de sí mismo). Sólo por conocer el optimismo o prepotencia adquirida de Harari, podemos remitirnos a su libro “Homo Deus” en

el cual tuvo la patente osadía de describir el futuro en detalle (obviamente a imagen y semejanza del capital) sobre la base de su principal supuesto, el supuesto más sólido y más endeble a la vez: las ciencias ya se han desarrollado en todos los campos imaginables. Harari es citado por muchos de los intelectuales de pensamiento crítico a quienes les parece cuando menos patético su patrón de razonamiento, y unas de las citas preferidas de todos ellos es la siguiente: “Si en verdad estamos poniendo bajo control el hambre, la peste y la guerra, ¿qué será lo que las reemplace en los primeros puestos de la agenda humana? Como bomberos en un mundo sin fuego, en el siglo XXI la humanidad necesita plantearse una pregunta sin precedentes: ¿qué vamos a hacer con nosotros? En un mundo saludable, próspero y armonioso ¿qué exigirá nuestra atención y nuestro ingenio? Esta pregunta se torna doblemente urgente dados los inmensos nuevos poderes que la biotecnología y la tecnología de la información nos proporcionan. ¿Qué haremos con todo ese poder?”

De más está resaltar que las aseveraciones son falsas o, en el mejor de los casos, verdades estratificadas o verdades con intereses de clase: no se ha controlado el hambre en el mundo que sigue matando a por lo menos ocho mil quinientos niños diariamente... se ha controlado a los hambrientos; no se han controlado las guerras... se ha garantizado que la industria de armamentos siga siendo próspera en las calles y en las barriadas vocingleras, y se ha garantizado que los países invasores tengan la menor cantidad de bajas posibles, tanto humanas como en infraestructura, lo cual ha llevado a lo que se conoce como “guerras biológicas”; no se han controlado las pestes... se ha controlado a los pestilentes y a los que padecen todas las pestes posibles cuyo paciente cero es la pobreza. Leer las afirmaciones sin apocalipsis de Harari mueve a la risa irónica, porque un virus demuestra que vivimos en la también infinita sociedad de la ignorancia; porque un virus sin rostro impone un confinamiento prolongado y feroz a –sin exagerar- cientos de millones de personas en todo el mundo y ha paralizado –abriremos hasta nuevo aviso, restricciones aplican- la actividad económica mundial (con la única excepción de la que forma parte del capitalismo digital). Leer las alegres

afirmaciones de Harari en la solitaria soledad de las cuarentenas provoca convulsiones y un rechinar de dientes que hace juego con el tronar de dedo.

II

17 de junio. Infectados: 4200

¿Existen las condiciones objetivas y subjetivas como para que, más allá del delirio de grandeza que signa a los conquistadores sin escrúpulos y a los eruditos sin trono, seamos algún día el “homo perfectus”, o ese es el último e irremediable ridículo de arrogancia que sufre el ser humano? La vida, de forma abrumadora, demuestra que podemos ser presas del mismo miedo que asoló al Medioevo y volver a sus formas de enfrentarlo. Sólo hizo falta un virus -sin dinero, ni ejércitos bien armados, ni postulaciones a premio Nobel- para acabar con la soberbia del “homo deus u homo perfectus” y corroer los patrones culturales que le daban coherencia a la hegemonía imperialista, incluidos los de las igualmente arrogantes religiones. Esta Semana Santa en cuarentena y sin multitudinarios actos rituales llenos de culpa y de esperanza, fue un ensayo planetario de la tele-religión que amenaza con nutrir las creencias fundacionales del cristianismo, islamismo, hinduismo, budismo y mercantilismo, por citar las más grandes, siempre y cuando no alteren el fervor y la entrega al prójimo que, en el capitalismo, tienen como principales indicadores el diezmo puntual, la limosna constante, la renuncia de oficio a la herencia familiar y la ceguera progresiva. Por supuesto que, pensando como político en elecciones, ningún líder religioso carente de principios morales desaprovechó la crisis sanitaria para fortalecer la fe que lo sostiene en el púlpito y enfrentaron la pandemia a partir del culto al sacrificio consuetudinario del pueblo, emulando así la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. ¡¡Pero los pobres no resucitan ni en cuerpo ni en alma al tercer día!!

Al respecto, la posición oficial de la iglesia católica plantea –subliminalmente- que se puede ver la pandemia desde dos ángulos: de frente o por detrás, es decir, o por sus causas o por sus efectos. Esgrimiendo un paralelismo bastante débil, el argumento de la iglesia -que le sirve de coartada a los empresarios que se han

opuesto a las cuarentenas- es que si las personas se detienen en las causas históricas de la muerte de Cristo se van a confundir y cada una de ellas estará tentada a decir como Pilato: “Yo soy inocente de la sangre de este hombre... e inocente es también la economía”. Pero obviando esas posiciones subjetivistas y martiriales podemos preguntarnos: ¿Cuál es la luz o el signo que todo esto arroja sobre los meses trágicos que vive y vivirá la humanidad? En este caso debemos ver las causas en su conclusión como efectos históricos, no sólo los que son a todas luces negativos –cuya patética crónica vemos cada día en los datos de los muertos, infectados, desempleados y reprobados por el sistema educativo que está doctorándose en exclusión social en línea- sino también los efectos positivos que sólo una observación crítica más atenta nos ayuda a captar en todas sus aristas e implicaciones sociológicas: la gigantesca y bárbara desigualdad social que se fortalece, de forma deliberada, con la versátil exclusión que están sufriendo muchos sectores populares que, por las mismas razones, no pueden ni con el tele-trabajo ni con la tele-educación, lo cual puede llevarnos a construir (o aceptar con cristiana resignación) el nuevo imperio del capitalismo digital. Claro que siempre existe la posibilidad de que, como reflexiones en la caverna de la cuarentena, los pueblos opten por destruir esa nueva realidad antes de que le den las primeras nalgadas; esa nueva realidad llamada cínicamente “la nueva normalidad” para que las personas se crean obligadas a aceptarla para no ser vistas como “anormales”, o sea como “disfuncionales”.

Desde la perspectiva sociológica que se mofa o refuta la existencia de ese “homo perfectus”, podemos afirmar que una de las lecciones de la pandemia es que todo lo que en la sociedad se vive pasa por el oscuro filtro de la política perversa que, montada en los hombros de los partidos políticos, lucha por continuar con la gobernabilidad basada en la corrupción y la impunidad, y eso pone en peligro el destino de la humanidad, pues no se tiene pensado –al menos no lo piensan las élites económicas más poderosas- cambiar la orientación y cuantía de los gastos planetarios que están en función del sometimiento, expropiación y explotación de los pueblos, propios y ajenos. En otras palabras, las lecciones civilizatorias que deja la pandemia las podemos hallar en los sectores más pobres de todos los

países (solidaridad, confianza, valor, humildad, etc.) que ven el absurdo del “homo perfectus” que se imagina a sí mismo reinando en la sociedad del conocimiento (que no es más que la sociedad de la ignorancia). En ningún discurso de culpa sobre la pandemia se escucha que digan que: “de hoy en adelante se destinarán los inconmensurables recursos financieros usados para las armas para satisfacer las necesidades urgentes y menos urgentes de la población: la salud, la higiene, la alimentación, el agua potable, el salario digno, la educación, la vivienda, la lucha contra la pobreza.

No obstante, si como ciudadanos (que, formal y falazmente, decidimos el destino de los países en el tablero de juego de la democracia electoral) no somos capaces de ver los errores e injusticias y promover los cambios; si no somos capaces de sacar lecciones civilizatorias de una tragedia sin civilización, será poco factible que la feroz pandemia (de la que todavía no sabemos qué tan heridos o magullados vamos a salir) nos sirva para aquello que caracteriza a los seres humanos en su estadía en el planeta: adaptarse y readaptarse a partir del conocimiento y de la experiencia que surgen de las necesidades y del entorno concreto frente al cual responde de inmediato para poder sobrevivir. Esa característica del ser humano no la hemos visto a plenitud en la pandemia. Reflexionando sobre la situación, muchos científicos sociales y médicos afirman que la OMS ha hecho el ridículo porque son burócratas acomodados, o conferencistas inocuos bien pagados, cuya experiencia se reduce al área de sus oficinas; porque no conocen la experiencia de campo que da el estar en primera fila; porque no han estado en los laboratorios manejando virus ni implicados en crisis epidémicas, razones por las que no ha sido capaz de aconsejar a los gobiernos, muchos de los cuales han dado tantos tumbos como ella en tanto protagonista de un fracaso global que nos demuestra que no tiene ninguna autoridad ni para prevenir ni para curar.

¿Saldrá ileso el delirio del “homo perfectus” al finalizar formalmente la pandemia y hacer el recuento en los cementerios y en las filas de los desempleados? Me parece que la respuesta es doblemente obvia y doblemente antagónica. El capital seguirá construyendo su “homo perfectus” (por eso no se deducirán responsables

de la matanza) y los pueblos seguirán buscando un futuro en el que no sólo tengan que poner los muertos y las lágrimas. Más allá de los debates académicos y políticos; más allá de deducir culpables hay que determinar lo fundamental: la vida de uno depende de la vida del otro, por tanto, la desigualdad social es una aberración.

¿Pandemia de pensamiento reaccionario?: Análisis desde la exclusión social

I

24 de junio. Infectados: 5336

En esta pandemia todopoderosa, producto de la fuerte angustia que provoca el distanciamiento social y la cuarentena (lo que de por sí es una rara contradicción), hasta el sarcasmo ha puesto la cara seria y, cual corolario de la tragedia medieval en pleno siglo XXI, hemos visto caminar por las calles, bien tomados de las manos –la mano izquierda una, la derecha el otro-, a la perversión y el capital. En otras palabras: hemos visto, olido, saboreado y oído de todo, desde curas adorando becerros de oro para exorcizar al virus, hasta genocidas defendiendo los derechos humanos de quienes dejó vivos o dejaron vivos sus predecesores. Por ejemplo, algunos niegan o minimizan el peligro del virus cuando hacen el recuento de los hechos desde el libro de pérdidas y ganancias de sus empresas (o de la empresa de su patrón), mientras otros, desde la sala de cuidados intensivos de la pobreza, le temen como al peor de los enemigos.

Lo anterior nos lleva a cavilar una serie de tesis que, si las pensamos desde el compromiso teórico de la sociología de la cotidianidad, son igual a recitar en silencio y a solas (como si estuviéramos castigados haciendo mil cien veces una plana) frases contundentes: no podemos minimizar ni negar los peligros del virus; debemos cumplir al pie de la letra las ambiguas recomendaciones de la OMS para el cuidado de la salud y la cordura social; debemos rechazar o resistir la tentación del patético negacionismo de Trump y de Bolsonaro; debemos escuchar atentos a los médicos y científicos porque ellos son los expertos adscritos. Pero ¿en verdad son ellos y sólo ellos los expertos o especialistas, aunque sean unos burócratas multinacionales? ¿Hay que obedecer ciegamente a la igualmente ciega y manca Organización Mundial de la Salud? ¿Se trata de una opción binaria “salud o economía” o es en verdad una opción binaria “economía o economía”? ¿Es imprescindible y sana la cuarentena obligatoria que tanto atacan la extrema derecha y las derechitas con la coartada neoliberal o reaccionaria de que esa

medida irrespeta su derecho constitucional al libre tránsito por los burdeles de la zona? ¿se refiere esa extrema derecha a la libertad individual capitalista de ir a comprar mercancías al gran almacén que lo espera con una sonrisa, o a ir a beber unos tragos en un bar o discoteca olfativa, o a ir a pasear al rancho y la finca que exigen la presencia del ojo del amo? ¿Quién, cuándo y cómo se van a pesar las secuelas sociales del incremento de la desigualdad y exclusión social en los sectores populares? ¿Por qué se ocultan las causas reales de la pandemia patrocinando una pandemia alterna de pensamiento reaccionario? ¿Sirve de algo, que no sea el simple morbo, que los medios de comunicación cuenten y miren los muertos, en tiempo real, en el instante justo en que les ponen lejía en la boca?

Esta pandemia ha demostrado que los virus son otra forma de hacer política y de hacer la guerra que, por lo general, signa o materializa a aquella, y, como en la guerra, el temor que ciega impera sobre el comportamiento individual y colectivo; la disidencia de la forma tradicional de hacer las cosas se castiga severamente y el pensamiento reaccionario trata de contagiarse masivamente usando recursos jurídicos hechos a imagen y semejanza del dios capital. Científicos sociales con compromiso refrendado en persona; locos sin nombre ni pronombres; médicos sin horario; investigadores serios que nadie aplaude; epidemiólogos titulados en el campo de batalla; biólogos del sarcasmo; curanderos como antropólogos de la agonía; periodistas sin editores; adivinadores del pasado; abogados descalzos que se resisten a las reglas de lo mundano que, como algo pétreo, redactaron sus perfumados colegas para recetarse a sí mismo un poder sobrehumano muy bien pagado; economistas sin subsidio ni propensos al suicidio ajeno; indígenas con más recuerdos que olvidos; utopistas en peligro de extinción y, por supuesto, los poetas de lo absurdo que son zurdos, se atreven a plantear preguntas, esquinas oscuras, ecos silenciados y otros caminos alternos en los meses de la pandemia.

Si bien las cuarentenas han sido una forma de elegir, momentáneamente, entre la vida y la economía, en el fondo de la crisis social total ese dilema está más allá de sí mismo. En muchos países debatieron un dilema tan falso como verdadero, y muchos presidentes sorprendiéndose a sí mismos (como el de Guatemala,

Argentina y El Salvador, por citar sólo tres) declararon públicamente que “si el dilema es la economía o la vida, yo elijo la vida”; y el de Guatemala incluso agregó con cólera cierta: “porque soy médico además de ser el presidente, cabrones”. Sin embargo, en un contexto de justicia social probada que muy pocos países tienen, una cuarentena puede velar por la salud y la economía al mismo tiempo, en favor de ambas si estamos en una Sociedad del Bienestar, más que en un Estado de Bienestar. Las opciones al respecto son varias, y hoy podemos saber que son varias porque el ensayo y error de los miles de muertos nos ha dado cátedra. Hoy podemos hablar de cuarentenas selectivas, putativas e intermitentes; de laxas cuarentenas basadas en la cultura ciudadana; de cuarentenas propositivas como estrategia para desarrollar otros proyectos sociales; de largas cuarentenas de los más vulnerables y no-cuarentenas para los menos susceptibles de sucumbir mortalmente para ir construyendo el puente de transición a la inmunidad social. Y es que, aunque parezca inhumano, la epidemiología tiene dentro de sus premisas básicas: exponer al contagio a los menos susceptibles y no exponer a los más vulnerables, pues así se va creando la inmunidad general por contacto masivo que es la que hace irrelevantes a los virus, como el de la gripe común, por ejemplo.

Si esa premisa ya era conocida por los llamados expertos, la pregunta retórica es ¿por qué muchos gobiernos, en los primeros dos epicentros de la pandemia, no hicieron lo que es de sentido común en la epidemiología y así dar la pauta para que los demás países hicieran lo mismo en el momento en que entraran en la vorágine del virus? La respuesta que sirve tanto allá (el primer mundo) como acá (el tercer mundo o el otro mundo) es que los sistemas de salud pública están previamente colapsados sin necesidad de que haya pandemias; están seriamente deteriorados a propósito, o con conocimiento de causa. Ahora bien, en todos los países se pregonaba que la salud es una prioridad democrática, pero la salud de los sectores populares no es más que demagogia, y por eso no hay capacidad para atenderla ni prevenirla de otra forma que no sea cargar en los hombros de los pueblos el gasto, la angustia, la muerte, el dolor, el llanto, la incertidumbre, el ataúd, el hambre presente y futura, y esto porque las condiciones habitacionales,

laborales, económicas y socioculturales –que no han sido atendidas durante décadas- hacen insufrible la cuarentena y la pausa económica generalizada.

II

1 de julio. Infectados: 7,000

En esta pandemia, como en todas las anteriores, los países y organizaciones de la salud no han privilegiado -como se debe- lo que podemos llamar “ecología global de poblaciones”, donde figura, obviamente, la demografía, pero también la geología, la ecología, la epidemiología, la estadística, la sociología, la antropología la historia, la psicología, la economía y su similar: la quiromancia. El silencio de las ciencias que forman parte de dicha ecología global –conceptualmente construida desde la inspiración de la “ecología de los saberes” de Boaventura de Sousa- ha sido más catastrófico en los países pobres, los que han seguido la ruta marcada por los países ricos que imponen una perspectiva económico-clínica sustentada en las pruebas de laboratorio ideadas (pensando en ganancias futuras fincadas en la desesperación) para determinar y resolver el problema infección-virulencia-inmunidad, dejando de lado el contexto social en el que se produce-reproduce una pandemia o epidemia, las que siempre tienen efectos negativos mucho más profundos en los sectores pobres cuya existencia es negada por la sociedad.

La perspectiva económico-clínica tiene como autor intelectual y único beneficiario comercial a la poderosa industria de medicamentos que, paradójicamente, financia a la OMS generando, así, un conflicto de intereses que en medio de una crisis a nadie le importa resolver. Por supuesto que hay algunos países que se escapan de esa imposición y privilegian el cuidado de la salud (física, social y mental) de sus poblaciones y optan por la medida ancestral de evasión del contagio (cuarentena, total o parcial), la que no necesariamente funciona igual para todos.

Aparte de la perspectiva económico-clínica, la pandemia puso en evidencia que los sistemas de salud pública (en la inmensa mayoría de países) no están al mismo nivel de inversión de los rubros más avanzados del desarrollo científico-técnico, lo cual incide rápidamente en el colapso fatal del sistema ante cualquier emergencia sanitaria, y éste en el número de muertos. Y es que, como patético factor común en América Latina que tiene muy raras excepciones –y más allá del color ideológico de sus distintos gobiernos de turno- el sistema de salud es frágil, exiguo y atrasado porque durante al menos cinco décadas ha sido abandonado (caída presupuestaria, obsolescencia tecnológica, bajos salarios, corrupción y falta de unidades de cuidados intensivos, camas, empleados, ambulancias en buenas condiciones y medicamentos); o ha sido espoliado deliberadamente (corrupción, despilfarro), lo que es más sensible a medida que crece la población. Ante una situación deprimente y deprimida como la anterior, la única alternativa frente a las pandemias es recurrir a la cuarentena total.

Otra situación que salta a la luz en una coyuntura como la que vivimos es si la misma será aprovechada para invertir más en salud o, simplemente, se va a pasar la tempestad del virus para seguir como siempre. Como sociólogo considero que instalar camas baratas y hospitales de emergencia en “lugares inapropiados o baldíos” es una prueba firmada de que no sacamos enseñanza alguna sobre el sistema de salud, pues la emergencia debería ser aprovechada para modernizar y ampliar dicho sistema. También, como lección desde la “ecología de los saberes”, no hay que perder de vista, ni minimizar, los profundos efectos negativos de las cuarentenas en los sectores populares que son, por designio divino del sistema capitalista, los “siempre perjudicados por todo”, “los siempre jodidos”, pues de continuar vigente en el actuar político el supuesto dilema entre salud y economía, la pobreza crecerá a un ritmo vertiginoso en cuestión de meses debido a los millones de desempleados que, como muertos en un campo de batalla sin identidad, acompañarán en las estadísticas finales a los muertos por el virus.

Por morbo amarillista o por mezquino interés político (más que por dolor cristiano), en los últimos meses la población del planeta entero ha estado contando muertos

(propios y ajenos) y contando días de confinamiento que, en el imaginario, tienen más de veinticuatro horas. El confinamiento es por el momento -y a pesar de los cuestionamientos de algunos virólogos y de todos los neoliberales- la única forma segura de enfrentar un virus tan contagioso como el del Covid-19; y la crisis sanitaria es el mejor momento para recordar que tenemos millones de muertos invisibles cada año que a nadie le interesa contar para generar alarma: el resfrío común es un monstruo silencioso y letal en los geriátricos y en los asilos que debemos invitar al salón de las estadísticas. Hay por lo menos un millón anual de casos de neumonía (atípica y típica) en el mundo y nadie se pone a contar con lástima sus muertos y lisiados; 821 millones de personas padecen hambre crónica y más de 150 millones de niños sufren retraso del crecimiento, y nadie se pone a contarlos para remediar su sufrimiento porque, al parecer, a nadie le importa nada sobre todo si, por una suerte irreal, uno es de los que sufre porque los aviones no surcan el cielo o porque no tiene la libertad de explotar el trabajo ajeno.

La apología del conteo de muertos –haciendo el trabajo sucio de la apología del morbo y del consumismo- nos está llevando al mezquino extremo de querer o de exigir contabilizarlos en tiempo real a pesar de que quien exige no pueda hacer nada con los datos. Lo anterior le ha dado relevancia y ganancias extraordinarias a los grandes medios de comunicación social que informan cada nuevo deceso con los alarmantes y muy efectivos apretones al corazón como: “noticia de última hora, noticia de última hora”; “urgente, urgente”; “último momento de una noticia en desarrollo, no se mueva de donde está”. Y a pesar de todo el drama y el morbo generado (un morbo cuyos datos no tienen ninguna utilidad real para el infectado con él) la situación no impacta ni en la conciencia social ni en la cultura política democrática o, cuando menos, en la memoria histórica... o quizás, en el fondo, ese es el objetivo oculto del morbo que se contagia más rápido que el virus: hacernos olvidar lo verdaderamente relevante en la sociedad, lo estructural, lo decisivo, lo que debemos cambiar si no queremos seguir siendo “los tristes más tristes del mundo”.

En función de eso surgen las siguientes interrogantes: ¿Cuántos analizan los datos de contagio a la luz de lo que sucede en las calles, en las fábricas y en los almacenes? ¿cuántos recuerdan que el colapso del sistema de salud no sería tal si la corrupción hubiera sido una pandemia erradicada? ¿cuántos recuerdan que los países como el nuestro -que han sido azotados permanentemente por los virus de la corrupción, impunidad, ineptitud premiada y cinismo político- deben buscar construir una nueva versión de la utopía social a partir de la formación de nuevos instrumentos de lucha y nuevas lógicas políticas? ¿cuántos saben que en el mundo hay anualmente unos 500,000 muertos por gripe común y que cada año mueren unos 7 millones de personas por la contaminación del aire? Ningún político de rancia alcurnia (y de rancio pensamiento, agreguemos) ni ningún medio de comunicación social pone en la mesa de discusión esos datos porque es como ponerse a cuestionar la vida en la que morimos.

III

8 de julio. Infectados: 8,844

En esta pandemia convertida en una guerra de posiciones político-económicas, los fantasmas que han sido contratados para asustar por las noches son el del desempleo y el de la pobreza (o disminución de la riqueza) con el objetivo de sembrar en los cuatro puntos cardinales el pensamiento reaccionario de los neoliberales que se ocultan en las derechas y las derechitas políticas, académicas y religiosas. El argumento usado –como gritos de espanto- es numérico (lo que no significa que por ser tal sea científico) y para darle fuerza al mismo (pero no comprensión ni comparación histórica) se emite a través de instancias de talla regional como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la que, por cierto, redactó un informe sobre el futuro continental el día después de la pandemia: “sus efectos generarán la recesión más grande que ha sufrido la región desde 1914 y 1930. El PBI caerá más de 5 por ciento en 2020. Se prevé un

fuerte aumento del desempleo”. Con esa sentencia, los fantasmas no pueden ser exorcizados.

Por otro lado, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) publicó a finales de abril lo que tituló: “El Covid-19 y el mundo del trabajo”, y concluyó que “casi la mitad de la población mundial podría llegar a perder los medios de vida y eso tendrá un efecto devastador”, lo cual es, a todas luces, un escenario apocalíptico insostenible incluso en los países menos golpeados por el virus. Seguramente quienes redactaron la conclusión lo saben, pero también saben que ese tipo de alarma tiene impacto en el imaginario colectivo: lo hace reaccionario por miedo al miedo; y tiene efecto en la esfera real de la explotación capitalista (justifica la flexibilización laboral, el teletrabajo y con ellos rompe las condiciones subjetivas del sindicalismo) al tiempo que legitima la exclusión social de muchos sectores, como el de los estudiantes pobres que verán vulnerado su derecho a la educación porque con la educación en línea se premia la desigualdad social, con la que – siendo cómplices- las ciencias sociales institucionales que tienen pensamiento reaccionario en El Salvador parecen estar de acuerdo.

Desde la perspectiva de la sociología crítica -que denuncia todas las acciones de exclusión social que profundizan la desigualdad- el difundido dilema entre salud y economía es falso (o artificial), mezquino (o premeditado) y miserable (o perverso) en tanto evade el debate real sobre las acciones a tomar en la coyuntura, de modo que sea un debate sobre el futuro desde el presente de la problemática, en lugar de ser un debate en el presente sin resolver los problemas que vienen del pasado. Y es que la controversia fundamental es fundar –o al menos poner las bases- otro modelo productivo en el que el desarrollo social sea la base de la hegemonía política, y esa controversia -que ha sido evadida por décadas y décadas de feroz oscurantismo, corrupción y pensamiento reaccionario neoliberal- es posible gracias a la crisis pandémica, lo cual es en sí una ironía.

Y es que el coronavirus ha puesto en el banquillo público de los acusados a la enorme y creciente desigualdad social, a la falta de inversión en lo público, y a la

tremenda corrupción y despilfarro que ha sufrido, en particular, el sistema de salud pública, producto directo de la impunidad oficial y de la política neoliberal y la consecuente mercantilización de la salud. Por tal razón, durante la pandemia muchos gobiernos (o las oposiciones políticas de éstos) han centrado su accionar en la urgencia por sí misma (hospitales de campaña que serán desmantelados y la salud pública volverá al punto en el que estaba), es decir que se han encargado de gestionar la enfermedad como si fuera una inversión en la bolsa de valores (especulando qué sale más barato) para no abordar las políticas públicas de fondo: contar con sistemas de salud pública que puedan enfrentar cualquier pandemia –pensemos en el SARS-CoV (2002); gripe aviar (2005); gripe A-H1N1 (2009); MERS-CoV (2012); y el ébola (2014)- sin pasarle la factura del desempleo a los pobres.

Muchos gobiernos justifican la forma reduccionista de “encarar la pandemia gestionando la enfermedad” afirmando que sólo siguen directrices de la OMS, sin detenerse a pensar que ésta es financiada por farmacéuticas y multimillonarios. Por delante de farmacéuticas como GlaxoSmithKline, Novartis, Sanofi Pasteur y Merck –todas fabricantes de vacunas- está el financista mayor de la OMS: Fundación Bill & Melinda Gates (propietarios de Microsoft) la que en un año puso 185 millones de dólares en las cuentas del organismo. Y, más que cualquier otro sistema económico, el capitalismo nos ha enseñado que “el que paga a los músicos escoge la canción”, y la canción será la venta a alto precio de la vacuna, cuyo precio aumentará a medida que el miedo, con la amenaza de millones de muertes, se vaya apoderando de todo. El sentido común cuya epistemología es lo cotidiano nos dice –o debería decirnos- que nuestra salud no puede dejarse bajo el cuidado de organismos que enfrentan pandemias subsidiados por quienes fabrican las curas.

Para hacer sentir un criterio de autoridad inexorable, tales farmacéuticas –usando de voceros a la OMS, a los tecnócratas de los centros de investigación a destajo y a las universidades- usan frases como: “los especialistas concluyen que...”; “los científicos más científicos recomiendan”; “los expertos sugieren”; “los expertos en

números dicen que las medidas a tomar son”. Y cuando el pensamiento reaccionario ya es una pandemia silenciosa, los políticos que piensan como empresarios, los empresarios que piensan como políticos y los académicos que esperan recibir un puesto, repiten en coro que se deben aplicar medidas determinadas por una élite de especialistas en generación de datos y curvas de determinadas materias, datos y curvas que no tienen mayor sostén supremacista porque, en primer lugar, la única forma de saber cuál es la tasa de reproducción real del virus es que supiéramos, con la exactitud del tiempo real, dónde están y cuántos son los contagiados; y en segundo lugar porque esa élite nunca incluye a los científicos sociales para redactar los protocolos de acción, unos protocolos que, por carecer de la visión social, deben fundarse en el miedo a la enfermedad sin ver las causas estructurales de los daños que ocasiona.

En cuanto al aumento de la pobreza como resultado del “gran parón económico” obligado por la pandemia, la sociología crítica, desde la perspectiva del sector popular, debe hacerse las siguientes interrogantes: ¿Cuántas personas, que no iban a morir en el año, están muriendo a manos de una pandemia inédita a nivel mundial? ¿cuántas personas iban a caer más hondo en su pobreza sin necesidad de una pandemia? ¿cuántos trabajadores de todas las edades iban a engrosar el ejército de desempleados debido a las nuevas formas de teletrabajo promovidas por el neoliberalismo? No se puede tener un enfoque “reduccionista” frente a la pandemia porque eso empobrece el análisis, ya que sólo se quiere oír la voz de los epidemiólogos, médicos, virólogos y matemáticos, y se silencia las otras voces que, desde dimensiones indispensables, tienen mucho que decir y mucho que aportar en la crisis: sociólogos, antropólogos, trabajadores sociales, geógrafos y psicólogos.

El “*morbus terram*” del virus de la desigualdad social

15 de julio. Infectados: 10,957

Se han escrito millones y millones de palabras afirmando que este coronavirus no entiende de límites legales ni de fronteras porque no entiende de clases sociales en el acto preciso de contagiarse, aunque el peligro de contagiarse sí tiene que ver con dichas clases sociales: no es lo mismo vivir en una mansión que vivir en un mesón en condiciones de total hacinamiento; no es lo mismo viajar en bus que en automóvil; y, sin duda, no es lo mismo una cuarentena cuando se tiene dinero en el banco porque no se es parte del grandísimo grupo del “coyol quebrado, coyol comido”. Son millones de palabras que nos recuerdan lo que muchos no quieren recordar: los problemas históricos de nuestro sistema de salud pública (de todo el sistema público, más bien), los que salen a relucir únicamente en las pandemias. Pero, no sirve de nada sólo hablar de lo que estamos pasando si no tenemos pensado remediarlo desde la acción ciudadana.

De entrada, se puede afirmar que las epidemias y pandemias son más problemas sociales que médicos, debido a las condiciones de vida de la inmensa mayoría de la población. Y es que la salud y la enfermedad, como procesos histórico-sociales, van mucho más allá de lo sanitario. En términos estrictos, las personas no están sanas o enfermas por cómo funcionan los hospitales o por el tipo de leyes que tienen. Las personas de un país están sanas o enfermas por las condiciones de vida, por el sistema económico, por el monto de sus pensiones, por el peso de su salario, por el tipo y extensión de las prestaciones sociales, es decir, por el tipo de políticas públicas. Creer que una pandemia es algo puramente sanitario es sufrir de miopía, pues se pierde de vista lo social, cultural, económico y político. Una pandemia no se produce porque los países tengan más o menos hospitales (eso es crucial para atender a los pacientes ya cuando la enfermedad está instalada), se produce porque llevamos décadas destruyendo ecosistemas, por el modelo de turismo y de ocio, o por ciudades totalmente subyugadas por el tráfico que acelera el ritmo de contagio.

Como anécdota podemos volver a los brotes de tifus del siglo XIX, en Europa, durante los cuales algunos médicos empezaron a comprender que la solución médica era ineficaz si no se juntaba con las soluciones políticas, económicas y sociales. Eso fue un primer intento por destronar la tiranía de lo biomédico debido a su escasa capacidad comprensiva de la complejidad que implica una pandemia. La lección no fue tomada en cuenta, ni aplicada. Claro que no se puede negar que los virus o bacterias son los que producen enfermedades, pero la pregunta es por qué esos microorganismos afectan más a unos que a otros. La respuesta siempre ha sido obvia: porque las condiciones políticas, sociales y económicas son muy distintas para unos y otros. Esa circunstancia sociológica es la que llamo "*morbus terram*" (territorio de la enfermedad) como un tiempo-espacio construido a imagen y semejanza de la clase dominante.

Si hablamos de que existen distintos "*morbus terram*" ¿entonces las epidemias y pandemias son construidas socialmente con conocimiento de causa o sin él? "Pandemias van y vienen y en los pobres se detienen", pero es evidente que lo que vive el planeta en estos meses tiene un contexto históricamente determinado y, sin ese contexto, no se produciría como se está produciendo. Estamos frente al impacto de la intensificación de la movilidad en el mundo actual como factor precipitante-detonante de las pandemias, en tanto momento histórico con su propio territorio de la enfermedad. Y es que cada día tenemos contacto con más cosas y seres de la naturaleza como nunca antes en la historia, y eso incide en la posibilidad de sufrir enfermedades nuevas porque se ponen en contacto mundos antes separados. Podemos estar más o menos preparados, pero el "*morbus terram*" está ahí, esperando, acechando, emboscando.

Tratando de explicar lo que no se comprende, los infectólogos buscan asilo en figuras como la del "supercontagante", pero desde la perspectiva sociológica es más útil hablar de poblaciones "supercontagadoras". La diferencia en los términos se halla en la epistemología de lo cotidiano, y es la misma que hay entre comprender la salud como algo individual o como algo colectivo. El discurso hegemónico neoliberal nos ubica en el ámbito de la salud del individuo como actor

principal (comprador principal), y por ello alude a los tenues derechos individuales, aunque atenten contra los derechos colectivos. Por ello, la sociología se ubica en la epistemología de la salud pública como hecho colectivo –per se- que conoce y reconoce que las poblaciones tienen distintos niveles de dependencia con ciertas prácticas socioculturales y de sobrevivencia que pueden acelerar el contagio: la informalidad y el sustento diario al menudeo que obliga, incluso en circunstancias de cuarentena y distanciamiento social, a estar en permanente contacto con: la señora que vende pan dulce; con el que vende pan francés; con la señora que vende verduras y papel higiénico; con el señor del queso que suda coras; con el muchacho de la tienda de la esquina que vende budín en porciones; con quienes recogen la basura y las botellas de plástico; con la muchacha que por las tardes vende empanadas de frijol y de leche...¡¡¡van a querer!!!!; con la anciana que vende tamales de gallina sin gallina; etc.

Hablar de que la desigualdad social es un factor determinante para comprender el impacto diferenciado de las pandemias, es inventar de nuevo el agua hirviendo o encontrar, entre brotes y rebrotes, la orilla azul de la bacinica. No obstante, el discurso hegemónico (que se aleja más de los pobres en tiempos de pandemia), sigue negando (por aquello de que necesita explotar a diario a los trabajadores) que todos somos interdependientes debido a que nuestra salud depende de los están en la puerta siguiente, y siguen ocultando, con dolo, que la probabilidad de contagio es mucho mayor para aquellos que tienen que seguir trabajando en las cuarentenas. En ese sentido, un problema grave como este no puede tener una respuesta igual para todos, sino que debe construirse una especie de realidad diferenciada: la pandemia afecta a todo el mundo, pero no afecta por igual a todo el mundo. Es precisamente en la afirmación: “no afecta a todos por igual”, donde la política tiene que evaluarse, ya sea porque premia la desigualdad social o porque la combate.

Si ponemos atención a lo realmente relevante, esta pandemia puede abrir las puertas para construir una realidad alejada de la exclusión social ejecutada en función de acentuar la desigualdad social, una desigualdad que es más palpable

cuando la reapertura de la economía va dejando como rastro rebrotes de contagio específicos que es necesario estudiar para comprender las condiciones concretas de las clases sociales mediante su indicador más fulminante: las desigualdades sociales que son producidas por un virus que ha asolado a la humanidad durante siglos y siglos; un virus letal que parece ser invencible hasta en el imaginario.

La levedad de la epistemología del virus

I

22 de julio. Infectados: 13,377

Boaventura de Sousa Santos es, sin duda, una voz autorizada que los sociólogos debemos oír con atención, aunque para algunos no sea una voz seria. En esta pandemia inédita que es como el viejo y conocido león del dicho popular, la metáfora dominante es que el virus es un enemigo borroso y culposo; que es una guerra a granel y sin cuartel; que es la onceava peste de Egipto que quedó pendiente por falta de tiempo legislativo. Pero, desde la visión sociológica crítica, queda claro que ninguna de esas diez plagas era ciega ni indiscriminada, al igual que no lo es la onceava ni lo será la doceava. Más que una metáfora de guerra, el virus nos obliga a usar una metáfora educativa que nos está intentando enseñar que “el paciente cero” de la pandemia es la pobreza que sustenta al modelo de desarrollo explotador y de exclusión social que mina y contamina y recrimina a los sectores más vulnerables. El día después de la peste será el de los rebrotes feroces, el de las pequeñas pandemias que buscarán terminar lo que empezaron en febrero: premiar la desigualdad social con más y más exclusión social, porque esa es la estrategia de la extrema derecha neoliberal enquistada en los gobiernos retrógrados y en la academia funcionalista que, para guardar las apariencias, se declara cercana a los intereses populares. El virus no es democrático por más que se diga lo contrario, y tiene a la base los sistemas de salud que, con alevosía, han sido precarizados y discapacitados continuamente (por más de medio siglo) para enfrentar esta y otras pandemias debido a la privatización de facto de la salud, de la educación, de los sistemas de pensiones, de la energía eléctrica, del placer, del ciberespacio, del fútbol, es decir la privatización de los Estados y de los cuerpos-sentimientos.

Esas acciones de revalorización ampliada del capital privatizando lo público que reivindica -en poca medida, claro está- lo civilizatorio de los ciudadanos, ha puesto en una situación aún más difícil a los más pobres de los pobres, y tanto ellos como

los gobiernos de turno de cada país han sido activamente inutilizados para enfrentar crisis sanitarias fulminantes que, por su peso, terminan siendo crisis sociales totales que buscan darle un nuevo respiro y protagonismo al mercado, en tanto regulador monopólico de la sociedad, y le entregan las protestas de calle a la extrema derecha que, por ejemplo, ha rezongado en muchos países sonando las bocinas de sus carros para denunciar como atroz “violación de los derechos individuales” la medida de la cuarentena total que, hoy por hoy, es lo único que se tiene a la mano para medio evitar o disminuir los contagios. Pero, desde la lógica concreta de la sociología de la cotidianidad, la epistemología del virus nos enseña que el gasto en salud pública no es un costo irracional, sino que es una inversión estratégica ineludible. El virus nos grita, desde el atrofiado sistema respiratorio de un pobre, que el sistema económico se funda en el desequilibrio y la desigualdad social; nos grita que sistemáticamente estamos destruyendo el planeta que se defiende, desesperado y confundido, con calentamientos globales, tsunamis, terremotos, sequías perfectas, inundaciones, sorpresivas plagas de langostas –tan voraces como los políticos corruptos- que tienen como víctimas repetidas, directas e indirectas, a los más vulnerables que se cuentan por miles de millones en el planeta.

El virus subraya, desde la estadística invisible de los invisibilizados que tienen abiertas las venas, que se están profundizando las desigualdades sociales de las poblaciones más vulnerables que vienen de otras vulnerabilidades tales como el hambre crónica que mata a diario, otras epidemias como el dengue, la diarrea y la chikunguña que, como en sus mejores días del nuevo oscurantismo del siglo XX, mutan al juntarse con la violencia policiaca, la corrupción galopante, la exclusión educativa, porque la educación es un blanco del virus y quiere ser privatizada a través de la educación en línea que no sólo es excluyente sino que es también un empobrecimiento democrático monocultural en tanto desaparece la confrontación real de las ideas que sólo es posible con lo presencial, y que carece de lo que Boaventura de Sousa llama supresión de la pedagogía liberadora por parte del “capitalismo educativo o capitalismo académico” que barre de tajo con la visión de universidad emancipatoria. Así, en esta pandemia la gente vulnerable quedó más

vulnerable que nunca debido a que se han profundizado las ya profundas desigualdades sociales y las discriminaciones que encuentran otras víctimas que de la noche a la mañana se topan con nuevos miedos.

Y es que los más vulnerables están siendo reprimidos y oprimidos por los miedos que, como perros rabiosos, ha soltado la pandemia: el miedo a enfermar hasta la muerte; el miedo a morir y ser enterrado en soledad; el miedo a perder el trabajo porque las ganancias del gran empresario se han visto disminuidas, aunque sigue teniéndolas; el miedo a quedarse totalmente al margen de lo que considera su única salvación: el estudio universitario que le permita acceder a mejores salarios. Siendo así de lapidaria la situación, la mejor forma de comprender la levedad de la epistemología del virus es a través de la epistemología de la cotidianidad que nos conduce a la narrativa literaria con denuncia social, la narrativa de las vivencias de los individuos de carne y hueso que están cabizbajos y están tan tristes como los más tristes del mundo, pero que, por alguna insondable razón o sólo por no darse por vencidos, mantienen la sonrisa y retienen la ilusión de una vida mejor en la sociedad de lo peor. Con las licencias pertinentes, ese tipo de narrativas desnuda el sufrimiento que ya tenían en carne viva los habitantes del barrio de los más pobres en beneficio absoluto de la sociedad los ricos, esa sociedad que puede ser analizada con una pregunta de Galeano: “sólo nos falta saber por qué los pobres son pobres. ¿Será porque su hambre nos alimenta y su desnudes nos viste? En estos días de confinamiento y de avance del capitalismo educativo he tenido una enorme cantidad de sentimientos que me han recordado lo peor de la sociedad y que narro de esta forma.

Viven en el solitario laberinto del San Salvador marginal y sólo cuando iban a la universidad nacional no se sentían tan marginados; viven en el espacio profundo y menos urbano y más profundo de Ciudad Delgado, Apopa, Mejicanos, Soyapango donde abunda lo que no hay. Sus madres, como si fueran cortadas por la misma tijera biológica y social a pesar de no tener ningún parentesco entre sí, son empleadas domésticas u operarias de una de las tantas maquilas que custodian el hambre y sus edades no sobrepasan los cuarenta años porque fueron parte del

grupo de madres solteras a temprana edad; tienen en promedio cuatro hermanos que van a la escuela pública y que piensan seguir los pasos de ellos que llevan a la universidad y dejar de lado los pasos que llevan al penal la Esperanza que fue construido para los desesperanzados.

II

29 de julio. Infectados: 16,230

Todas esas madres se parecen tanto entre sí, se parecen tanto en su belleza cotidiana, se parecen tanto en su condición de eterno confinamiento social que hablar de una es hablar de todas. Lo mismo puedo decir de los hijos. En el caso de la madre de Flor Reyna de los Ángeles –le puso así porque su nacimiento fue un regalo del cielo, una flor de muchos colores plantada para reinar en el desierto de la pobreza familiar- desde que inició la cuarentena, a mediados de marzo, perdió el trabajo y perdió el pírrico salario mensual que recibía en la maquila y, entre los trucos de magia para sobrevivir prácticamente sin nada, tuvo que ocuparse de las tareas escolares de sus hijos menores y monitorear las tareas de Flor Reyna de los Ángeles. Con una abnegación fuera de este mundo les trata de ayudar a todos sus hijos. Es muy difícil para ella debido a la artritis académica que le provocó estudiar sólo hasta el sexto grado. Además, el hambre le hizo estirar el tiempo para poder vender empanadas de frijol y de leche y así conseguir unos centavitos.

A los niños pequeños y a Diego Armando de Jesús –ya estamos viendo otra casa porque todo es igual en el purgatorio de los vulnerables, así que no nos daremos cuenta de los cambios que hagamos- les dejan muchas tareas que son difíciles de cumplir porque no tienen dinero para pagar los paquetes de internet, cosa que no tomaron en cuenta quienes impusieron esa modalidad de estudio que es un premio a la desigualdad social. En una de las cuatro materias que lleva la rutina fue esta: lunes y miércoles el maestro de Escultura envía una tarea por whatsapp, que es la forma de educación más comprensible y amigable para todos, la copia en el cuaderno para no acaparar el teléfono que es de uso colectivo; Bernardo

Oriundo hace la esculturita sólo después de ayudarlo a su hermano con sus tareas de matemática, le saca una foto al bulto que modeló con tierra y arena (que es lo único que tenía a la mano) y la manda, siempre por whastapp. De vez en cuando el maestro, poniendo los pies en la ardiente tierra de la pandemia, pregunta cómo están de salud en casa y si han tenido problemas con las clases virtuales, que más bien son tareas virtuales para que todos hagan sin que nadie aprenda, y, sin esperar respuesta y sin preguntar si tienen qué comer en la casa, deja de mandar tareas por unos días para alivio de los de la casa. Al final hallaron un ritmo de trabajo que era más pesado para los estudiantes, pero ese ritmo fue importante para pasar el copioso temporal del virus cuyas víctimas predilectas, en todos los rubros imaginables y no imaginables, fueron los más vulnerables, porque esta maldita educación, aunque mediada por la bendita tecnología que augura un capitalismo digital aquí en la tierra como en el cielo, funciona como todo lo demás: con sangre y dinero.

Algunas tareas son más difíciles que otras o tienen menos efectividad en el aprendizaje porque dependen mucho de la orientación que se da en la relación personal con los maestros y con los compañeros de estudio, como por ejemplo aprender a hacer una escultura perfecta o aprender a aplicar técnicas de trabajo comunitario decodificando los gestos y los olores de las personas. La madre no entiende cómo René Fernando Salvador pudo hacer una escultura tan bonita con indicaciones tan feas y pobres, y sin tener encima el ojo corrector del maestro. Algunos pequeños “trucos” para esculpir los encontró en Google, explica la madre de René Fernando cuando los demás admiran su trabajo. Hace recargas de dos dólares cada dos días para tener internet en el celular, así los tres hijos pueden estar conectados. Ni modo, sin conexión se quedan afuera del Google Classroom, dice ella mientras se toca inconscientemente el estómago. Allá por la sexta semana de cuarentena las escuelas repartieron el alimento que tenían en custodia como parte del programa Escuela Saludable: leche, frijoles, arroz, aceite, azúcar, todo en cantidades muy pequeñas que en las casas se agrandaron como una bendición invocada por las banderas blancas que, sin perder el orgullo, sacaron en su comunidad. Después de esa vez tuvieron que estar a la espera de

las ayudas del gobierno central y de los alcaldes que, ni lentos ni perezosos, usaron como campaña electoral adelantada. Cuando la venta de empanadas ha estado de regular a buena va a hacer compras esenciales al mercado municipal, porque ahí todo es más barato: las tortillas; el pan dulce; el pan francés; los tamales pisques; el café de hervir que abunda más.

Una noche escuchó a un analista político decir que “el virus infectó a sociedades que ya estaban con las defensas extremadamente bajas debido a la necia sífilis neoliberal del tipo terciaria cardiovascular que tienen calada hasta en el laberinto de los sesos, y que esa infección se está agravando debido a la exclusión social que se está llevando a cabo, incluso en la educación”. Pero la mamá no sólo necesita garantizar comida a tiempo, ni tener explicaciones profundas sobre lo que le sucede a ella y a sus vecinos, necesita algo, digamos, más tangible: alcohol gel para desinfectarse las manos constantemente; mascarillas medianamente buenas para salir sin miedo a la calle; un pintalabios que le recuerde los besos dados; una vacuna contra el tiempo perdido; que el paquete de datos del celular sea gratis mientras la universidad esté cerrada, pero que la abran lo más pronto posible para volver a las clases presenciales que no excluyen a ningún estudiante.

La mamá de Flor Reyna de los Ángeles tiene un sueño, yo tengo un sueño, dice, como si fuera la Martin Luther King de la comunidad “un rancho y un lucero”, donde todas las madres son idénticas y todas tienen ese mismo sueño porque todas ven la realidad desde la epistemología del amor. Su utopía social para el día después de la peste no habla del mágico, hermoso y radical cambio de los principios y valores de la especie humana para que estén fundados en la justicia y la solidaridad, ni habla de impersonales y pulcras sociedades futuristas atiborradas de tecnologías delirantes. El sueño más inmenso de ella y de todas las otras, es con que su hija mayor termine el ciclo en la universidad sin dejar materias; que su hijo menor termine el año y pase a sexto; que su otro hijo Alejandro Antoni Gaudí –le puso un nombre profético- no pierda el trabajo en la oficina de diseño arquitectónico; que Amílcar Ronaldhino no pierda el trabajo en la quesería; que el próximo año sigan juntos y felices, sólo eso. Cuando la mamá estaba niña decía

que de grande iba a ser doctora para curar a todos sus vecinos. ¿Y qué pasó?
Pasó la vida, señor; se llevó la ilusión y me dejó a mis hijos.

Los eternos indocumentados metidos en cuarentena

I

12 de agosto. Infectados: 21,993

Y entonces, domado por la angustia y la desesperación escatológica, empiezas a ver fantasmas caminando por las calles que frecuentas para sentirte menos solo y menos triste. Tenía ya varios meses de no verlo ni saber de él, pero por aquellas alegres casualidades del virus nos juntamos en la entrada de la cafetería Bella Nápoles a la que regularmente íbamos, en tiempos normales, a beber café negro y a revivir la vejada utopía social en los bordes geográficos de dos malagueñas recién horneadas, cuyo sabor fuera de este mundo se debía a que eran hechas con la receta seductora de la abuela desalmada de la Cándida Eréndira. Sonreímos al mismo tiempo debajo de la frágil mascarilla que nos identificaba como lo que realmente somos: “homo larva”, y no el pretensioso “homo deus” del que habló el patético Harari. Mientras encendía un Delta, puse a un lado la novela “Ensayo sobre la ceguera” que, con fervor profético, volví a leer desde el inicio de la cuarentena, y dije, en voz baja: este encierro es como revivir el exilio que sufrí a mediados de los años 80, cuando los escuadrones de la muerte amenazaron con ir a traerme del pelo para curarme, con torturas y dicterios ideológicos, del letal virus de la subversión roja. ¡Putá, hermano! cuántos recuerdos se atropellan sin hacer diferencias de tiempo-espacio –le dije, dándole un trago al café para llevar que pedimos-, cada uno de ellos queriendo ser el primero en aparecer en los pasillos del laberinto de la soledad de nuestro imaginario y gritarnos que debemos emigrar antes de que sea demasiado tarde para nosotros dos, que ahora somos parte del ejército de desempleados por falta de computadora o por no tener una conectividad idónea; antes de que la lejana catástrofe de la dictadura militar o el cataclismo de la necia y reciente pandemia nos coma poro a poro, castigándonos por haber tomado las armas en aquellos buenos tiempos, o aprovechándose hoy de la vulnerabilidad adscrita que confiere la pobreza sin pedirle disculpas a nadie, esa dolorida vulnerabilidad que los sociólogos marxistas llamamos ser social, y

que nos obliga a luchar en la calle, codo a codo, con el pueblo, dije, mientras hacía cadenas con el humo del cigarro y recordaba a Benedetti.

Y es que, como bien sabemos los pobres, como tú y como yo, las catástrofes –no importa si son naturales, sociales, económicas, culturales, futbolísticas o, incluso, imaginarias- siempre hacen aflorar la enorme injusticia social de la que habla Marx y que convierte en realismo mágico el querido García Márquez; siempre premian la puta desigualdad social con nuevas exclusiones que nos empujan al suicidio anómico o a la emigración forzosa, le dije, sin percatarme del silencio de mi colega de libros y utopías. Aunque una hecatombe sanitaria, como la causada por la COVID-19, ataca a todas las clases sociales, dispongan de más o menos dinero – o de ninguno- en una crisis de esta envergadura, que se pone mucho más dura con cada contagio, la desigualdad social se hace aún más visible y temible... y entonces no queda más opción que irse a la mierda del país, y sin volver la vista atrás para no darle oportunidad al arrepentimiento y regresarnos a este polo de exclusión; no queda más opción que meter en una mochila vieja un par de mudadas, un suéter negro que huele como la abuela, diez yodoclorinas, veinte aspirinas bayer, ocho bolsas de churritos, tres calzoncillos fétidos y rotos, la foto de la mujer abrazada con los tres cipotes que amamos hasta lo indecible... y meter junto a esas cosas, claro está, los mil y un sueños de inenarrable bienestar que, aferrándonos a un escapulario y a la dulce estampita de Monseñor Romero, esperamos no se nos rompan en el camino o queden triturados por “la bestia”, el tren que lleva al otro lado. Ese es nuestro equipaje de viaje, hermano, sólo ese, le dije, encendiendo otro Delta y pidiendo otro café para llevar; un equipaje que vamos a hacer, una y otra vez, si somos deportados, porque nadie nos va a frenar en este freudiano deseo sexual de huir del lugar donde la madre enterró nuestro ombligo y el capitalismo enterró nuestros sueños porque, según el inapelable dictamen de los venéreos magistrados de la sala de lo constitucional, soñar es inconstitucional cuando se es pobre. Hoy nos detiene el cierre de las fronteras, pero ya llegará el día en que esta pandemia se canse de jodernos y podamos irnos de nuevo en busca del sueño americano que para muchos es la pesadilla centroamericana, hermano, le dije, en un tono más alto e indignado para ver si él

rompía el silencio. Sin embargo, siguió callado y bebiendo en diminutos tragos su café y, por un momento, tuve la sensación de que estaba hablando solo.

Te lo voy a resumir con estas palabras, Racael, -vaya, ahora sabemos su nombre- tal vez así puedo escuchar tus propuestas de cómo salir de este hoyo en el que estamos metidos. Fíjate bien, hermano, el impacto de esta pandemia global tiende en la práctica a ser muy asimétrico, muy antidemocrático, pues los medios de los que disponen los distintos países e individuos para afrontarla no son los mismos en calidad y en cantidad. El supuesto carácter “democrático” del virus es tan sólo aparente, es una falacia para apendejarnos hasta el punto de que creamos que los empresarios más ricos son unas almas de dios que nos cuidan y que sólo piensan en nuestro bienestar. Pero la vida es cabrona, cabrona y taimada, y nos enseña que no todos los confinamientos son iguales porque no todos somos iguales ante los ojos del dios que toma Coca Cola y vende conectividad. Y entonces, para terminar de joder -como le gustaba decir a Roque- caemos en la paradoja de la pobreza: la cuarentena dentro del capitalismo nos salva y nos condena al mismo tiempo, porque nos obliga a elegir entre morir a manos del virus o morir a manos del desempleo.

Vos sabes, Racael -le dije, reanudando mis reflexiones de migrante anunciado y crónico- que durante el confinamiento las diferencias en las condiciones de vida se acrecientan, se envalentonan, multiplican su garbo, y esas diferencias pueden resultar decisivas para poder mantener la salud física y mental, y hasta la salud sexual, hermano, porque eso de tener público realmente incomoda y mengua el poder. Quizá por eso mi mujer me alienta con ahínco para que forme parte de un nuevo flujo migratorio: el peste pulsus, le dije, a mi silencioso amigo, y las personas que pasaban frente a nosotros se me quedaban viendo con miedo, con asco, con odio a lo raro; las personas hacían un brusco desvío como si, de repente, se dieran cuenta de que iban a pasar junto a un peligroso loco tira palabras. ¡Cien veces pendejos!!! no saben que la nueva normalidad de la que tanto se habla es tan solo la vieja normalidad que nos obliga a migrar, pero ahora digitalizada con nuevas exclusiones sociales.

II

19 de agosto. Infectados: 23,964

La vida es dura y cruda para los pobres, Racael, nosotros lo sabemos bien, pero por suerte no somos unos cobardes que recurren al suicidio egoísta. ¡Putita, compañero! A fuerza de pestes, temporales y de bacterias de la corrupción hemos aprendido que son enormemente dispares las posibilidades de practicar con éxito el distanciamiento físico propuesto en esta situación en la que el vector de la enfermedad somos los seres humanos. Sólo piensa en lo dispar que son las condiciones de las almas sin techo ni lecho; de las que viven en mesones olorosos a miados anaranjados hirviendo en criolina en su estado puro; de las que están perdiendo la esperanza en el penal La Esperanza; de las que dan placeres inconfesos y milagrosos y diluvianos en los tristes hospedajes del Parque Centenario porque vienen de la miseria centenaria; de las que habitan en la levedad de las casitas pretensiosas que no tienen ni siquiera un pequeño jardín donde sembrar una flor sin pétalos; y el escándalo o el insulto social se hace aún más notorio cuando comparamos las condiciones de todas esas personas con las de los que están, por así decirlo, en la otra esquina, o sea aquellos tipos que, estirando las piernas y acomodándose los huevos, apuntan la mirada para disfrutar de sus mansiones vocingleras, tan grandes como la colonia mortecina en la que compartimos la acera con el tren, le dije, mientras encendía otro cigarro y él mantenía encendido su silencio sepulcral.

Y fíjate que lo mismo sucede con nuestros compatriotas que, para sentirse dignos y exóticos, se refugian en la palabra “diáspora”, y desde ella hacen milagros en nuestra tierra con el agua bendita de las remesas puntuales. Te lo repito, no todos los confinamientos son del mismo tamaño. El caso de los migrantes en custodia – que, sin haber estudiado teoría demográfica, saben mejor que nadie lo que es un polo de expulsión- resulta irónico porque, huyendo de la vulnerabilidad, la puta peste los metió en una situación peor. Mira, hermano, si los efectos catastróficos de la pandemia son cabrones para todos, los migrantes y los más pobres son

quienes los sienten de una forma más intensa, le dije, con los gestos de quien habla solo. La gente que pasaba a nuestro lado nos miraba con miedo.

Estamos ante una crisis social global y sus efectos todavía no terminan y esos efectos deben ser estudiados por una sociología de las pandemias, le dije, de pie, como si estuviera dando clases de doctrinas políticas, mientras él cabeceaba con un poco de tedio. Tras los muchos miles de muertos vendrán los millones de nuevos desempleados y los millones de pobres aumentarán y esperarán, con cristiana resignación, la próxima peste, porque los pobres son el paciente cero de todas las pandemias. Mira, sin una Sociedad de Bienestar -olvidemos la paja esa del Estado de Bienestar- no es posible garantizar que los cuidados sanitarios, sociales y laborales les lleguen con prontitud al pueblo, le dije.

Es una realidad tangible que, en medio de la peligrosa hojarasca del virus y en los lugares donde son más necesarios, los inmigrantes, para frenar el contagio, están trabajando en la primera línea, y también en la segunda, en la tercera y en la cuarta línea que es donde se vende el pan francés y las pupusas... prácticamente están metiendo el pecho en todas las líneas, y lo están metiendo sin miedo, le dije, sintiendo mucho orgullo por formar parte de ese grupo. En otras palabras, Racael, está claro que los inmigrantes son absolutamente indispensables para el cuidado doméstico de la sociedad que los alberga, son necesarios para hacer lo que es necesario hacer sin poner peros, y eso pasa desapercibido en la mayor parte de ocasiones. De más está decir que esos "indocumentados", como les dicen con desprecio, van a ser un puntal para la recuperación de una economía que está hecha pedazos; su sudor será esencial y sin embargo sus condiciones seguirán siendo precarias porque, en la práctica burocrática, seguirán siendo los invisibles indocumentados metidos en la cuarentena de la exclusión social justificada con discursos nacional-populistas, incluso en los países que dicen ser los más civilizados. ¡Putá, somos unos desagradecidos! ¡Cómo es posible que nuestros países no protesten por semejante injusticia!

Hoy con la pandemia como coartada, el presidente gringo hace hincapié en la necesidad necesaria —es un poco pendejo y por eso habla así, al menos eso dicen los progresistas de allá, que conste que no lo digo yo- de endurecer para siempre los controles migratorios; de registrarles hasta el culo a todos los que entren para que no metan de contrabando libras de queso duro-blando y manojos de chipilín que los hacen sentir como en casa; y hacer más alto y gordo el muro en la frontera, de modo que la nueva vieja normalidad será más estricta con los indocumentados, a quienes necesita y odia al mismo tiempo. Si nos hacen un muro nosotros haremos mil túneles. Pero, algún día, “El Salvador será un lindo y (sin exagerar) serio país, cuando lo peinen, lo talqueen, le curen la goma histórica y lo echen a andar” y entonces el flujo migratorio se va a auto-regular sin que sea necesario imponer medidas autoritarias; y entonces, el flujo de gente será de allá para acá, le dije, ilusionado, mientras le hacía recordar los poemas de Roque.

Esta pandemia y estos empresarios que con la excusa de la cuarentena me han quitado el trabajo, me han obligado a intentar pasar al otro lado de nuevo, y eso será duro, como las veces anteriores que me he ido, porque será arrancarme del pecho: a la familia que amo; a los vecinos presentes y ausentes; a las calles empedradas que llevan hasta la iglesia abandonada; a las tardes tomando atol shuco en las gradas del Palacio Nacional; a las veredas de los Planes de Rederos en las que besé a la quinta novia. Será muy duro, Racael, le dije, mientras me disponía a retirarme y él se disponía a mantener intacto su silencio. Me quedé inmóvil y mudo cuando oí que la mujer que venía en mi dirección dijo: no pases cerca de él, hija, que no ves que es un loco que lleva hablando solo durante más de una hora. Entonces tuve conciencia de que la muerte ajena es la última frontera de la memoria.

El pozo sin fondo: de la gripe española a la gripe capital

I

26 de agosto. Infectados: 25,284

Y al final las cosas son como son; tanto ayer como hoy, sólo nos queda tomar una buena bocanada de aire, guardar en el bolsillo izquierdo el penúltimo sueño de movilidad social, ponernos la mascarilla -como quien se pone un yelmo medieval con visera y barbera-, y rezarle de rodillas a la Perpetua Virgen de Fátima antes de poner un pie en la calle y quedar a merced de la filosa espada de un virus rabioso, doloso y escrupuloso que nos convence de que la muerte es un dolor tan constitucional como fascinante. Siempre ha sido así, esa es la epistemología de los virus que crecen en las benditas pandemias de la peor nostalgia en la que (completamente domados por el fetichismo de la mercancía que es –lo reconozco- tan adictivo como el fetichismo de pies que me somete) muchos reclaman el derecho a ser desgraciado o a ser un desgraciado. No es una pérdida de sentido gramatical la última aseveración, pues, si se ve desde el microscopio de la política perversa, el uno y el otro son distintas personas.

Quizá por eso, y por lo otro que no he dicho ni insinuado, siento que es una tentación confesa e inexorable volver, de puntillas, a la escatológica pandemia de la Gripe Española para comprender la del Coronavirus (una gripe que no es gripe, aunque es igual a una gripe), no sólo porque ambas pusieron en jaque al planeta por ellas conocido, sino también porque ambas, en distinto grado, se alinearon con guerras doctrinarias y con imputaciones xenofóbicas que, indocumentadas o sin visa vigente, surgieron de sus respectivos flujos migratorios que, siendo parecidos en su lógica territorial, fueron muy distintos en intensidad y cantidad.

Ni Nostradamus (ni siquiera los insaciables directivos de Avianca, Dow Jones y J Crew) pudieron prever que la virulenta cotidianidad que el planeta vivió hace ciento dos años se repetiría casi al pie de la letra. A principios de 1918, se registraron en Estados Unidos y Francia (cuyos soldados eran actores estelares

en la Primera Guerra Mundial, aunque en ese momento no se vio la relación entre ambos hechos) unas muertes que no fueron diagnosticadas de forma fiel y que tenían como síntomas principales: dolor de cabeza, tos, dificultad para respirar y fiebre alta. Sólo un par de meses después, se observó el mismo cuadro clínico en civiles y soldados en Bélgica y Alemania. En esos días, la aglomeración que provocó una fiesta religiosa en España desencadenó un brote de la misteriosa enfermedad.

De no ser porque se citó el año, el relato anterior parecería uno de la actualidad, o parecería que hemos descubierto un relato inédito de Edgard Allan Poe. Pero no, ni es Poe, ni estamos hablando de 2020. Estamos situados en 1918, exactamente en las últimas detonaciones y humaredas de la Primera Guerra Mundial, y frente a una de las mayores pandemias de la historia, la incorrectamente llamada “gripe española” que tendría como recuento final: unos 50 millones de muertos y más o menos 500 millones de infectados en todo el mundo. De más está decir que, tanto por los síntomas como por las erráticas medidas sanitarias iniciales, la gripe española es un referente –biomédico, económico, sociológico y cultural- que habría servido de mucho para aprender lecciones del pasado frente a la actual pandemia del coronavirus y de esa forma no sentir que, por la continuidad de las tragedias, estamos cayendo en un pozo sin fondo; no sentir que estoy “transportándome silenciosamente hacia abajo, aún más hacia abajo, cada vez más abajo, hasta que me invade un vértigo espantoso a la simple idea del infinito en descenso”, para decirlo con la pluma de cuervo de Poe. Entonces, las preguntas al respecto son: ¿la historia de una peste se repite continuamente por ignorancia pura o se repite deliberadamente en el marco de guerras planetarias para repartirse los mercados y los trabajadores? ¿no es esa repartición brutal de los mercados y personas una versión moderna de la encomienda colonial? ¿son las pandemias un pozo sin fondo que nos obliga a estar cayendo a solas y en lo oscuro?

Como si estuviéramos en una paradoja propia de la que llamo “sociología de la nostalgia”, el tiempo-espacio se revela inerte o, en el mejor de los casos, se revela

a merced de una máquina del tiempo. Y es que, como dijo “el viajero a través del tiempo” (en *La Máquina del Tiempo*, H. G. Wells, 1895), “no hay diferencia entre el tiempo y cualesquiera de las tres dimensiones, salvo que –si estamos preparados– nuestra conciencia se mueve a lo largo de ellas”. La pandemia que vive nuestra generación nos ha hecho sentir que habitamos en una máquina del tiempo que nos llevó de golpe a 1918 para que veamos en ese año lo que estamos descubriendo hoy. Sin duda, los paralelismos históricos y los trasloques culturales son evidentes desde el principio si los buscamos desde las ciencias sociales.

Aferrados al mercantilismo más voraz, de la Gripe Española y del Coronavirus se dijo que eran un constipado intrascendente, una “gripita”, que no avanzaría mucho y, por ello, no era necesario derribar las puertas de las empresas y, sin embargo, en ambos sucesos, los sistemas sanitarios mostraron ser tan débiles que no dieron abasto. Esa situación que nos demuestra que vivimos en la sociedad de la ignorancia (y que, por tanto, la “sociedad del conocimiento” es una grotesca falacia) me hace recordar una frase de Aldous Huxley: “la experiencia no es lo que te sucede, sino lo que haces con lo que te sucede”.

Recurriendo a la sociología de la nostalgia, nos damos cuenta de que nos suenan familiares las medidas de contención de la pandemia de hace un siglo: cuarentena obligatoria; desinfección constante (quienes tienen los recursos mínimos para hacerlo); distanciamiento físico; cierre de espacios públicos, teatros, escuelas, universidades, empresas y fronteras. Como dato curioso vienen a la mente tres imágenes culturales del remoto 1918 que no son extrañas hoy: 1) como no existían los teléfonos particulares, se fumigaban los teléfonos públicos e, incluso, a las telefonistas que laboraban en las operadoras donde los ciudadanos acudían a llamar; 2) en Estados Unidos se decretaron multas por no llevar mascarilla, las cuales ascendían hasta los 100 dólares (un dineral en esa época); y 3) se instalaron precarios hospitales de campaña que, en un santiamén, fueron desmontados para retornar a la precaria situación de los sistemas de salud pública.

Por otro lado, en 1918, como en 2020, se comprendió rápido que las personas, sobre todo cuando estaban en multitud, eran el foco de contagio. Por tal razón, se impusieron cuarentenas y se avanzó en la aplicación de medidas preventivas que históricamente ya habían demostrado su eficacia, y se montaron, usando medios coercitivos en casi todos los casos, estrictos cordones sanitarios y grandes centros de contención para los sospechosos de estar contaminados.

II

2 de septiembre. Infectados: 26,000

En 1918, ante el escaso desarrollo de la medicina que hacía creer que la vida en la pobreza es el purgatorio de otro planeta, la gente combatió el virus aferrada a supersticiones sacadas de su Macondo particular. Cien años después –que no es nada, cantaría Gardel, de vivir hoy- las cosas del imaginario popular no han cambiado mucho, por eso la pandemia del Coronavirus tuvo sus dosis de misas multitudinarias, oraciones a la Virgen Catalana de Blancas Pestañas y amuletos benditos vendidos en línea, para ver si así el virus retrocedía. Sin embargo, al igual que cualquier tipo de reunión masiva, las misas multitudinarias más que ser una cura son focos de contagio.

Siguiendo con el paralelismo, recuerdo haber leído que la primera oleada de gripe en España tuvo lugar, precisamente, tras las celebraciones del patrono de Madrid. La crónica del contagio anunciado relata que la gente se reunió en la pradera (que imagino custodiada por Siete Sauces) y, una semana después -22 de mayo de 1918- los periódicos decían que todos estaban cayendo enfermos de una rara gripe. La historia de la peste se repite como dos grandes titulares -más allá del tiempo- anunciando dos pandemias repentinas. La incidencia mediática, del que es hoy un remoto incidente, bautizó a la nueva gripe como “española”, no obstante que se considera como “paciente cero” a un cocinero de un centro de instrucción militar en Kansas, aunque otras fuentes afirman que el brote inició en China o

Francia a finales de 1917. La explicación de que se apellidara “española” radica en el hecho de que, al mantenerse neutral en la Primera Guerra Mundial, la prensa de España le dio más cobertura a la nueva enfermedad, dando la sensación de que el epicentro inicial fue ese país.

Por el recuento de muertos, la Gripe Española es considerada como “la madre de las pandemias modernas”, aunque por el daño a la economía mundial tal etiqueta le corresponde a la del Coronavirus. En 1918 se afrontó la pandemia sin vacunas (ni promesas inmediatas de ellas), sin test, sin certezas preventivas y, al igual de lo que se dijo al principio de la pandemia actual, se esperaba que las temperaturas altas del verano frenaran, como por milagro, su transmisión, cosa que no pasó en ambos eventos. Aferrados a las creencias que deambulan en los laberintos del imaginario llegó la marejada del rebrote que fue más mortal en los lugares pobres, sobre todo en España, producto de las masivas celebraciones a la virgen y la relajación del confinamiento. Pareció que, en ese rebrote, el virus actuó de forma deliberada para darle validez al más patético principio demográfico de Malthus: “en vez de recomendarles limpieza a los pobres, hemos de aconsejarles lo contrario, haremos más estrechas las calles, meteremos más gente en las casas y trataremos de provocar (aludiendo a la fe en el juicio final) la reaparición de alguna epidemia”. Y entonces, jalonado por el delirio de morir una y otra vez a manos del Coronavirus (¿o de la Gripe Española?), vuelvo al pozo y el péndulo de Poe, porque no sé si estoy en 1918 o en 1920, pues siento que “la oscilación del péndulo se efectúa en un plano que forma ángulo recto con mi cuerpo. Veo que la cuchilla del virus ha sido dispuesta de modo que atraviese la región de mi corazón sin mascarilla. Rasgo la tela de mi traje, incinerado sin misa de cuerpo presente ni novenario con pan dulce; vuelvo a sufrir toda la angustia, se repite en mí la operación una y otra vez.”

¡Qué terrible es saber que a pesar de las rudas enseñanzas dadas por las pestes los sociólogos no se consideran expertos en las mismas! Al final las cosas son como son; tanto como ayer sólo nos queda tomar una buena bocanada de aire sin oxígeno; guardar en el bolsillo derecho el penúltimo sueño de movilidad social;

ponernos la mascarilla -como quien se pone una de las máscaras de Octavio Paz en su Laberinto de la Soledad; y rezarle de rodillas a la Virgen de la Nueva Concepción antes de poner un pie en la calle y quedar a merced del corvo de un virus rabioso, doloso y tan recurrente como la pobreza... y no saber si estoy en 1918 o en 1920, años que se parecen también por la calaña de sus respectivos políticos. En 1918, el fin de la pandemia dependió –además de la inmunidad colectiva- de la gestión de cada país bajo el aura de los intereses de sus políticos y de los resultados que cada país tuvo en la Primera Guerra Mundial; en 1920, el fin de la pandemia dependerá del sistema económico de cada país: rico o pobre.

Una pandemia se acaba cuando no hay transmisión comunitaria incontrolada y los casos están a un nivel bajo. Mientras eso sucede, la gente se pregunta: ¿Cuándo putas terminará esta calamidad?, pero se están preguntando por el final social, no por el biomédico, o sea que se preguntan por el final de las cuarentenas y restricciones públicas que trastocan su cotidianidad. En la pandemia de la Gripe Española, por ejemplo, el miedo social varió según el nivel de información disponible y el tipo de daños internos sufridos en la guerra. La guerra que se vive en la pandemia actual es la de los políticos opositores con los gobiernos de turno. En todo caso, cuando los contagios bajan la gente deja de preocuparse y se entra en la fase que llamo “ebrietas plaga post” (embriaguez después de la peste).

Así, tras la Gripe Española y la Primera Guerra Mundial llegaron los libertinos años 20s como tiempo-espacio de felicidad pública. La población que sobrevivió entró en una fase de embriaguez generalizada, tanto en lo sociocultural como en lo económico, y lo mismo sucederá hoy, al menos eso se deduce al observar el comportamiento individual y social en los países que salieron de la cuarentena. La “ebrietas plaga post” imperó en las calles en 1920 e imperará un siglo después, debido a que el encierro social deteriora el imaginario y, ante eso, la única salida visible es la de convertir los placeres suntuosos o mundanos en necesidades cotidianas básicas. Rompiendo el tiempo diría que ese comportamiento similar a la embriaguez tiene sus raíces culturales en las milenarias “danzas de la muerte” que, por ignorancia, se hicieron populares durante la peste negra del siglo XIV. En

el fondo, la gente quiere o aprende a vivir con la muerte porque es un hecho vital anunciado, y esa suicida condición me lleva a una frase de “la máscara de la muerte roja”: “Había mucho de lo bello, mucho de lo licencioso, mucho de lo bizarro, algo de lo terrible y no poco de lo que podría haber producido repugnancia.”

Construyendo una enseñanza dejada por las pandemias de 1918 y 2020 diría que cualquier medida anticipada se califica de alarmista, y después se la considera insuficiente.

El amor en los tiempos de la mascarilla

I

23 de septiembre. Infectados: 28,415

Estos meses ha sido un imperativo moral y un acicate sociológico escribir sobre la pandemia y su arreo principal: la cuarentena, en tanto hechos que se convirtieron en la brújula de lo histórico-cultural y en la coartada exquisita de la exclusión social promovida por el capitalismo digital que, desde el primer día del siglo XXI, quiere cortar todos los lazos de las relaciones sociales cara a cara para acabar, de una buena vez, con la conciencia social, y ponerle fin a la ideología de las víctimas. Desde el ombligo de marzo -encerrado en mí mismo entre cuatro paredes muy íntimas para cumplir el deber ciudadano de frenar, con uñas y dientes, el temible contagio; encerrado en las horas escatológicas de la madrugada sin saber si suicidarme o masturbarme recibiendo una clase virtual levemente odiosa-, vuelvo (con la ayuda de Sófocles, Boccaccio, Defoe, Poe, London, Camus y García Márquez) a aquellos años en que estuvimos en peligro, y lo hago con el propósito de repasar, como si se tratara de una olvidada lección de historia, el significado de la incertidumbre kafkiana que vivimos en la actualidad, a pesar de que es un tiempo-espacio recorrido muchas veces.

Sófocles y su Edipo Rey (425 a.C.) que se compromete a erradicar la peste frente a la multitud suplicante de su pueblo que ve -¡oh, dura hija de Zeus!- a sus hijos en el suelo portando la muerte; el pícaro Boccaccio y su ardiente y lácteo Decamerón (1348) en el que narra la mortífera peste de las hinchazones que crecían al tamaño de un huevo o de una manzana; el bohemio Poe encarnando a El Rey Peste (1845) que nos jura que “jamás una peste había sido tan espantosa y tan fatal que la sangre era su encarnación y su sello: el rojo y el horror de la sangre que comenzaba con agudos dolores, un vértigo repentino, y luego los poros sangraban y acaecía la muerte”; o el entrañable García Márquez que conoció El Amor en los Tiempos del Cólera (1985) a través de la mente maravillosa del doctor Juvenal Urbino quien “apenas terminados sus estudios de especialización en

Francia, se dio a conocer en el país por haber conjurado a tiempo, con métodos novedosos y drásticos, la última epidemia de cólera morbo que padeció la provincia”, no sin antes sufrir sus personales Cien Años de Soledad (1967) desde que “José Arcadio Buendía se dio cuenta de que la peste había invadido el pueblo, y por eso reunió a las jefes de familia para explicarles lo que sabía sobre la enfermedad del insomnio, y se acordaron medidas para impedir que el flagelo se propagara a otras poblaciones de la ciénaga”... todos ellos me explican con horrorosos y pestilentes detalles -con la premonición propia del genio literario- lo que está sucediendo hoy, y hacen que me sumerja en el mar tenebroso del compromiso social de comprender los terribles efectos que causa en el alma de lo cotidiano una pandemia tan letal que, no obstante ser una recurrencia, nos agarra distraídos.

Como singularidad sociológica, podríamos decir que se trata de la ruleta rusa de la historia que jugamos esperando, con el culo haciendo un nudo ciego, que nunca nos toque la bala maldita, o sea el virus que llega cuando menos se le espera, aunque lo estemos esperando... y entonces, ya metidos en el solitario laberinto de los epicentros constitucionales, da igual si tenemos alta tecnología o no tenemos ninguna. De las pandemias digamos que se puede predecir la lógica de los flujos migratorios de los virus, y su danza de la muerte, si tenemos la prudencia de estudiar los casos previos a través de los ojos de las víctimas, y esas víctimas confiesan, arrepentidas, que las cosas empeoran el día después, siempre el día después en que salimos a las calles como potros desbocados. Desde la plaga de Justiniano (del año 541 al 543) hasta la pandemia del coronavirus –poniendo en medio la peste negra, la viruela, el sarampión, la gripe española y la corrupción salvadoreña- es común ver a la gente luchando frontalmente para difuminar el contagio, con las mismas ganas con que se trata de olvidar la hermenéutica de una pesadilla jurídica; desde la procesión que organizó el Papa Gregorio Magno en el año 590 (que fue tan devota que hizo aparecer al Arcángel San Miguel quien con su llameante y filosa espada frenó la epidemia) es común ver los esfuerzos titánicos de la gente sencilla dándole vida a sus mejores fetiches para impedir que el brote de una enfermedad desconocida se convierta, por sus propios méritos, en

una pandemia que nos desconozca a todos y nos amenace con enterrar en una fosa común las tradiciones culturales y los toqueteos que nos dan identidad. A eso se le teme: a la muerte física y la muerte cultural, y el miedo nos recomienda aferrarnos a los hacedores de milagros de este mundo y del otro.

Este tipo de tragedias sanitarias y sociales me convencen de que las personas tienen una memoria corta que, por ser tal, se convierte en el cuerpo del suicidio, ya que espera con desdén a la siguiente peste sin prepararse para recibirla, tal como lo dice con agonía irreal uno de los personajes de la Peste (de Camus): “no me importa esperarte cuando sé que tienes que venir”. Esa espera sin esperar lleva a la gente a buscar respuestas sólo cuando ya está parada en la situación límite que exige información del presente y del pasado, porque, como concluye Camus, “todo lo que el hombre puede ganar al juego de la peste y de la vida es el conocimiento y el recuerdo”.

Atormentados por el miedo al contagio y por el hastío de una cuarentena que tiene días que duran meses, la gente busca en el viejo armario del pasado familiar las pestes negras que vencieron sus ancestros, pensando que pueden aprender algo aferrados a la fe macondiana de que la vida siempre es más larga que cualquier cuarentena, y que sólo se necesita paciencia, resignación y mucho ungüento de altea calentado en las manos de las abuelas que saben cómo vencer a la muerte. “¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo? -le preguntó-. Florentino Ariza tenía la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches. Toda la vida –dijo-.”

II

30 de septiembre. Infectados: 29,175

Las pestes enseñan que la historia es la mediadora entre la amenaza y la solución, y no se le puede obviar si queremos vencer a viejos conocidos que se presentan como nuevos en el alma del que sufre en la sala de cuidados intensivos

de la miseria. Pero, los pueblos olvidan la historia de las pestes como si fuera la de un amor doloroso, las ven con desdén, o las recuerdan hasta que ya están metidos en una, y ese desdén es una máscara de la valentía que no tienen, tal como se lee en *El Amor en Tiempos del Cólera*: “aquella indiferencia hacia él no era más que una coraza contra el miedo”. Se necesita planificar la forma en la que vamos a luchar contra un virus en el marco de la comprensión de la ilusión popular que debe ser ajustada para dibujar el mapa del retorno a la cotidianidad rota.

La ruptura de la rutina se escuda en la precaución y genera un comportamiento transitorio que se caracteriza por abrazar la religión, ser sumamente cuidadoso en público y, para soportar el tedio, es libertino en privado, pues sólo así se sobrevive al confinamiento que acompaña a las pestes, el cual no debe ser ni tan radical ni tan permanente para que el remedio no sea peor que la enfermedad; para que la soledad no amuralle las ciudades; para que el puritanismo hipócrita no infecte de tristeza el alma colectiva. Ese doble comportamiento es tangible en el *Decamerón* de Boccaccio: “alma mía bella, no os maravilléis, que por esto la santidad no disminuye porque está en el alma, y lo que yo os pido es un pecado del cuerpo”.

Sin dudas las pestes son una aplicada maestra del comportamiento social, no importa si memorizamos sus lecciones o las olvidamos de inmediato. Shakespeare dijo que “el pasado es un prólogo” que no debemos obviar, y es “el mejor profeta del futuro”, agregó Lord Byron. Volver al pasado es vital para la memoria y el comportamiento porque hablar de la primera peste es hablar de la tercera, la sexta o la última; volver a él decodificando su lentitud para no perder el tiempo hurgándolo. La humanidad ha sufrido pandemias horribles y de todas ha salido victoriosa porque el instinto de sobrevivencia es más fuerte que el de bajar las manos.

Edipo Rey (tragedia de Sófocles inspirada en la Peste de Atenas que es la primera documentación literaria) cavilando sobre la muerte dice: “terrible es el saber cuando el que sabe de ello no aprovecha”, y se refiere a las viejas pestes que dejaron lecciones y hazañas no usadas en la de Atenas. Las hazañas son las

diligentes abejas que llevan el polen de la historia de una generación a otra. Entonces, para comprender qué hacer y cómo hacerlo en esta coyuntura donde impera el coronavirus debemos resucitar las pestes previas.

La primera peste documentada (plasmada en una crónica y en la tragedia griega) es la que golpeó a Atenas (año 430 A.C.) durante la Guerra del Peloponeso y tuvo dos rebrotes letales en el 429 y 426. En su Historia de la Guerra del Peloponeso, Tucídides (quien se contagió de la enfermedad) describe los síntomas –fiebre, mucha sed e incontables manchas- y narra cómo llegó de Etiopía atravesando Egipto y Libia para asilarse en el mundo griego. El desconocido mal brotó a sus anchas en Atenas, aniquiló a un tercio de las personas y quebró la moral de tal forma que, sin mascarillas ni jabón, hizo fornicar a los atenienses con sus diosas creyendo que el orgasmo divino les daría inmunidad. La imagen de las piras funerarias ardiendo provocó la retirada del ejército espartano que le temió más a la enfermedad que al otro ejército que perdió a su líder (Pericles) en un rebrote.

El relato de Tucídides y los diálogos de Edipo Rey son silenciosos llamados a no despreciar las enseñanzas idas. En la Atenas abatida por la peste los relatos hablan de médicos buscando la causa en el interior de las hinchazones de los cadáveres y esa imagen resulta familiar hoy. En ese entonces, la gente se moría en todos lados y a la peste no le importaba la edad, sexo o clase social de sus víctimas. Los sobrevivientes enfrentaron el horror de la muerte con la misma agonía en que hoy nos resignamos a enterrar a nuestros muertos sin hacerles compañía ni darles el último beso en la frente; tuvieron que morir varias veces, ya que les tocó narrar mil veces la llorosa historia y les tocó la cruel tarea de contar y sepultar puñadas de cadáveres, sin contagiarse a medio entierro y sin gritar de terror al ver que ni los animales carroñeros soportaban el hedor. Ese horror vivido y revivido fue el que hizo nacer el coraje para vencer la peste construyendo nuevas civilizaciones.

Y así, de civilización en civilización, las pestes surgen para poner a prueba el consenso moral. Una de las pestes más conocida y temida por su letalidad es la bubónica (peste negra) que azoló Europa en 1347 matando a un tercio de su

población. Es la epidemia más amada por la literatura, debido a que halló la pluma de Boccaccio y la coartada perfecta para explotar en las húmedas metáforas de la lujuria, haciendo público lo que pasaba en privado. La peste negra –que rápidamente hizo recordar los sedosos relatos de Marco Polo- provocó que todos se rindieran al morbo y a la muerte; hizo que millones se bañaran en el sudor negro de la sangre; hizo que le temiéramos a las ratas y a las densas aguas del Mar Negro que, según cuenta el miedo, juntaron lo bubónico con lo pulmonar, así como hoy le tememos al político corrupto, a los aeropuertos y a las casetas fronterizas.

Esa peste fue el argumento perfecto del Decamerón que desde el inicio nos narra la tragedia: "...la fructífera Encarnación del Hijo de Dios había llegado al número de mil trescientos cuarenta y ocho cuando a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las otras ciudades de Italia, llegó la mortífera peste que por obra de los cuerpos superiores o por nuestras acciones inicuas fue enviada sobre los mortales por la justa ira de Dios para nuestra corrección que había comenzado algunos años antes en las partes orientales privándolas de gran cantidad de vivientes y, continuándose sin descanso de un lugar a otro, se había extendido miserablemente a Occidente. Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana (como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entrar en ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) ni valiendo tampoco las humildes súplicas dirigidas a Dios por las personas devotas, no una vez sino muchas, ordenadas en procesiones o de otras maneras, casi al principio de la primavera del año antes dicho empezó horriblemente y en asombrosa manera a mostrar sus dolorosos efectos".

III

6 de octubre. Infectados: 29,737

La peste negra montó el escenario de la muerte mostrando horripilantes bubones en el cuello que explotaban dejando asquerosas manchas de sangre, razón por la cual se le llamó también “la muerte roja”, nombre y miedo que sería retomado por Poe cuando escribió “la máscara de la muerte roja” para representar a lo que se le teme buscando refugio en la fiesta de la carne... “y, entonces, reconocieron la presencia de la muerte roja. Llegó como un ladrón en la noche y, uno por uno, cayeron los alegres libertinos por la sala de la orgía, inundados de un rocío sangriento”. La orgía de Poe es una metáfora de las formas en las que se luchó contra la peste negra: grandes piras devorando cadáveres y tocando con sus llamas el cielo al compás de los gritos carnales de los familiares y sacerdotes que creían que la única cura se hallaba en la insomne flagelación pública, en medio de cuerpos que se apilaban en las calles, dándole una escenografía a la naciente danza de la muerte. Esos años de oscuridad sirvieron de base para darle otro rumbo a Europa, sobre todo en lo referido a la sanidad pública y la arquitectura urbana en el marco de un nuevo humanismo que se concretaría en el llamado Renacimiento.

Por su lado, el nuevo continente sufriría sus propias pestes negras y muertes rojas de la mano de los conquistadores que portaban la sífilis en sus espadas y cien infecciones inéditas en sus ojos, reduciendo la población nativa en un sesenta por ciento. En las latitudes del nuevo continente podemos hablar de las devastaciones provocadas por las epidemias de gripe (1493), sarampión (1501), viruela (1519-1520) y tifus. Las Américas, en ropas menores, tuvieron que sufrir hasta la muerte, aprender de los errores y vencer o convivir con su propio medioevo de las epidemias que les enseñaron una nueva forma de vivir y amar en medio de la muerte creando una cultura olorosa a peste. Defino lo anterior con una frase de El amor en los tiempos del cólera: “Había pasado a una posición que él mismo

definía como un humanismo fatalista: cada quien es dueño de su propia muerte y lo único que podemos hacer, llegada la hora, es ayudarlo a morir sin miedo ni dolor”.

Como la Europa renacentista, la América conquistada reaccionó creando nuevos trazos urbanísticos dándole una imagen de sanidad a los cuatro virreinos y se promovió una lengua común para que las indicaciones sobre los contagios fueran asimiladas por todos al pie de la letra. Camus hace una solapada referencia a esto cuando, hablando de la peste, afirma que “todas las desgracias de los hombres provienen de no hablar claro”.

Más reciente en el recuento de muertos e infectados, tenemos la pandemia de la Gripe Española (1918), una versión más letal y contagiosa de los brotes gripales que sucedieron en el siglo XIX con el nombre de Influenza. Como era de esperarse, la Gripe Española tuvo su versión literaria en “El Jinete Pálido” (Laura Spinney) que dramatiza la epidemia de gripe más grande y letal de la historia, en tanto dejó unos cincuenta millones de muertos. Esa gripe es, por sus efectos y medidas, el preámbulo de la pandemia de Coronavirus que no podemos obviar, aunque en la práctica lo hallamos obviado.

Los antecedentes han sido suficientes y las mascarillas para mantener vigente el contacto sexual rabioso, para retener el amor familiar y para evadir los contagios han sido miles de millones, y eso me lleva a afirmar que vivimos desde hace cien años en “los tiempos de la mascarilla”. Sin embargo, todo eso, siendo suficiente, no ha sido suficiente, pues si bien las reacciones de las sociedades para vencer sus respectivas pestes dependieron de lo que sobre ellas se aprendió, la euforia del triunfo ha hecho que esos aprendizajes se olviden “el día después”, dándole validez a la frase de Camus: “el hábito de la desesperación es peor que la desesperación misma”, esa desesperación que ha transitado de las danzas de la muerte a las mascarillas que se usan en el laberinto de la soledad.

Eso explica los recurrentes colapsos de la humanidad desde 1918. En 1957 nos cayó la pandemia de Gripe Asiática y en 1968 la Gripe de Hong Kong que se

dispersaron en un santiamén por el planeta. En 1981 supimos que las mascarillas no son suficientes al ser azotados por el SIDA que hizo más evidente la relación entre lo biológico y lo social, y ese virus se convirtió en una metáfora del malestar político y la hipocresía cultural bajando la mascarilla a los genitales.

En 2003 –después de vivir el miedo a las aves- el planeta fue sorprendido por el SARS (la primera gran epidemia del siglo) y, de nuevo, la mascarilla sería la mediadora del amor y el contacto cercano sería un acto peligroso y punitivo. En ese año la gente incorporaría al diccionario una palabra hasta entonces desconocida: coronavirus; los aeropuertos serían elevados a la categoría de “retaguardias de la guerra biológica”, mostrando que el ser humano es un ente sin fronteras y que las cuarentenas serían las nuevas cavernas que nos salvan del peligro. La alerta fue puesta, pero nadie se alertó, y la mascarilla volvería a ser sólo un disfraz para las orgías cotidianas.

Como siempre, las sociedades reaccionaron sólo para el momento de pánico y los laboratorios lo hicieron si era rentable. En los primeros años del siglo XXI la humanidad le echó un vistazo a la dura cotidianidad de 1918 en la que tuvo que encerrarse a la espera del “crack de la bolsa de valores de Nueva York”.

En resumen, al recordar las enseñanzas de los pavorosos años de las pestes que retaron la inteligencia y coraje humano, cada vez elevando el tono de la angustia y la desesperación que al final ilumina todo, concluyo que sobrevivimos a nosotros mismos sobre la base de la solidaridad social, y que el “paciente cero” de todas las pandemias es siempre la pobreza masiva con la que se edifican las nuevas sociedades y las filosofías civilizatorias. El mejor ejemplo de lo anterior es la peste negra que fue la partera del Renacimiento.

En 2020 nos convertimos en la sociedad del confinamiento y la exclusión social de los ya excluidos, y se jura que hemos entrado a la nueva normalidad de la higiene sin besos. Tenemos meses de sufrir, llorar y gozar a escondidas el amor sanitario en los tiempos de la mascarilla. Estoy obligado a volver a Octavio Paz para comprenderme a mí mismo: “El siglo de la salud, la higiene, los anticonceptivos,

las drogas milagrosas y los alimentos sintéticos, es también el siglo de los campos de concentración, del Estado policíaco y del "murder story". Nadie piensa en la muerte, en su propia muerte, en su muerte propia, porque nadie vive una vida personal. La matanza colectiva no es sino el fruto de la colectivización de la vida".

¿Qué pasará el día después si la higiene depende del bolsillo? Si en esta guerra de soldados invisibles vence la mascarilla, el derrotado será el amor.

“Plaga Maris”

14 de octubre. Infectados: 31,061

Estudiar la casi eterna y compleja pandemia del Coronavirus desde la perspectiva sociológica es hacer un recuento exhaustivo de los daños directos (infectados, muertos, mayor deuda pública, sistema de salud colapsado, cultura vulnerada), sin olvidar los daños indirectos, es decir todas las esquirolas que se incrustan en el perímetro de los cuerpos afectados por el virus, las cuales complican tanto los cuadros clínicos de los pacientes que están poseídos por el deseo de cambiar de cama como los contextos socioculturales y económicos de éstos. Esas mil y un esquirolas son las pandemias que, por costumbre, se niegan a abandonar nuestra comunidad patria, y dentro de ellas están: la anemia; las enfermedades gastrointestinales y respiratorias crónicas; el dengue; la fiebre tifoidea; la chikungunya; la deficiencia renal; la diabetes por falta de azúcar; el cáncer en todas sus variantes; la evasión fiscal de los grandes contribuyentes; la corrupción; la pobreza; la impunidad; la violencia criminal. En ese sentido, para comprender la actual pandemia hay que meterla en el territorio nacional y decodificar su evolución letal como *“plaga maris”*, o sea comprender la territorialidad en la que deambula el virus en un tenebroso mar de otras pestes que navegan junto a él, y cuyo oleaje va mucho más allá del conteo de muertos y contagios.

Y es que en la territorialidad salvadoreña -signada por un sistema de salud pública exiguo y deteriorado- el *“plaga maris”* se agitó mucho más ya que, por un lado, la saturación de pacientes enfermos de Coronavirus provocó que se cancelaran o postergaran las consultas por enfermedades “normales”, así como los controles médicos rutinarios y los tratamientos ya iniciados o que deberían haberse iniciado; y, por otro lado, la desigualdad social (la madre de todas las pandemias) junto a las nuevas formas de exclusión social complicaron más el contexto pandémico y profundizaron los efectos negativos en los sectores más vulnerables o agudizaron los dolorosos síntomas de cada enfermedad por separado. A lo anterior hay que agregar que la única medida certera para frenar el contagio (la cuarentena) dañó

seriamente a los sectores populares que viven de las calles y entre ellos puso en vigencia el dicho popular: “tras corneado, apaleado”.

Siete meses después de haber iniciado esta obra de teatro demencial (que, por sus efectos, está ambientada en el siglo XIV) que parece salida de las plumas de Camus, Poe, Defoe, García Márquez y Boccaccio, vemos que tiene como actores principales al capitalismo digital, al contador de muertos y contagiados y a las cuarentenas fieras para bajarle los ánimos a un virus tan sospechoso. Siete meses después empezamos a ver que las medidas para frenar o disminuir la propagación del Coronavirus se han ido endureciendo o flexibilizando en varios países según el aumento o disminución del ritmo de contagios. En algunos países europeos que viven rebrotes, pongamos por caso, se están limitando de nuevo las actividades económicas y sociales y se han decretado innovadas cuarentenas al día siguiente de registrar números récord de contagiados. Ese debe ser el espejo trizado de los países de América Latina para que, de forma anticipada, se reconozca que en muchas ocasiones –por desesperación, casi siempre- pensamos que estamos al final de algo, cuando en verdad estamos al comienzo de otra cosa debido a que la vida no se detiene en sí misma y hay que estar preparados para ello, pues, como dijo García Márquez, “la vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir”.

Navegando a la deriva entre el ensayo y error y entre rebrotes y re-cuarentenas que nos hacen sentir que la inteligencia humana no es más grande que el salón de baile de los virus más diminutos, hemos llegado a comprender, por las malas, que las medidas tomadas para combatir y vencer la pandemia del Coronavirus carecen –per se- de una rigurosa visión multidisciplinaria, pues la mayoría de ellas abordan el problema sólo desde la inocua perspectiva biomédica, dejando de lado a las ciencias sociales e ignorando las intencionalidades políticas que están presentes tanto en las acciones de atención oportuna a la población como en aquellas que pretenden generar un caos social para obtener réditos electorales. Si revisamos en detalle las medidas sanitarias tomadas en casi todo el mundo, nos daremos cuenta de que, en su inmensa mayoría, han privilegiado las acciones biomédicas

inmediatas para cortar de tajo las vías de transmisión viral y aislar al vector (el ser humano), para tratar de frenar y controlar la propagación masiva del patógeno. Sin embargo, si estamos navegando en un *“plaga maris”* que incluye lo sociocultural y lo político (además de las otras pandemias estructurales de los pueblos) la oscura y sinuosa crónica del Coronavirus se presenta como harto compleja porque las determinaciones de clase social pesan más que las infecciosas debido a la insondable desigualdad social cuya existencia ha quedado en evidencia aunque se esconda tras las mascarillas.

No hace falta volver a leer al Marx de la Comuna de Paris; o decodificar al Gramsci de la cárcel; o consultar de rodillas al Oráculo de Delfos para comprender que esas determinaciones de clase social potencian, al máximo, el impacto negativo de cualquier peste y de cualquier enfermedad “normal” en condiciones de pobreza porque navegan juntas y, por ello, es que planteo que el Coronavirus no es una pandemia en tanto tal, sino que es una pandemia que nos revela o visibiliza que vivimos en la leve y patética territorialidad de múltiples pandemias (naturales, sociales, culturales y políticas) que juntas navegan a la deriva por las comunidades, razón por la cual hay que analizar la situación actual como un *“plaga maris”* en el que la interacción de dos o diez o veinte pestes juntas causan un daño mucho mayor que la simple suma de ellas, en tanto generan un contexto pandémico tan sui generis como permanente. Esa última afirmación está inspirada en la tesis de Durkheim sobre el comportamiento social que afirma que, en sociedad, el comportamiento colectivo mostrado no es la simple suma de los comportamientos individuales.

Por supuesto que esa denominación que hago no es un simple juego de palabras escritas en latín (por aquello de lo viejas que son las pestes nuevas) sino que es una propuesta sociológica pública de que abordemos la crisis sanitaria que estamos sufriendo como algo sui generis y desde un constructo teórico global que nos permita volver a inventar la rueda de las soluciones que tienen como eje el amplio bienestar de las poblaciones.

La sociedad como profecías “*plaga post*”

I

9 de diciembre. Infectados: 40,946

Estamos contemplando una democracia electoral al borde del abismo más escabroso; sí, al borde, pero no condenada a lanzarse al vacío, todavía, gracias a que el pueblo quiere refrendar el ritual sufragista con nuevas ilusiones (válidas o no, eso es lo de menos) y, a partir de ellas, reconstruir los conocimientos y comportamientos colectivos que le regresen la sonoridad y visibilidad que lo muestra como el enorme grupo de personas históricamente oprimidas por un capitalismo que sólo funciona cuando aplasta su dignidad y resistencia como pueblo, usando para ello la magia retrógrada de los coeficientes electorales o una cuña del mismo palo. Sin embargo, hasta 2018 esa resistencia no estaba dada ni acoplada como sujeto social, sino descolorida y rota como bandera lujosa de mala calidad, debido a que muchos partidos de izquierda (que nacieron con inspiración socialista revolucionaria) hoy son antipopulares y excluyentes, lo cual pasó desapercibido porque algunos sindicatos y organizaciones sociales fueron cómplices o buenos imitadores de ese proceso que podemos llamar “dolarización de las dirigencias”, dirigencias que, en el límite reaccionario, afirman que el pueblo que ya no los apoya es ignorante, (mas no lo era cuando votaba por ellos), olvidando que la premisa más hermosa de la teoría revolucionaria es que “la cultura política del pueblo es el reflejo directo de sus condiciones de vida si se junta con el vanguardismo de los líderes”.

En esa realidad heredada –no elegida a conveniencia- alejarse del borde del abismo sociopolítico sólo es posible con la formación de un fértil movimiento social y político nutrido con: militancia transectorial, multigeneracional y multicultural, tanto del mundo real como del virtual, tanto pasiva como activa; intelectuales orgánicos comprometidos con la justicia social; y dirigentes populares honestos y cotidianos, todos ellos construyendo el cambio histórico (ese tipo de movimiento

social que siempre surge como una “pre-izquierda” compuesta de variadas y hasta antagónicas posturas ideológicas, tal como pasó en los 70s y 80s) que refunden el Estado como sujeto social y la política como práctica formativa comunitaria, al tiempo que democratizan la democracia y hagan revolucionaria la revolución, o que, al menos, la revolucionen para que la impaciencia no sea un argumento electoral.

La afirmación anterior, propia del casi extinto utopista social que nunca pierde el optimismo, cae en lo que puedo llamar "nostalgia sociológica", esa impresión que se quiere convertir en consejera electoral para darle otro rumbo a la sociedad que el capital trata de imponernos usando la incertidumbre pandémica como coartada cultural. No obstante, el futuro inmediato inicia en el presente ideológico y simbólico, no en el presente cronológico lineal. En ese sentido, el siglo XX en El Salvador inició el 10 de enero de 1932, y el siglo XXI el 21 de marzo de 2020, o sea desde el primer día de la cuarentena que, de la noche a la mañana, sacó a la luz tanto el ruin talante de los políticos corruptos sempiternos, como la perversidad mercantilista de los patéticos magistrados de lo constitucional (en su papel de Cerbero) y la ferocidad neoliberal que quiere meternos en el capitalismo digital que es mucho más alienante, impersonal y excluyente que el industrial y financiero. Ciertamente, ocho meses de vivir –o de no morir- en cuarentena son suficientes para mostrar que los meses futuros serán contados y sufridos con los “días-luciérnaga de la peste”, pues se encenderá y apagará el confinamiento y el distanciamiento físico, los cuales siempre tendrán como víctimas predilectas a los que, a pesar del millón de promesas electorales, no han dejado de ser los más vulnerables, los más pobres, los más jodidos, los más feos, los más rompídos.

Ese período de los rebrotes pandémicos “después de la peste oficial” abrirá, como todo período histórico relevante, varias profecías (que no escenarios posibles) entre las cuales el pueblo va a decidir la ganadora. Una de esas profecías es la de “la sociedad del noveno círculo” signada por la impotencia ciudadana y la traición de los iguales, y en la cual las pestes recurrentes y las privatizaciones indecentes son un destino social inamovible que irá dejando nuevas normalidades que son

viejas. Por supuesto que cada nueva normalidad será el viejo infierno para la inmensa mayoría de la población. Si con las nuevas ilusiones absolutorias las cosas no cambian -cambiando la lógica política basada en la corrupción, fraude e impunidad que asesina utopías sociales- cada una de esas nuevas normalidades del viejo infierno estará dominada por el hambre cotidiana y por las pandemias de la pobreza y de la desigualdad social y, además, por la profusa hojarasca de comunidades que seguirán viviendo en el medioevo; de cavernas como vivienda; de trabajadores de la calle que están en la calle; de jóvenes buenos con alcaldes malos; de muchachas formales en su comportamiento que seguirán siendo seducidas por el sector informal o serán víctimas de la educación virtual que, para decirlo con palabras populares, “no se tienta el corazón para excluirlas”. Esa es, sin duda, una profecía cacotópica que preocupa a los sociólogos críticos por la cacofonía de los males sociales que hacen vivir la pobreza en todos sus sinónimos y redundancias. Entonces, la nueva normalidad de la que se habla y se seguirá hablando (con la intención de domesticarnos) significa regresar a las condiciones de vida que ya tienen a las personas tronándose los dedos por las noches porque, víctimas de la ilusión y la buena fe, han olvidado cómo hacer tronar las bombas de la lucha revolucionaria desde nuevas trincheras, porque las trincheras cambian (entiéndase por ellas partidos políticos), no así el enemigo y la bandera que se ondea (utopía social).

La otra profecía es la que llamo “el nuevo mundo feliz” -reverencia a la preclara novela de Huxley, de 1932- haciendo alusión a la pretensión de los políticos de la política inerte de que todos estén felices en la situación en la que viven y que no quieran cambiarla ni un ápice. Producto de la pandemia que revitalizó al Estado - en su labor de proteger la vida-salud y financiar “los parones económicos”- las clases dominantes sintieron momentáneamente el filo de los colmillos de las crisis sociales totalizadoras y concluyeron que la vida capitalista sólo puede continuar si se le da prioridad a lo virtual (poniéndose la careta del cuidado al medio ambiente); si se modifican las vías de acceso al consumismo; y si todos están programados desde el nacimiento para ser absolutamente felices y obedientes y monótonos. Es hacerle un “Photoshop” a la realidad para dar la impresión de que ha cambiado y

mejorado, para impedir que la verdadera imagen de esa realidad sea conocida y provoque miedo; es cambiar la realidad como falsa o trastocada apariencia para impedir, o al menos retrasar, que la gente se subleve contra la fealdad de la desigualdad social usando como armas la protesta masiva organizada (que puede ser violenta o simbólica) y la denuncia pública, de la misma forma en que el descontento y la desilusión generada por la corrupción y la traición a los principios ha sido enfrentada con la emigración de votos.

II

16 de diciembre. Infectados: 42,397

Otras de las profecías posibles –aunque es la menos probable debido a las condiciones estructuralmente adversas- es que la pandemia se convierta en una gran oportunidad de transformación social e intelectual que cobre vida propia. Esta profecía nos habla de que podemos arribar a otra forma de actuar, valorar, ver e interpretar el mundo cotidiano: la utopía civilizada y civilizatoria que es antagónica a la visión descivilizatoria que data del siglo XVIII y que se animalizó en los últimos cuarenta años con el neoliberalismo enarbolado por los partidos políticos de todos los países de la región continental. Se trata, entonces, de la leve profecía de la Sociedad del Quijote que descubrió la belleza delirante donde no la había, y que aprendió a vivir de otra manera para evadir la manera en que vivían sus enemigos a costa de su dignidad de loco bueno y entrañable. Con la peste del coronavirus, las clases dominantes y sus vasallos acomodados descubrieron la vida en familia, descubrieron que tienen una familia que en algo se parece a la familia que tiene un pobre, y descubrieron, sobre todo, que pueden explotar y alienar y marginar a los trabajadores sin salir de sus mansiones.

Por supuesto que esos sectores sociales son una minoría, el mundo no está compuesto por masivas clases dominantes, ni los sectores acomodados son un grupo medianamente significativo que puede cumplir con el distanciamiento físico,

disfrutar las cuarentenas, usar alcohol gel cada cinco minutos, bañarse varias veces al día, usar mascarillas de buena calidad y dejar de recibir ingresos unos meses... la inmensa mayoría necesita el contacto directo con los otros, depende de ellos, no puede distanciarse, ni puede hacer de la cuarentena un período de convivio familiar. Por tal razón, esta profecía anunciaría la gran oportunidad colectiva para, derrotando a los gigantes de la pobreza que se disfrazan de molino de viento, iniciar una lenta peregrinación hacia una nación civilizatoria de las ciudadanías internas que son degradadas y excluidas por el neoliberalismo, lo cual no se puede lograr de la noche a la mañana. Y esa lenta peregrinación tendrá como lugar de partida los territorios-champeríos más pobres y los espacios ideológicos en los que se puede construir un consenso político-cultural básico. Y es que esta profecía –de cumplirse- permitirá comprender que el modelo capitalismo está roto (en lo económico, social, moral, cultural y político) desde hace mucho tiempo, y quien dice “mucho tiempo” dice que no sabe cuántos años son, pero que son demasiados. En ese sentido, la profecía de la Sociedad del Quijote augura una transformación social que abarca lo social, lo intelectual, lo político y lo cultural, en tanto construcción de una cultura política democrática que deje de ser ingenua o benevolente.

Por supuesto que no estamos en condiciones, por el momento, de saber cuál de esas profecías resultará ganadora en “el día después de la peste”, y lo más probable es que se combinen para construir otra profecía que medie entre las necesidades del pueblo y la de los ricos más ricos, lo cual no es tan alentador. La política y la movilización popular después de la pandemia dependerá, en gran medida, de la profecía que triunfe o de la profecía que, en el caso de una combinación de ellas, tenga en su mano la brújula y el mapa. En términos sociológicos puedo afirmar que el próximo conflicto humanitario será decidir cuál profecía vamos a asumir como propia y a defenderla con uñas, dientes y votos, ya que, hoy por hoy, no está a la mano la opción de las armas.

En todo caso, pensar en una lenta peregrinación hacia la profecía de la Sociedad del Quijote es lo único que puede alimentar la ilusión de que la pandemia haya

abierto el camino o entreabierto la puerta de entrada a una sociedad distinta, lo cual tendrá como premisa: construir nuevas lógicas políticas que no estén signadas por la corrupción e impunidad; un nuevo paradigma de pensamiento que ponga el mundo “patas abajo” y cierre las venas del país; un nuevo imaginario (la utopía social como alegoría de El Principito) que le dé prioridad a la educación no excluyente y a la cultura como derechos universales y referentes de la ideología dominante, la ideología del pueblo; y un nuevo modelo productivo de desarrollo en el que el salario sea una bendición y no una maldición insobornable o un chantaje, como ha sido hasta ahora. Entonces, ¿cuál será la utopía social de la profecía de la Sociedad del Quijote? La utopía será que aún existe la utopía y que es falso que el neoliberalismo es un destino inapelable que no tiene alternativas distintas ni treguas, tal como se pregonó desde los dolorosos escombros del muro de Berlín y se pregona desde las fosas sépticas de las legislaturas.

En El Salvador de los años 90 ya vivimos la horripilante y galopante profecía de la privatización de casi todo lo público que incluyó el irreversible robo de la moneda nacional y la precarización de la educación pública. Lo anterior significa que (como si nos metiéramos en la máquina del tiempo de H. G. Wells) la cuarentena que hemos padecido estos ocho meses es similar a la cuarentena –o es casi la misma– en que nos ha mantenido presos el neoliberalismo los últimos cuarenta años que, por simple aritmética sociológica, se suman a las décadas previas de explotación de la plusvalía absoluta de la primera revolución industrial que dejó al pueblo descalzo y sin pantalones, en tanto que hemos estado: confinados ancestralmente en la pobreza más visceral que se disimula con rezos, banderas y desfiles de independencia; distanciados emocional y físicamente del bienestar económico y social que habita en las colonias de “allá arriba”; infectados por el virus de la apatía que muta constantemente; lavándonos las manos con el alcohol gel de la cristiana resignación para no sentirnos cómplices de la corrupción y la impunidad. Pero la pandemia nos pone al alcance la profecía de que aún tenemos esperanza de salir de la cuarentena de la exclusión y desigualdad social vivida, debido a que nos está obligando –por simple ahogamiento territorial– a abrir la puerta que nos haga salir de la cuarentena de esta peste que nos ha hecho ver que el modelo

capitalista está roto y pervertido, tan pervertido que el arma que sigue usando es la de más exclusión social, tal como evidencia la imposición de la educación virtual que premia la desigualdad social.

La conspiración de los no vacunados

I

21 de julio 2021. Infectados: 84,416

La historia se mueve en todo momento –venciendo la artritis de la apatía- en ciclos coyunturales imparables que van de la tragedia a la comedia... y de éstas, a lo épico, cuando se junta la voluntad social con la ilusión utopista. De lo heroico a lo patético, de la noche a la mañana; de lo entrañable a lo risible, de un día para otro; de lo sublime a lo perverso, en un dos por tres, así es el comportamiento colectivo –de los muchos o de los pocos, sociológicamente es lo mismo porque en ambas circunstancias son comportamientos sociales sui géneris- cuando toma la palabra el desprecio por los otros, no importa si las razones son culturales, educativas, individualistas o políticas; no importa si eso es una bendición o una maldición similar a la que sufrió el ladino colonial quien, creyéndose español peninsular, se convirtió en el opresor directo e implacable de sus hermanos, similares y conexos. En estos momentos estamos viviendo una coyuntura de aprehensión democrática que llamo “coyuntura de la exclusión positiva”, porque es –o debe llegar a ser- una exclusión democrática, no autoritaria, no punitiva en términos tradicionales, en tanto que quienes serían –o deben ser- excluidos lo serán por decisión propia y en beneficio de todos, y el concepto “todos” los incluye a ellos, por eso es una exclusión positiva. Si lo analizamos desde una metáfora teatral de personajes protagónicos contrapuestos, en esta coyuntura cobran vigencia: los vacunados y los no vacunados.

Estamos casi por cumplir un año y medio de estar bajo el ataque feroz y el asedio sin tregua de una pandemia despiadada que nos ha hecho recurrir, como medida desesperada, a cuarentenas devastadoras de la economía y del espíritu, y la pregunta que circula por las calles y los imaginarios y las escuelas es: ¿quién ganará la guerra: el virus o las vacunas? Esa pregunta, en términos sociológicos, se puede formular así: ¿quién ganará la guerra: la libertad individual liberal ícono del capitalismo o la libertad social? A pesar de que, al menos en el país, las jornadas de vacunación se han acelerado y masificado de forma prometedora, la sospechosa aparición de la variante Delta (etiquetada así en la India y considerada un 60% más contagiosa) ha modificado las urgencias y ha obligado a las autoridades sanitarias –locales y mundiales- a ponerse en estado de alerta y a hacer de la vacunación un asunto de interés nacional, debido a que los científicos auguran una inexorable nueva ola –o nuevas olas- de contagios que sólo puede ser enfrentada con la inmunización colectiva.

Bruce Aylward –uno de los expertos de la aparentemente inútil OMS- afirmó que se debe vacunar, por lo menos, al 60% de la población mundial para frenar –domesticar, diría yo- la pandemia de Covid-19, y dijo que como institución rectora están muy preocupados por la vorágine caótica de dicha pandemia en los países más vulnerables y que, además, les preocupa la falta de solidaridad de los países ricos en la distribución equilibrada y gratuita de inoculantes efectivos. Sin embargo, los datos diarios y la información científica sobre el crecimiento acelerado de los contagios –los nuevos contagios- producto de esa mutación predominante del virus, puede dar una imagen o comprensión sesgada de la

lógica actual de la llamada pandemia de las pandemias. Para los epidemiólogos – muchos de los cuales tienen razones políticas en la reflexión comprensiva- los datos de transmisión diaria son un enfoque desfigurado debido a la irrupción de las vacunas que impactan en las hospitalizaciones (al reducirlas en un 80%) y en el nivel de letalidad, ya que las vacunas –cualquiera de ellas- rompen el vínculo real entre las infecciones –su severidad- y las necesidades de atención médica fuera de las casas. Lo anterior, sin duda alguna, ha modificado el curso de la crisis sanitaria, pero ésta no ha desaparecido o no se ha domesticado del todo porque hay muchas personas que se rehúsan a vacunarse.

El no vacunarse –el querer formar parte, voluntariamente, del nuevo e inicuo ejército de reserva del virus que, en silencio, amenaza con envalentonarse para llegar a las cifras mortuorias que tuvo en los brotes y rebrotes más terroríficos de 2020- puede generar nuevas oleadas, las cuales tendrán más matices y versiones que las primeras dos que sufrimos en cuarentena propia, porque hay un nivel de vacunación desigual. En ese sentido, vacunarse se ha convertido en un asunto de interés nacional que debe llevar a tomar medidas drásticas, eficientes y creativas de exclusión positiva en aquellos países donde las vacunas son gratis y masivas. Estoy hablando, entonces, de una exclusión democrática en tanto premia a los que se vacunan –y hacen su parte para vencer a la pandemia- en lugar de castigar con medidas coercitivas –tales como poner multas u ofrecer la cárcel- a quienes no quieren hacerlo. En todo caso, quienes no se quieren vacunar son los que castigan a los otros que sí lo hacen, y eso debe remediarse de inmediato para fortalecer el sentido de bien colectivo de la democracia. Y es que, según los

expertos, el futuro de la pandemia –el que he llamado “el día después de la peste”- tendrá distintas curvas estadísticas: unas, controladas y achatadas; y otras, exponenciales y letales. En un sentido concluyente y definitorio –entendiendo por concluyente y definitorio la domesticación cotidiana del virus similar a la que se dio con la gripe común que hoy tratamos con fármacos sencillos- la crisis terminará cuando el 100% de la población haya sido vacunada o infectada, lo que probablemente ocurra en el transcurso del año 2022, al menos en los países ricos y en aquellos países pobres cuya población haya asumido la misión de inmunizarse. A nivel planetario –y tomando en cuenta los distintos niveles de masividad de la vacunación- la OMS tiene prevista, en promedio, una cobertura de vacunación del 10% para fines de septiembre y del 30% al 40% para fines de año. A ese ritmo, el 70% podría alcanzarse a mediados de 2022, pero de cada país depende plantearse una meta más ambiciosa (como se ha planteado en nuestro país) para evadir, de forma controlada, los rebotes que tanto daño le hacen a la economía, a la educación y a las relaciones sociales consuetudinarias sobre todo por la existencia de los “no vacunados” y los de “una sola dosis” que serán las poblaciones vulnerables.

II

28 de julio. Infectados: 86,335

Ciertamente, la negativa a vacunarse no tiene fundamento científico, fundamento que plantea que las vacunas reducen el riesgo de hospitalización hasta en un 80% después de una dosis y en un 96% después de dos dosis. Por supuesto que lo

anterior no significa que el riesgo sea cero, ya que las vacunas son eficaces, pero –como muchas de ellas- no son perfectas, pero sí reducen significativamente la letalidad en los grupos sociales más vulnerables, con lo que se puede evitar el colapso de los sistemas de salud.

En torno a los grupos sociales más vulnerables, en este momento hay que evaluar los contagios entre jóvenes, debido a que parece que ese grupo (junto al del ejército viral de reserva formado por “los no vacunados”) es el nuevo camino que ha tomado el virus para prevalecer como curva pandémica. En nuestro caso particular, los contagios tenían un comportamiento bajo –o al menos manejable- desde febrero, pero en julio se rompió la tendencia y los casos empezaron a repuntar, lo cual obligó a dictar nuevas medidas y a arrezacar la campaña para que la población se vacune. La novedad, entre los infectados, es que el grupo de edad más afectado en las últimas semanas es el de 20 años en adelante. Ese grupo – hasta antes de iniciar la vacunación a partir de los 18 años- estaba desprotegido y se convirtió en el más vulnerable al contagio debido a su comportamiento social de más movilidad, rebeldía e interacción cercana que se vio acelerada y sin control cuando se levantaron las medidas propias de la cuarentena tales como las salidas nocturnas signadas por la aglomeración.

En ese sentido, estamos en la etapa de la pandemia que podemos denominar como “apertura con restricciones y premios para quienes se vacunen”. Esta etapa será, sin duda alguna, el obligado ensayo sociocultural de cohabitar con el virus readecuando algunos hábitos. En todos los casos, los expertos –epidemiólogos y sociólogos- coinciden en que la clave para frenar la aceleración de los contagios

es realizar, por un lado, un riguroso monitoreo epidemiológico; por otro, expandir el rastreo de los contactos estrechos de los contagiados para cortar las cadenas de transmisión; y, por otro lado más, premiar a quienes se vacunen junto a la ampliación de los lugares y metas de vacunación.

Al respecto se pueden citar acciones tales como “clínicas móviles de vacunación” en los centros escolares del área rural, pues la pedagogía del virus entre los jóvenes es un asunto estratégico. La aceleración de los planes de inmunización en los grupos etarios no alcanzados, como los realizados en el país, será otro de los factores elementales para neutralizar o disminuir la virulencia de la nueva variante de la pandemia que prospera gracias a los no vacunados.

Después de un año de cuarentena el punto a resolver es la conveniencia –social y económica- de darle marcha atrás a las aperturas. La gente común y corriente que vive de la calle opina que mientras los contagios no desborden el sistema hospitalario no debería restringirse la vida, pero los profesionales de la salud discrepan con esta idea y consideran necesario no esperar a que llegue un aluvión para reaccionar. Hans Kluge, director de la OMS en Europa, afirma que los nuevos rebrotes son inevitables si la gente sigue con la necesidad de no vacunarse y los políticos no restringen las relaciones sociales para cerrarle el paso a la constante mutación del virus. Ciertamente, la gente quiere olvidar el horror de la cuarentena y en su imaginario sigue esperando que salga la vacuna de recuperación del tiempo perdido.

De la noche a la mañana, el mundo –tal como lo conocíamos- hizo explosión en nuestras manos, nuestras casas, nuestras escuelas, nuestros trabajos y al principio no pudimos comprender la furiosa dimensión social y educativa –la económica se da por descontada- de la cuarentena convocada por la madre de todas las pandemias, y quizá pase un largo tiempo antes de que, aislados por la fuerza del capitalismo digital si no hacemos algo al respecto, lo decodifiquemos al detalle cuando deambulemos por los desolados territorios de la sociedad el día después de la peste. A escala planetaria somos arrasados por oleajes y ataques virtuales rompen sobre millones de cabezas rompiendo las cabezas. Y esa cruel y tautológica paradoja sirve para aproximarnos al fenómeno socio-sanitario que nos clava un cuchillo –con la ayuda de los no vacunados por voluntad propia- para que olvidemos la esencia del ser humano: el contacto directo cara a cara.

En El Salvador –gracias a las medidas estrictas tomadas al principio- resistimos el embate del virus en 2020 y, como aspecto positivo, se aprovechó la oportunidad para remozar el sistema hospitalario y construir un hospital público envidiable; en esos meses sufrimos, nos encontramos con la familia, aprendimos y, sobre todo, logramos mantenernos de pie. Sin embargo, las heridas siguen abiertas, sangrando y amenazan con abrirse más, y entonces nos preguntamos ¿hasta cuándo putas terminará esta zozobra? Nos lo preguntamos desde el lugar que se cree que ya es un territorio seguro en el cual podemos hacer un recuento de los muertos y los heridos, lo cual es una abstracción del imaginario colectivo. ¿vamos a seguir viendo la misma y patética obra de teatro de 2020? ¿vamos a seguir

siendo los tristes pacientes asintomáticos del fiero capitalismo digital que quiere eliminar todas las fuentes de la conciencia crítica y la conciencia social?

Por el momento, lo único que podemos afirmar con certeza es que estamos en el laberinto de las crisis sanitaria, económica, educativa, psicológica y social que, con sus callejones sin salida, desintegra las coordenadas –tan elementales como vitales- de las personas, las que, si son aprovechadas para descubrirnos como seres sociales, podrían ser el inicio de una humanidad solidaria por naturaleza que reivindica lo público y redescubre al Estado –como sujeto social- mediante las políticas públicas en beneficio del pueblo. De más está decir que la forma en que se gestione esta sub-coyuntura de la gran coyuntura de la pandemia determinará el éxito o el contundente fracaso de los sistemas políticos y de los liderazgos locales y mundiales.

En las actuales circunstancias en las que debemos luchar contra el ejército viral de reserva formado por quienes no se quieren vacunar –dándole fuerza al virus y a la digitalización de la vida- vale la pena preguntarnos si somos o seremos capaces de pensar en que las cuarentenas no deben ser la constante de la humanidad. ¿Vamos a dejar que se imponga el mundo feliz del capitalismo sin personas de carne y hueso?

Hemos llegado al punto definitorio en que tenemos la oportunidad de imaginarnos la vida como algo estrictamente humano y tibio o, por el contrario, como algo irreal y frío. La respuesta está en una vacuna.